

27

ESTOILEZ

CRIMEN
Y
CASTIGO

3

PG3327

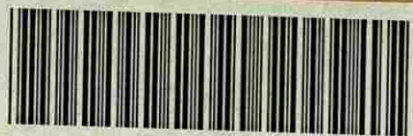
.S5

C7

v.3

1905

R.C.



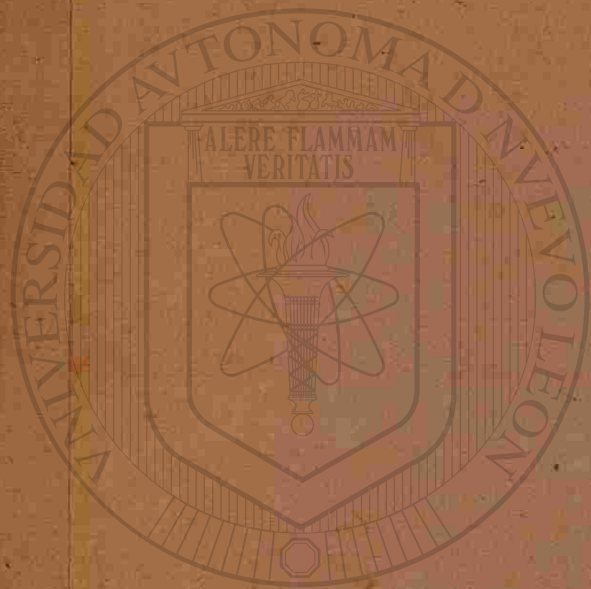
1020025727



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Núm. Clas. 10
Núm. Autor D7240
Núm. Adg. 34810
Procedencia 8
Precio _____
Fecha _____
Clasificó _____
Catalogó SR

CRIMEN Y CASTIGO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FÉDORO DOSTOYEWSKI

Crimen y Castigo

TRADUCCION

DE

Eusebio Heras

EDICION DE "EL MUNDO ILUSTRADO"

TOMO III

MEXICO—1905

Talleres de Tipografía, Litografía y Fotogravado de "El Mundo"

2a. de las Damas, 3 y 4.

FONDO

RICARDO COVARRUBIAS

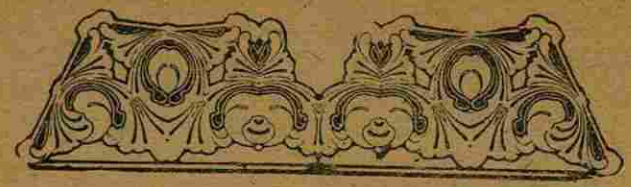
34810

891.7
9
PG3327
.85
C7
V.3
1905



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS



QUINTA PARTE

I

Veinticuatro horas después del día fatal en que Pedro Petrovitch tuviera su explicación con las señoras Rascolnikof, sus ideas se aclararon y, con extremada pena, obligado se vió á reconocer que la ruptura, en la que la víspera no quería creer, era cosa consumada. La negra serpiente del amor propio lastimado le había mordido el corazón. Al abandonar la cama, el primer paso de Pedro Petrovitch fué mirarse al espejo: temía que la bilis le hubiera cambiado por la noche.

Su temor no era fundado, por dicha suya. Al contemplar su rostro pálido y distinguido, se consoló por un instante, pensando que no sería difícil reemplazar á Dunia y..... ¿quién sabe? quizá ventajosamente. Pero poco tardó en rechazar aquella esperanza qui-

mérica, y escupió á un lado con fuerza, lo que hizo que en los labios de su compañero de aposento, Andrés Semenovitch Lebeziatnikof, apareciera una sonrisa burlesca.

Su cólera aumentó al reflexionar que no debía haber contado lo ocurrido á Andrés Semenovitch. Aquella era la segunda necedad que en su acaloramiento cometiera la noche antes; había cedido á la necesidad de comunicar lo excesivo de su emoción.

Durante toda aquella mañana, la desgracia persiguió á Lugin. En el Senado, el asunto de que se ocupaba le reservaba un desencanto. Lo que sobre todo le molestaba era no poder hacer entrar en razón al propietario de la casa que alquilara pensando en su próximo matrimonio. Aquel individuo, un obrero alemán enriquecido, no aceptaba ninguna transacción, y reclamaba entero el pago de lo estipulado en el contrato.

El tapicero no se mostraba menos rígido.

El desgraciado hombre de negocios rechinaba los dientes. Una última esperanza penetraba en su alma, sin embargo.

—¿Es posible que el mal no tenga remedio? ¿No hay nada que intentar?

El recuerdo de los encantos de Dunetchka se había clavado en su corazón como una espina. Si hubiera podido matar á Rascolnikof, le habría matado sin vacilar.

—Otra necedad de mi parte fué no dárles dinero— pensaba.—Mi conducta hubiera sido más noble y... más hábil. ¡No me hubieran despedido tan fácilmente como lo han hecho! Dados sus principios, con seguridad que se hubieran creído obligadas á devolverme,

en caso de ruptura, dinero y regalos, y la restitución les habría sido penosa. Además, ¿cómo—se hubieran dicho—cómo poner en la puerta á un hombre que se ha mostrado tan delicado y generoso?... ¡Hum!... ¡qué mal discurrí!

Regresó á su casa con un humor más malo que el que llevara. Sin embargo, ocupó hasta cierto punto su curiosidad el teje y maneje que se notaba en la habitación de Catalina Ivanovna, atareada en los preparativos de la comida.

Catalina Ivanovna, olvidando antiguas rencillas, había invitado á todo el mundo, á casi todos los inquilinos de la casa en particular.

Ignórase por qué causa, Andrés Semenovitch había pasado aquella mañana en su aposento. Entre este caballero y Pedro Petrovitch existían relaciones extrañas, pero bastante explicables por otra parte. Pedro Petrovitch le odiaba y le despreciaba, y casi desde el día en que llegara á pedirle hospitalidad, le manifestó cierto temor.

Al llegar á San Petersburgo, Lugin se presentó en casa de Andrés, primero, y sobre todo, por razones de economía; después por otro motivo. Había oído hablar de Lebeziatnikof como de uno de los jóvenes progresistas más avanzados de la capital, y hasta como de un hombre que ocupaba puesto distinguido en ciertos círculos cuya fama se había hecho legendaria.

Esta circunstancia impresionó á Lugin. Hacía mucho tiempo que experimentaba cierto vago temor respecto á aquellos círculos poderosos que lo sabían todo, no respetaban nada y hacían la guerra á todo el mundo.

Inútil sería agregar que el alejamiento no le permitía conocer claramente las cosas. Como los demás, había oído decir que en San Petersburgo abundaban los progresistas, los nihilistas, etc., etc.; pero en su espíritu, como en el espíritu de la mayoría, tales palabras habían tomado una significación que se aproximaba al absurdo. De lo que tenía gran miedo, especialmente, era de las "informaciones" dirigidas contra tal ó cual individualidad por el partido revolucionario.

He aquí por qué Pedro Petrovitch trataba de asegurarse de dónde soplaban el viento, y en caso de necesidad, de conquistar el aprecio de "nuestras jóvenes generaciones," para todo lo cual contaba con el apoyo de Andrés Semenovitch.

La conversación con Rascolnikof nos ha mostrado que ya había conseguido apropiarse en parte el lenguaje de los reformadores.

Lebeziatnikof estaba empleado en un ministerio. Pequeño, de complexión débil, escrofuloso, sus cabellos eran de un rubio casi albino y estaba muy orgulloso de sus patillas. Aunque bastante bueno en el fondo, mostraba en su lenguaje una presunción casi siempre llevada hasta el extremo, lo que contrastaba ridículamente con su enfermizo exterior.

Pasaba por ser uno de los inquilinos más distinguidos de la casa, porque no se embriagaba y pagaba regularmente su alquiler. Prescindiendo de sus méritos, Andrés Semenovitch era, en realidad, bastante bruto. Un ardor irreflexivo le había impelido á confundirse entre los progresistas. Era uno de aquellos que, sin comprenderla, se apropian la idea á la moda y desacre-

ditan, con su necesidad, una causa á la que en ocasiones están sinceramente adheridos.

Por otra parte, no obstante su buen carácter, Lebeziatnikof había llegado á encontrar insoportable á Lugin. La antipatía era, pues, recíproca. A despecho de su sencillez, Andrés Semenovitch empezaba á notar que Pedro Petrovitch le despreciaba y que "no tenía nada que hacer con aquel hombre." El otro, por su parte, había concluido por ver en Lebeziatnikof, no sólo un imbécil, sino además un hablador sin importancia alguna en su propio partido.

Hagamos notar de paso que, desde que se instalara en casa de Andrés, Pedro Petrovitch aceptaba con placer todos los cumplidos de su huésped: tan agradables le eran las deferencias.

Por la mañana había negociado algunos títulos, y sentado ante la mesa, contaba la cantidad recibida. Andrés Semenovitch, que casi nunca tenía dinero, se paseaba por la habitación, afectando mirar los billetes con indiferencia y desprecio. Naturalmente, Lugin no creía que aquel desdén fuera sincero. Por su parte, Lebeziatnikof adivinaba, no sin trabajo, el pensamiento de Pedro Petrovitch, y se decía que quizá le agradara mucho la acción de contar ante él su dinero, para humillarle y recordarle la distancia que la fortuna había puesto entre los dos.

Hablaron de la comida que Catalina Ivanovna ofrecía, y á la que invitara á amigos y enemigos; hablaron de Sonia. y al tratar de la hija del difunto, dijo Andrés Semenovitch:

—A mi entender, es decir, según mi convicción personal, su situación es la situación normal de la mujer.

¿Por qué no? Es decir, distingamos. En la sociedad actual, sin duda que tal género de vida no tiene nada de normal, porque es forzado; pero en la sociedad futura lo será absolutamente, porque será libre. Aun ahora mismo tenía derecho á abrazarle: era desgraciada, ¿por qué no había de disponer de lo que era su capital? Entiéndase bien que en la sociedad futura el capital no tendrá razón de ser; pero el papel de la mujer galante tendrá otro sentido y se regulará de un modo racional. En cuanto á Sofía Semenovna, sus acciones en la época presente son una protesta contra la organización social, y por eso la aprecio profundamente; diría más: ¡la contemplo con placer!

—Sin embargo, no sé quién me contó que la arro-
jasteis de esta casa.

Lebeziatnikof se enfadó.

—¡Mentira!—replicó.—Catalina Iyanovna ha contado esa historia del modo más inexacto, porque de ella nada comprendió. ¡Yo nunca busqué los favores de Sonia! Me limitaba sencillamente á educarla, sin ninguna mira personal, esforzándome para despertar en ella el espíritu de protesta. . . . ¡No me proponía otra cosa! ¡Ella misma conoció que no podía vivir aquí!

Lugin debió tener una idea súbita, porque interrumpiendo á Lebeziatnikof, que continuaba hablando de Sonia, le preguntó si podría traerla á su presencia.

—¿Para qué?—le preguntó con admiración Andrés Semenovitch.

—Necesito hablarla. Debo marchar de aquí hoy ó mañana y tengo algo que decirle. . . . Por otra parte, podéis asistir á nuestra conversación; hasta será pre-

ferible que asistáis. De otra manera, ¡sabe Dios lo que pensaríais!

—No pensaría nada. . . . Os hice la pregunta sin dar la importancia de ningún género. Si tenéis que hablarla, nada más fácil que hacerla venir. En seguida voy á buscarla, y estad seguro de que no os molestaré.

En efecto pocos minutos después, Lebeziatnikof volvió con Sonia, que parecía extremadamente turbada y sorprendida. En circunstancias semejantes, siempre se hallaba intimidada, porque los nuevos rostros la asustaban grandemente. Era ésta una impresión infantil que con la edad se había acentuado.

Petro Petrovitch se mostró cortés y benévolo. Al recibir, como hombre serio y respetable, á una criatura tan joven y, en cierto sentido, tan interesante, creyó deber acogerla con jovial familiaridad. Se apresuró, pues, á “tranquilizarla,” y la invitó á tomar asiento frente á él.

Sonia le obedeció, mirando sucesivamente á Lebeziatnikof y al dinero colocado sobre la mesa; luego, de repente, sus ojos se fijaron en Lugin, del que no pudo ya apartarlos; hubiérase dicho que sufría una fascinación.

Lebeziatnikof se dirigió hacia la puerta. Lugin se levantó, hizo seña á la joven para que de nuevo tomara asiento, y se apresuró á detener á Andrés, en el momento en que éste iba á salir.

—¿Está ahí Rascolnikof? ¿Ha venido ya?—le preguntó en voz baja.

—¿Rascolnikof? Sí; ¿y qué? Sí, ahí está. . . . Acaba de llegar, le he visto. . . . ¿Qué deseabais?

En tal caso, encarecidamente os ruego que no me

dejéis solo con esta..... señorita. El asunto de que se trata es insignificante; pero sabe Dios las conjeturas que se harían si nos dejaseis solos. No quiero que Rascolnikof vaya á contar "allá"..... ¿Comprendéis por qué os digo esto?

—¡Comprendo, comprendo!—respondió Lebeziatnikof.—Sí, estáis en vuestro derecho. Sólo que, á mi entender, vuestros temores son demasiado exagerados; pero.... no importa; estáis en vuestro derecho. Sea; respetaré..... Voy á ponerme cerca de la ventana, y descuidad, no os interrumpiré. Os lo repito: á mi entender, estáis en vuestro derecho.

Pedro Petrovitch volvió á sentarse frente á Sonia, y la contempló con atención. Con rostro grave, casi severo.... empezó á poner en práctica su idea.

Dijo á Sonia, en el curso de la conversación, que hablando de Catalina Ivanovna, había tenido noticia de la situación de su madrastra.

—Viendo la situación en que halla, quisiera, como os he dicho, sería útil en la medida de mis medios; comprendedme bien: en la medida de mis medios, nada más. Se podría, por ejemplo, organizar en provecho suyo una subscripción, una tómbola ó algo semejante.....

Sonia le escuchaba entre sollozos.

—Mientras esto se hace—concluyó él,—aceptad para vuestra madrastra esta suma, que representa mi cuota personal. Deseo vivamente que mi nombre no se pronuncie en esta ocasión. Tomad..... Teniendo, hasta cierto punto, mis apuros pecuniarios, lamento no poder hacer más.....

Y Pedro Petrovitch entregó á Sonia un billete de diez rublos.

La joven lo recibió sonrojada, balbuceó algunas palabras ininteligibles y apresuróse á despedirse.

Lugin la acompañó hasta la puerta.

Durante toda aquella escena, Lebeziatnikof, no queriendo interrumpir la conversación, había permanecido á conveniente distancia de los interlocutores. En cuanto Sonia se hubo marchado, se acercó á Pedro Petrovitch, y ofreciéndole su mano con un gesto solemne:

—Todo lo he oído y todo lo vi—dijo, subrayando con intención la última palabra;—eso es noble, es humanitario, mejor dicho, porque no quiero admitir la palabra noble. Quisisteis huir de las manifestaciones de agradecimiento, ¡lo he visto! Y aunque, á decir verdad, sea, por principios, enemigo de la caridad privada, que lejos de extirpar radicalmente la miseria, favorece su progreso, no puedo menos de reconocer que he visto vuestro acto con placer. ¡Sí, eso me agrada!

—¡Bah! ¡es una cosa insignificante!—murmuró Lugin algo embarazado, mirando á Lebeziatnikof con particular atención.

—¡No, no es la cosa tan insignificante! Un hombre que, herido como vos por una reciente afrenta, es capaz de interesarse por la desgracia ajena, aun cuando no obre de acuerdo con la sana economía social, tiene que ser digno de aprecio. No esperaba eso de vos, Pedro Petrovitch; de vos, cuya manera de ser conozco..... ¡Porque estáis bien adherido á vuestras ideas! ¿Qué necesidad, por ejemplo, tenéis de casaros "legalmente," muy noble, muy querido Pedro Petrovitch?

¿Qué os importa la unión "legal?" Pegadme si queréis: pero me alegro de vuestro chasco, porque me gusta veros libre y considerar que aún no estáis del todo perdido para la humanidad..... ¡Ya veis que soy franco!

—Tiendo al matrimonio legal, porque no quiero ser marido burlado ni educar hijos de los que no sea padre, como ocurre en vuestros matrimonios libres—respondió, por decir algo, Pedro Petrovitch.

Estaba pensativo, y apenas si escuchaba las palabras de su compañero.

—¿Los hijos? ¿Habéis aludido á los hijos?—agregó Andrés Semenovitch, animándose de pronto, como caballo de combate que oye el sonido del clarín.—Lo referente á los hijos es una cuestión social que se zanjará ulteriormente. Muchos hasta los niegan sin restricción, como se niega cuanto concierne á la familia. Hablaremos de los hijos más adelante; ocupémonos ahora de las infidelidades. Os confieso que es mi placer. La palabra "cuernos," baja y grosera, puesta en circulación por Puchkin, no figurará en el diccionario del porvenir ¿Qué es, en resumen, eso de cuernos? ¡Oh, un vano espantajo! ¿Qué insignificancia! Por el contrario, en el matrimonio libre, precisamente, ese peligro no existirá. Los cuernos no son otra cosa que la consecuencia natural y, por decirlo así, el correctivo del matrimonio legal, una protesta contra un lazo indisoluble; mirado desde cierto punto de vista, nada tienen de humillante..... Si en alguna ocasión..... cosa absurda: hasta en hipótesis—me casara yo legalmente, me gustaría mucho que me pusieran esos cuernos que tanto os espantan; diría á mi mujer: "—Hasta

la fecha, querida, sólo te había amado: actualmente te admiro, porque has sabido protestar." ¿Os reis? ¡Porque no tenéis valor para romper con los prejuicios! ¡El diablo me lleve! Comprendo que, en una unión legítima, sea desagradable ser engañado; pero tal es el efecto lamentable de una situación que degrada igualmente á ambos cónyuges. Cuando los cuernos aparecen abiertamente en vuestra frente, como en el matrimonio libre, es precisamente cuando no existen; dejan de tener sentido y hasta de merecer el nombre de cuernos. Muy al contrario, vuestra mujer os prueba, al ponérselos, que os aprecia, que os cree capaz de ser un obstáculo á su dicha, y lo suficientemente esforzado para querer vengaros de un rival. Hablando con verdad, en ocasiones pienso que si estuviera casado (libre ó legítimamente) y mi mujer tardara mucho en tomar amante, yo se lo procuraría. "—Querida—le diría,—te amo, pero quiero que me distingas." ¿No tengo razón?

Estas palabras apenas hicieron reír á Pedro Petrovitch. Su pensamiento estaba en otra parte; y se frotaba las manos con aire inquieto. Lebeziatnikof recordó más adelante la preocupación de su interlocutor.

II

Difícil sería decir cómo la idea de aquella comida inoportuna había nacido en el cerebro enfermizo de Catalina Ivanovna. Gastó, para la comida en cuestión, más de la mitad del dinero que recibiera de Rascolni-

kof. Quizá se creía obligada á honrar "convenientemente" el recuerdo de su esposo, para probar á todos los inquilinos, y en particular á Amalia Ivanovna, que el difunto "valía tanto como ellos, si no más." Probable es que obedeciera á aquel "orgullo de padre" que en ciertas circunstancias de la vida, bautismo, matrimonio, entierro, etc., impele á los infelices á agotar sus recursos con el único fin de "hacer las cosas tan bien como los demás." Aun es permitido suponer que, en el momento mismo en que se veía reducida á la más extrema miseria, Catalina Ivanovna quería demostrar á aquella "gentecilla," no sólo que "sabía vivir y recibir," sino que, hija de un coronel, educada "en una casa noble, hasta aristocrática," no había nacido para fregar suelos y lavar ropa.

Las botellas de vino no abundaban mucho ni eran de marcas muy variadas; el Madera brillaba por su ausencia. Pero había vino, aguardiente, ron y Oporto, todo de clase inferior, todo, pero en suficiente cantidad. El "menú," preparado en la cocina de Amalia Ivanovna, correspondía á las bebidas. Además se prepararon dos samovars, destinados á las personas que quisieran tomar té ó ponche después de la comida. Catalina Ivanovna habíase encargado de las compras, ayudada por un inquilino de la casa, un polaco famoso que vivía. Dios sabe en qué condiciones, de la señora Lipperechzel.

Esta mujer había tomado súbita importancia á los ojos de Catalina Ivanovna y ganado mucho en su aprecio, quizá por la sola razón de que la patrona se había cuidado de la organización del banquete. Ella fué, en efecto, quien se encargó de poner la mesa, de procu-

rar la vajilla, la mantelería, etc., etc., y de guisar.

Al marcharse aquel día al cementerio, Catalina Ivanovna la había conferido sus poderes, y la señora Lipperechzel se mostró digna de su confianza. Es verdad que la vajilla, los vasos, las tazas, los cubiertos, prestados por distintos inquilinos, revelaban, por sus extrañas disparidades, sus orígenes diversos; pero á la hora prefijada, todo se encontraba dispuesto.

El orgullo que la patrona mostrara molestó á Catalina Ivanovna cuando regresó del cementerio.

Otra circunstancia contribuyó á molestar á la viuda: excepto el polaco, que fué hasta la misma fosa del difunto, casi ninguno de los invitados asistió al entierro.

Además de Lugin y de Lebeziatnikof, también faltó á la invitación de la viuda un señor gordo, teniente coronel (en realidad capitán de estado mayor, retirado del servicio), que, al aparecer cuando estuvo todo á punto, dió una excusa razonable: la gota le tenía clavado en una butaca.

En cambio, además del polaco, llegó de los primeros, vestido con un frac todo grisiento, un dérito de cancellería, feo, lleno de granos, mal oliente y mudo como un pez; luego un antiguo empleado de correos, viejecillo, sordo y casi ciego, á quien persona ignorada pagaba, desde tiempo inmemorial, el aposento que ocupaba en casa de Amalia Ivanovna. A estos individuos siguió un teniente retirado, ó por mejor decir, un antiguo patatero, que entró ebrio, riendo á carcajadas del modo más indecente, y, "figuraos:" ¡sin chaleco! Un invitado fué á sentarse á la mesa sin saludar á Catalina Ivanovna. Otro, á falta de traje, se presentó

en ropas menores. Esto era demasiado, y el caballero sin vergüenza fué expulsado por Catalina Ivanovna, con ayuda del polaco, el cual había llevado consigo á dos paisanos que jamás habían vivido en casa de la señora Lipperechzel, y á los que nadie conocía.

Todo esto produjo vivo disgusto al ama de la casa. ¡No valía la pena de hacer los preparativos que se hicieron para recibir á tales personajes!

Temiendo que la mesa, que ocupaba toda la longitud del aposento, resultara pequeña, los cubiertos de los niños se habían colocado sobre un baúl situado en un rincón. Poletchka, en su calidad de mayor, sería la encargada de darles de comer y limpiar los mocos á los más pequeños.

En tales condiciones, Catalina Ivanovna no pudo menos de acoger á sus invitados con altanería casi insolente. Haciendo responsable de la ausencia de sus principales invitados á la patrona, no sabemos por qué causa, empezó á tratarla con descortesía, cosa que aquélla notó y por la cual se consideró ofendida.

La comida se presentaba bajo malos auspicios.

Rascolnikof entró cuando acababan de llegar del cementerio.

Catalina Ivanovna sintióse satisfecha al verle, primero, porque de todas las personas presentes, era el único hombre ilustrado (le presentó como futuro catedrático de la Universidad de San Petersburgo), y en segundo lugar, porque se excusó respetuosamente de no haber podido, no obstante su deseo, asistir á las exequias.

Se apresuró á invitarle á sentarse á su izquierda; Amalia Ivanovna ocupó su derecha; luego trabó con

el joven una conversación tan seguida como se lo permitían sus deberes de ama de casa.

Por otra parte, la enfermedad que la aquejaba había tomado un carácter alarmante desde hacía dos días, y la tos que le desgarraba el pecho le impedía terminar muchas frases. Sin embargo, era feliz teniendo á quien confiar la indignación que experimentaba ante aquella reunión de tipos tan heterogéneos. Al principio, su enojo se traducía en burlas á sus invitados, sobre todo á la patrona.

Rato hacía que había comenzado la comida, cuando entró Sonia, la cual se apresuró á transmitir á su madrastra las excusas de Pedro Petrovitch, esforzándose para hablar alto, á fin de que la oyeran todos los presentes. Añadió que Pedro Petrovitch había encargado de decirle que en cuanto pudiese iría á verla para hablarle de "negocios."

Sonia sabía que aquello tranquilizaría á Catalina Ivanovna y que su amor propio se sentiría satisfecho.

La joven tomó asiento junto á Rascolnikof, á quien saludó presurosamente, dirigiéndole una mirada rápida y curiosa. Pero durante el resto de la comida, pareció evitar el mirarle y dirigirle la palabra. Hasta parecía distraída, contemplando fijamente á Catalina Ivanovna, como para adivinar los deseos de su madrastra.

Las excusas de Pedro Petrovitch fueron bien acogidas.

Después de escuchar con agrado el relato de Sonetchka, el ama de la casa tomó un importante tono para preguntar por la salud de Pedro Petrovitch. En seguida, sin inquietarla el temor de que pudieran

oírlos los demás invitados, hizo notar á Rascolnikof que un hombre tan fino y tan respetable como Pedro Petrovitch se hubiera hallado muy fuera de lugar en una reunión tan "extraordinaria;" comprendía, pues, su ausencia, no obstante los lazos de amistad que le unían á su familia.

—He aquí por qué, Rodión Romanovitch, agradezco particularmente que no hayáis desdenado mi hospitalidad, aun en estas condiciones—agregó en alta voz.—Por otra parte, convencida estoy de que la amistad que os unía á mi difunto esposo es lo único que os ha obligado á cumplir vuestra palabra.

Luego, Catalina Ivanovna volvió á bromear á costa de sus convidados.

Rascolnikof escuchaba en silencio. La sensación que experimentaba era de disgusto. Por cortesía y por no rebajar á Catalina Ivanovna, probaba apenas los manjares de que á cada instante llenaba ella su plato.

El joven tenía la mirada fija en Sonia. Esta, cada vez más inquieta, notaba la creciente indignación de Catalina Ivanovna, presintiendo que la comida acabaría mal.

Y no concluyó bien. A continuación de una de sus bromas, el ama de la casa anunció su propósito de retirarse, en cuanto recibiera la pensión con que contaba, á la ciudad de T. . . , su pueblo natal, donde abriría un colegio para hijas de nobles.

Luego se puso á hablar de los encantos de la vida apacible y tranquila que se prometía pasar en T. . . , anunciando su propósito de conferir á su hijastra Sonia las funciones de ama de gobierno de su casa.

Al oír estas palabras, alguien prorrumpió en una carcajada.

Catalina Ivanovna fingió no haber oído; pero levantando en seguida la voz, declaró que Sonia poseía todas las cualidades requeridas para desempeñar aquel cargo.

Sonia se ruborizó, y, de repente, Catalina Ivanovna se echó á llorar.

—Tengo los nervios muy alterados—dijo, como para excusarse,—y no puedo soportar la fatiga; en cuanto la comida haya terminado, tomaremos el té.

La patrona, humilladísima por no haber podido colocar una sola palabra durante la anterior conversación, eligió aquel momento para arriesgar una última tentativa, y muy juiciosamente hizo observar al ama de la casa que debía conceder la mayor atención á la ropa blanca de sus discípulos é impedir á éstos que leyeran novelas por la noche.

La fatiga y el disgusto hacían poco tolerante á Catalina Ivanovna; así es que tomó muy á mal aquellos sabios consejos. A su juicio, la patrona no sabía lo que se decía; en un colegio de nobles, el cuidado de la ropa no era incumbencia de la directora del establecimiento; en cuanto á la observación relativa á la lectura de novelas, era una pura inconveniencia. En conclusión, rogó á la patrona que callara.

Pero, en lugar de escuchar la súplica, Amalia Ivanovna respondió agriamente que había hablado en buen sentido, que lo hizo con la mejor intención, y que hacía mucho tiempo que Catalina Ivanovna no la pagaba un céntimo.

—Mentís al hablar de vuestras buenas intenciones

—respondió la viuda.—Ayer, sin ir más lejos, ante el cadáver de mi esposo, me vinisteis á insultar por el atraso el pago del alquiler.

Seguidamente, la patrona hizo observar con mucha lógica “que había invitado á ciertas personas,” pero que aquellas “ciertas personas” no habían acudido á su invitación porque eran nobles y no podían ir á casa de una señora que no era de su clase.

A lo que su interlocutora objetó que una cocinera no tenía motivos para juzgar de la verdadera nobleza.

Amalia Ivanovna, muy picada, replicó que su “vater” era un hombre importantísimo en Berlín, que se paseaba con las manos en los bolsillos y haciendo continuamente: “¡Puf, puf!”

Entre las risas de la concurrencia, se entabló una discusión lo más reñida; cada mujer hablaba de su padre. Respondiendo á una observación de Catalina Ivanovna, quien decía que quizá la patrona no había tenido padre, pues que no se sabía de fijo cuál era su nombre patronímico, si Ludwigozna ó Ivanovna, la aludida, fuera de sí, exclamó, golpeando la mesa con el puño, que no era Ludwigozna, sino Ivanovna; que su “vater” se llamaba Jóhann y que había sido juez, lo que no fué nunca el de Catalina Ivanovna.

Esta se levantó, y con voz tranquila, que desmentía la palidez de su rostro y la agitación de su pecho:

—Si volvéis á atreveros—dijo—á comparar á mi padre con vuestro miserable “vater,” os arrancaré vuestro gorro y lo pisotearé.

Al oír aquellas palabras, Amalia Ivanovna empezó á correr por la estancia, gritando con todas sus fuerzas

que era la propietaria y que Catalina Ivanovna saldría en aquel momento de su casa, y se apresuró á recoger sus cubiertos de plata, que estaban sobre la mesa.

Siguió una confusión, un escándalo indescriptible; los niños rompieron á llorar; Sonia avanzó hacia su madrastra, para impedir que cometiera alguna violencia; pero Amalia Ivanovna, súbitamente, lanzó una alusión al “billete amarillo,” oyendo lo cual, Catalina Ivanovna rechazó con furia á la joven y se dirigió á la patrona, decidida á arrancarle el gorro.

En aquel mismo instante se abrió la puerta, y en el umbral apareció Pedro Petrovitch Lugin. Este paseó una mirada severa sobre toda aquella reunión.

Catalina Ivanovna corrió hacia él.

III

—¡Pedro Petrovitch!—gritó,—¡protegedme! Haced comprender á esta necia que no tuvo derecho para hablar como lo ha hecho á una señora noble y desgraciada; que esto no está permitido..... ¡Me quejaré al gobernador!... En recuerdo de la hospitalidad que recibierais en casa de mis padres, servid de apoyo á mis huérfanos.

—Permitid, señora..... Permitid, permitid, señora—dijo Lugin con cierto ademán, intentando desasirse de la viuda.—No tuve el honor, como sabéis, de conocer á vuestro papá..... (alguien se echó á reír

—respondió la viuda.—Ayer, sin ir más lejos, ante el cadáver de mi esposo, me vinisteis á insultar por el atraso el pago del alquiler.

Seguidamente, la patrona hizo observar con mucha lógica “que había invitado á ciertas personas,” pero que aquellas “ciertas personas” no habían acudido á su invitación porque eran nobles y no podían ir á casa de una señora que no era de su clase.

A lo que su interlocutora objetó que una cocinera no tenía motivos para juzgar de la verdadera nobleza.

Amalia Ivanovna, muy picada, replicó que su “vater” era un hombre importantísimo en Berlín, que se paseaba con las manos en los bolsillos y haciendo continuamente: “¡Puf, puf!”

Entre las risas de la concurrencia, se entabló una discusión lo más reñida; cada mujer hablaba de su padre. Respondiendo á una observación de Catalina Ivanovna, quien decía que quizá la patrona no había tenido padre, pues que no se sabía de fijo cuál era su nombre patronímico, si Ludwigozna ó Ivanovna, la aludida, fuera de sí, exclamó, golpeando la mesa con el puño, que no era Ludwigozna, sino Ivanovna; que su “vater” se llamaba Jóhann y que había sido juez, lo que no fué nunca el de Catalina Ivanovna.

Esta se levantó, y con voz tranquila, que desmentía la palidez de su rostro y la agitación de su pecho:

—Si volvéis á atreveros—dijo—á comparar á mi padre con vuestro miserable “vater,” os arrancaré vuestro gorro y lo pisotearé.

Al oír aquellas palabras, Amalia Ivanovna empezó á correr por la estancia, gritando con todas sus fuerzas

que era la propietaria y que Catalina Ivanovna saldría en aquel momento de su casa, y se apresuró á recoger sus cubiertos de plata, que estaban sobre la mesa.

Siguió una confusión, un escándalo indescriptible; los niños rompieron á llorar; Sonia avanzó hacia su madrastra, para impedir que cometiera alguna violencia; pero Amalia Ivanovna, súbitamente, lanzó una alusión al “billete amarillo,” oyendo lo cual, Catalina Ivanovna rechazó con furia á la joven y se dirigió á la patrona, decidida á arrancarle el gorro.

En aquel mismo instante se abrió la puerta, y en el umbral apareció Pedro Petrovitch Lugin. Este paseó una mirada severa sobre toda aquella reunión.

Catalina Ivanovna corrió hacia él.

III

—¡Pedro Petrovitch!—gritó,—¡protegedme! Haced comprender á esta necia que no tuvo derecho para hablar como lo ha hecho á una señora noble y desgraciada; que esto no está permitido..... ¡Me quejaré al gobernador!... En recuerdo de la hospitalidad que recibierais en casa de mis padres, servid de apoyo á mis huérfanos.

—Permitid, señora..... Permitid, permitid, señora—dijo Lugin con cierto ademán, intentando desasirse de la viuda.—No tuve el honor, como sabéis, de conocer á vuestro papá..... (alguien se echó á reír

ruidosamente) y no creo oportuno tomar parte en vuestros continuos altercados con Amalia Ivanovna. Vengo aquí para un asunto personal. Deseo tener una inmediata explicación con vuestra hijastra Sofía. Ivanovna. ¿No se llama así? Permittedme pasar.

Dejando á la puerta al ama de la casa, Pedro Petrovitch se dirigió hacia el extremo de la habitación en que se hallaba Sonia.

Catalina Ivanovna quedóse como clavada en el suelo. No podía comprender que Pedro Petrovitch negara haber sido huésped de su padre. Aquella hospitalidad, que sólo existía en su imaginación, para ella se había convertido en artículo de fe. Y lo que más la sorprendía era el tono seco, altanero y hasta amenazador de Lugin.

El silencio reinó en cuanto apareció éste. Todo el mundo comprendió que sólo un motivo de excepcional gravedad podía explicar la presencia de aquel personaje en semejante sitio; de consiguiente, todos esperaban un acontecimiento.

Rascólnikof, que estaba junto á Sonia, se apartó para dejar paso á Pedro Petrovitch, quien fingió no ver al joven.

Un instante después apareció Lebeziatnikof; pero en lugar de entrar en el aposento, quedóse á la puerta, escuchando curiosamente, sin lograr comprender de qué se trataba.

—Perdonad que turbe vuestra reunión; pero me veo obligado á ello por un asunto importante—comenzó Pedro Petrovitch, sin dirigirse á nadie en particular.—Mucho celebro explicarme ante tan numerosa

concurancia. Amalia Ivanovna, en vuestra calidad de propietaria, humildemente os ruego que escuchéis lo que voy á hablar con Sofía Ivanovna.

Luego, dirigiéndose á la joven, extremadamente sorprendida y asustada, añadió:

•—Sofía Ivanovna, en cuanto salisteis de vuestra visita, no hace mucho, noté que me faltaba un billete de Banco de cien rublos, que se hallaba sobre una mesa del aposento de mi amigo Andrés Semenovitch Lebeziatnikof. Si sabéis lo que ha sido de dicho billete y me lo decís, ante las personas aquí reunidas os doy mi palabra de honor de que el asunto no tendrá consecuencias. En el caso contrario, forzado me veré á recurrir á más enérgicas medidas, y entonces. . . . sólo á vos misma os podréis quejar.

Un profundo silencio siguió á estas palabras. Hasta los niños cesaron de llorar. Sonia, pálida como una muerta, miraba á su acusador sin decir nada. Parecía no haberle comprendido. Transcurrieron algunos instantes.

—Bueno, ¿qué respondéis?—preguntó Lugin, observando atentamente á la joven.

—No se. . . . no sé nada. . . .—respondió ella con voz débil.

—¿No? ¿No sabéis nada?—preguntó Pedro Petrovitch, agregando al instante:—Pensad, señorita; reflexionad; os doy tiempo. Si yo no me hallara seguro de lo que digo, me guardaría mucho de hacer acusación semejante; mi experiencia es mucha para exponerme á un proceso por calumnia. No vacilo en acusaros, por vuestra negra ingratitud. ¡Cómo! Os llamo porque

me intereso por vuestra madrastra, os hago un donativo de diez rublos, ¿y me pagáis así?

—¡Eso no es honrado! Necesitáis un correctivo. Reflexionad. Os suplico como buen amigo; decídmela la verdad; es lo mejor que podéis hacer. ¡De lo contrario, seré inflexible! ¡Qué! ¿No confesáis?

—No os he quitado nada—murmuró, aterrada, Sonia.—Me disteis diez rublos, aquí están; tomadlos.

La joven sacó el pañuelo del bolsillo, deshizo un nudo hecho en una de las puntas, tomó el billete de diez rublos y lo ofreció á Lugin.

—¿Conque persistís en negar el robo de los cien rublos?—dijo él en tono de reconvención y sin tomar el billete.

Sonia paseó la mirada en derredor, y vió que todos los rostros ofrecían una expresión severa, indignada ó burlona.

Miró á Rascolnikof.....

En pie, apoyado contra la pared, cruzado de brazos, miraba con ojos ardientes.

—¡Dios mío!—gimió ella.

—Amalia Ivanovna, será necesario avisar á la policía; en consecuencia, humildemente os ruego que hagáis subir al portero—dijo Lugin en voz dulce y afectuosa.

—“Gott der Carmherzig!” ¡Ya sabía yo que era una ladrona!—exclamó Amalia Ivanovna palmeando.

—¿Lo sabíais?—preguntó Pedro Petrovitch.—Luego anteriores hechos os obligaron á deducir esa conclusión. Os ruego, muy honorable Amalia Ivanovna, que recordéis las palabras que acabáis de pronunciar. Por otra parte, hay testigos.

Se cuchicheaba vivamente aquí y allá.

—¡Cómo!—exclamó Catalina Ivanovna, saliendo súbitamente de su estupor.

Y, en un rápido movimiento, lanzóse hacia Lugin.

—¡Cómo! ¡La acusáis de robo! ¿Ella? ¿Sonia? ¡Oh, vil, vil!

Luego se dirigió hacia la joven y la estrechó fuertemente entre sus brazos descarnados.

—¡Sonia! ¿Cómo pudiste aceptar diez rublos de ése? ¡Oh bestia! ¡Dáselos! ¡Devuélvele inmediatamente ese dinero! ¡Toma!

Catalina Ivanovna tomó el billete de manos de su hijastra, lo estrujó entre los dedos y lo arrojó al rostro de Lugin.

El papel, hecho una bola, le rebotó y cayó al suelo. Amalia Ivanovna apresuróse á recogerlo. El hombre de negocios montó en cólera.

—¡Detened á esa loca!—gritó.

—¿Loca? ¿A mí me tratas de loca, imbécil?—vociferó Catalina Ivanovna.—¡Tú sí que eres un idiota, un vil, un hombre ruin! ¡Sonia robarte! ¡Sonia ladrona! Pero ¡si más bien te daría dinero, imbécil!

Y Catalina Ivanovna rió nerviosamente.

—¡Visteis qué estúpido?—agregó, yendo de uno á otro individuo y mostrándoles á Lugin.

De repente tropezó su mirada con la persona de la propietaria.

—¡Cómo! ¡Tú también, tocirera; tú también, infame prusiana, pretendes que es una ladrona! ¿Es posible? ¡Pero si no ha salido de aquí! ¡Si al salir de tu habitación, granuja, ha venido á sentarse á la mesa! ¡Todos lo han visto! Se ha sentado junto á Rodion

Romanovitch. . . . ¡Registradla! Puesto que á ninguna parte ha ido, encima tendrá el dinero. ¡Busca, pues; busca! Pero si no encuentras nada, responderás de tu conducta, querido mío.

Sin esperar á que lo hiciera nadie, y sin dejar de hablar, Catalina empezó á vaciar los bolsillos de Sonia, y no contenta con esto, volvía y mostraba los forros.

Al volver el derecho, cayó de él un papelito que, describiendo un círculo en el aire, fué á caer á los pies de Pedro Petrovitch.

Todos lo vieron; muchos gritaron.

Lugin se inclinó al suelo, recogió el papel y lo dobló.

¡Era un billete de cien rublos!

Pedro Petrovitch lo enseñó á todos, para que ninguna duda quedara respecto á la culpabilidad de Sonia.

—¡Ladrona! ¡Fuera de aquí! ¡A la policía! ¡A la policía!—rugió Amalia Ivanovna.—¡Debe ir á Siberia! ¡A la calle!

De todas partes salían exclamaciones.

Rascolnikof, silencioso, no dejaba de mirar á Sonia sino para lanzar, de vez en cuando, una ojeada rápida sobre Pedro Petrovitch.

Inmóvil en su sitio, la joven parecía atontada, más que sorprendida.

De pronto, sonrojóse y cubrióse el rostro con las manos.

—¡No, no soy yo! ¡Yo nada he cogido! ¡No sé nada!—exclamó con voz desgarradora.

Y se precipitó hacia Catalina Ivanovna, que abrió sus

brazos, como un asilo inviolable, á la desgraciada criatura.

—¡Te creo, Sonia, te creo! ¡A él no!—gritaba Catalina Ivanovna, rebelde á la evidencia, sin dejar de acariciar á su hijastra.—¡Tú robar! Pero ¡qué necia es esta gente! ¡Burros, bestias!—agregaba, dirigiéndose á todos los circunstantes.—¡No sabéis todavía lo que es un buen corazón, lo que vale esta joven! ¡Ella robar! ¡Vendería su última prenda, iría descalza para socorreros! ¡Así es ella! ¡Le dieron el billete amarillo porque mis hijos se morían de hambre y quiso evitarlo! ¡Se vendió por nosotros! ¡Dios mío! ¡Pero defendedla, en vez de permanecer impasibles! Rodion Romanovitch, ¿por qué no la defendéis? ¡Con ser tantos como sois, no valéis lo que su dedo meñique! ¡Señor! ¡Defendedla!

Las lágrimas, las súplicas, la desesperación de aquella pobre mujer parecieron causar profunda impresión á todos. Aquel rostro de tísica, sus labios secos y su voz angustiada, expresaban un sufrimiento tan doloroso, que hubiera sido difícil no conmoverse. Pedro Petrovitch tuvo mejores sentimientos.

—Señora—dijo solemnemente,—en nada os concierne este asunto. Tampoco se os acusa de complicidad; vos misma hallasteis el billete en sus bolsillos, circunstancia que prueba vuestra inocencia. Más aún. Estoy dispuesto á mostrarme indulgente por una acción cometida á impulsos de la miseria; pero, señorita, ¿por qué no confesáis? ¿Teméis la deshonra? ¿Era vuestro paso primero? ¿Es que habíais perdido la razón? La cosa se comprende, se comprende muy bien. . . . ¡No obstante, debéis pensar á lo que os exponíais! ¡Se-

ñores!—dijo á los asistentes.—Movido á compasión, dispuesto estoy á conceder mi perdón, olvidando los insultos que se me han dirigido.

Luego añadió, volviéndose otra vez hacia Sonia:

—Señorita, que la humillación de hoy os sirva de lección para el porvenir. No tendrá consecuencias este hecho. Las cosas quedarán en tal estado. Hemos concluido.

Pedro Petrovitch dirigió una mirada á Rascolnikof. Los ojos se encontraron: llamas ardientes lanzaban los del joven. En cuanto á Catalina Ivanovna, parecía no haber oído, y continuaba abrazando á Sonia con una especie de frenesí.

Imitando á su madre, los niños estrechaban á la joven con sus bracitos. Sin comprender de qué se trataba, Poletchka sollozaba de un modo que partía el corazón.

De repente, en el umbral del aposento resonó una voz sonora.

—¡Qué bajeza!

Pedro Petrovitch volvióse vivamente.

—¡Qué bajeza!—repitió Lebeziatnikof, mirando fijamente á Lugin.

Este experimentó como un estremecimiento, del que todos se dieron cuenta. (Luego lo recordaron.)

Lebeziatnikof penetró en la habitación.

—¿Qué significa esto. Andrés Semenovitch? ¿De qué habláis?—balbuceó Lugin.

—¡Significa que sois un..... calumniador!—replicó con ira Lebeziatnikof.

Estaba encolerizado, y al mirar á Lugin, sus ojos enfermos ofrecían una expresión de dureza inusitada.

Rascolnikof escuchaba con avidez, fija la mirada en el rostro del joven socialista.

Reinó silencio. En el primer momento, Pedro Petrovitch se sintió casi desconcertado.

—¿Es á mí á quien?.....—tartamudeó.—¿Qué os pasa? ¿Estáis en vuestro juicio?

—Sí, soy un hombre cuerdo.... ¡y vos un..... canalla! ¡Ah, cuán bajo sois! Todo lo oí; si no hablé antes, fué porque quise oírlo todo. Confieso que aún hay algo que no acierto á comprender. Ya me pregunto: ¿por qué habéis hecho esto?

—Pero ¿qué es lo que hice? ¿Concluiréis pronto con vuestros enigmas? ¿O estáis borracho?

—¡Miserable! ¡Si alguien ha bebido, con seguridad que fuisteis vos! La embriaguez es contraria á mis principios. Figuraos que él mismo, con sus propias manos, dió el billete á Sonia. ¡Lo he visto, soy testigo, lo declararé bajo juramento! ¡El, él!—repitió Lebeziatnikof, dirigiéndose á todos y á cada uno.

—¿Estáis loco?—exclamó vivamente Lugin.—Ella misma ha afirmado que no recibió de mi mano sino diez rublos. ¿Cómo había de darla más?

—¡Lo he visto, lo he visto!—repitió con energía Lebeziatnikof.—Y aun cuando ello sea opuesto á mis ideas, estoy pronto á jurar ante un tribunal. ¡Os he visto ponerle el billete en el bolsillo! Sólo que me figuré que obrabais generosamente. En el momento en que de ella os despedíais, deslizasteis el billete en su bolsillo. ¡Lo vi, lo vi con mis ojos!

Lugin palideció.

—¿Qué fábula es ésa?—replicó, de un modo insolente.—Hallándoos cerca de la ventana, ¿cómo pu-

disteis ver el billete? Vuestros ojos os engañaron y fuisteis juguete de una ilusión.

—¡No! Lo vi bien, no obstante la distancia. Desde la ventana, en efecto, era difícil distinguir el papel. Pero había notado que en la mano teniais un billete de cien rublos. Os lo vi doblar y guardar en el puño cerrado cuando disteis á Sonia el de diez rublos. ¡Lo he visto!

Lebeziatnikof se sofocaba de indignación. De todas partes surgían diversas exclamaciones, en su mayoría de admiración; pero algunas sonaban á amenaza. Los asistentes se agolpaban en torno de Pedro Petrovitch.

Catalina Ivanovna se lanzó hacia Lebeziatnikof.

—¡Andrés Semenovitch, ahora os conozco! ¡La defendéis! ¡Sois el único que la apoyas! ¡Dios os mandó en auxilio de la pobre huérfana! ¡Andrés Semenovitch, querido amigo mío, "batuchka!"

Y Catalina Ivanovna, casi sin conciencia de lo que hacía, se arrodilló ante el joven.

—¡Eso son necedades!—vociferó Lugin, lleno de cólera.—¡Sólo estáis diciendo estupideces, caballero! ¿Conque aseguráis que yo puse en su bolsillo el billete de cien rublos? ¿Para qué? ¿Con qué objeto? ¿Qué tengo de común con esta.....?

—¿Para qué? Eso es lo que no comprendo. Me limité á contar lo ocurrido, sin pretender explicar nada; ¡pero garantizo la completa exactitud de lo que afirmo! Tan cierto es que no me engaño, hombre vil y criminal, que recuerdo haberme hecho una pregunta en el momento en que os felicitaba estrechándoos la mano. Me pregunté por qué habíais hecho tal regalo de un modo clandestino. Probablemente—me dije—habrá tratado

de ocultarme su buena acción, sabiendo que por convicción soy enemigo de la caridad privada. Luego pensé que quizá trataríais de dar una sorpresa á Sofia Semenovna, y temiendo que perdiera el billete, vine aquí. ¡Y aquí he presenciado lo ocurrido!

Las palabras de Andrés Semenovitch produjeron un efecto extraordinario. El acento de sinceridad con que las pronunciara convenció á todos de que decía la verdad.

Pedro Petrovitch comprendió que el incidente se ponía mal para él.

—¡Qué me importan á mí esas sandeces!—exclamó.—¡No prueban nada! ¡Pudisteis soñar todo eso!..... ¡Os digo que mentís, caballero! ¡Mentís, me calumniáis por odio! ¡Me tenéis rencor porque no apruebo el radicalismo impío de vuestras doctrinas antisociales!

Pero lejos de redundar en su provecho, semejante ataque no hizo otra cosa que provocar murmullos en torno suyo.

—¿Es eso lo que respondes? ¡No es mucho!—replicó Lebeziatnikof.—¡Llama á la policía! ¡Juraré! Sólo una cosa hay obscura para mí: el motivo que te ha impulsado á cometer tan baja acción. ¡Oh miserable, infame!

Rascólnikof salió de entre la multitud.

—Yo puedo explicar su conducta, y, á ser preciso, también prestaré juramento—dijo con voz firme.

A primera vista, la tranquila seguridad del joven probó á los circunstantes que conocía el porqué del asunto, y que aquel embrollo tocaba á su desenlace.

—He podido comprenderlo todo—siguió Rascólnikof, quien se dirigió directamente á Lebeziatnikof.—

Desde el principio del incidente había adivinado una innoble intriga; mis sospechas se fundaban en ciertas circunstancias conocidas sólo por mí, circunstancias que voy á revelar, porque presentan este asunto bajo su aspecto verdadero. Vos, Andrés Semenovitch, vos hicisteis luz en mi cerebro con vuestras palabras. Ruego á todos que me escuchen. Este caballero—continuó, señalando á Lugin—pidió hace unos días la mano de mi hermana. Ha poco llegado á San Petersburgo, anteayer fué á mi casa á visitarme..... Pero en nuestra primera entrevista disputamos, y yo le arrojé á la puerta, como pueden afirmarlo dos testigos. Este hombre es malo..... Anteayer di algún dinero á Catalina Ivanovna, para que ésta pagara los funerales de su esposo. El señor, que había presenciado mi acción, escribió á mi madre y á mi hermana que yo había dado dinero, no á Catalina Ivanovna, sino á Sofia Semenovna; á la vez calificaba á esta joven en los términos más injuriosos, y daba á entender que yo tenía con ella íntimas relaciones. Su objeto, como comprenderéis, era hacerme refír con mi familia, insinuándoles que gastó en vicios el dinero de que se privan para subvenir á mis necesidades. Anoche, en una entrevista que tuve con mi madre y con mi hermana, entrevista á la que él asistía, restablecí la verdad de los hechos por él desnaturalizados. Y él, furioso al ver que con sus calumnias no obtenía el resultado que deseaba, insultó groseramente á mi madre y á mi hermana. Siguió á esto una ruptura definitiva, y le arrojé de mi casa. Reflexionad ahora, y comprenderéis qué interés tenía en establecer la culpabilidad de Sonia. Si hubiera conseguido hacerla aparecer como ladrona, yo hubiera sido cul-

pable á los ojos de mi madre y de mi hermana, puesto que había pretendido ponerlas en contacto con una mujer criminal; y él, por el contrario, habría reconquistado la consideración de mi madre y de su prometida. En resumen, para él era éste un medio de enemistarme con mi familia y de volver al favor de los míos. A la vez se vengaba de mí, pensando que me interesa vivamente el honor y la tranquilidad de Sofia Semenovna. ¡He aquí el cálculo que se hacía! ¡He aquí cómo se explica todo! ¡Tal es la razón de su conducta!

—¡Sí, sí; es verdad!—se apresuró á reconocer Lebeziatnikof.—Debéis tener razón, porque en el momento en que Sofia Semenovna entró en nuestro aposento, me preguntó si estabais aquí, si os había visto entre los huéspedes de Catalina Ivanovna. Y me lo preguntó en voz baja, para que Sonia no lo oyera. ¡Luego tenía necesidad de que estuviérais presente! ¡Sí, eso es!

Lugin, muy pálido, permanecía silencioso y sonreía con desdén. Parecía buscar un medio para salir del apuro. Se hubiera marchado inmediatamente, pero la retirada era casi imposible; marcharse equivalía á reconocerse culpable del delito de calumnia.

Por otra parte, la actitud de los presentes, excitados á causa de sus copiosas libaciones, no era tranquilizadora. Alguien proponía ciertas medidas muy desagradables respecto á Lugin. Los tres polacos, acaloradísimos, no dejaban de proferir amenazas.

Sonia lo escuchaba todo con atención; parecía no haber recobrado su presencia de ánimo; hubiérase creído que salía de un desvanecimiento. No apartaba sus

ojos de Rascolnikof, comprendiendo que en aquel joven estaba todo su apoyo.

Catalina Ivanovna parecía sufrir mucho; cada vez que respiraba, un ronco sonido se escapaba de su pecho.

La patrona parecía no comprender nada de aquello, y con la boca abierta, miraba como atontada.

Lo único que veía era que Pedro Petrovitch había dado un mal paso.

Rascolnikof quiso hablar de nuevo, pero no pudo hacerse oír.

De todas partes salían insultos y amenazas contra el hombre de negocios, á cuyo alrededor se había formado un grupo tan hostil como compacto.

Lugin, comprendiendo que estaba definitivamente perdido, recurrió á la desvergüenza.

—Permitid, señores, permitid..... No os ofusquéis de ese modo. Dejadme pasar—dijo, tratando de escapar por entre la multitud.—Os aseguro que es inútil que tratéis de intimidarme con vuestras amenazas; no me asustan. Vosotros, por el contrario, responderéis á la justicia de la protección que dispensáis á un acto criminal. El robo está perfectamente probado, y lo denunciaré. Los jueces son personas despiertas..... y no están borrachos; rechazarán el testimonio de dos impíos, de dos revolucionarios desprestigiados, que me acusan con ánimo de venganza, como ellos mismos reconocen neciamente..... ¡Sí, permitid!.....

—No quiero ni respirar el mismo aire que vos, y os ruego abandonéis inmediatamente esta habitación. ¡Todo ha concluído entre nosotros! ¡Cuando pienso que

hace quince días sudé sangre para exponerle mis teorías!.....

—No hace mucho, Andrés Semenovitch, os anuncié yo mismo mi partida; recordad que insistíais en que viviera á vuestro lado. Me limitaré á deciros, para responder á lo que ahora me decís, que sois un imbécil. ¡Os deseo la curación de vuestro juicio y de vuestros ojos! ¡Señores, permitidme!

Logró abrirse paso; pero alguien, encontrando que los insultos no eran castigo suficiente, cogió un vaso y lo lanzó con todas sus fuerzas á la cabeza de Pedro Petrovitch. Por desgracia, el proyectil disparado contra Lugin alcanzó á Amalia Ivanovna, que empezó á exhalar gritos penetrantes.

Naturalmente tímida, Sonia sabía que su situación la exponía á todos los ataques y que cualquiera podía vejarse casi impunemente. Hasta entonces había pensado desarmar á la malevolencia á fuerza de circunspección, de dulzura, de humildad. Pero su ilusión se desvanecía en aquel instante. Sin duda que tenía paciencia suficiente para soportar aquello con resignación y sin murmurar; mas, por el momento, la decepción era demasiado cruel. Aun cuando su inocencia hubiera triunfado de la calumnia; aun cuando su espanto primero hubiese pasado; aun cuando se hallara en situación de comprender las cosas, su corazón se oprimió dolorosamente al pensar en su abandono, en su aislamiento en la vida, y experimentó una crisis nerviosa. Por fin, no siendo ya dueña de sí, huyó de aquella casa y se dirigió á su domicilio á toda prisa. Su partida tuvo lugar instantes después que la de Lugin.

Lo ocurrido á Amalia Ivanovna había producido risa

general; la patrona tomó el lance muy á mal, y se volvió encolerizada contra Catalina Ivanovna, que, vencida por el dolor, se había echado en la cama.

—¡Idos de aquí! ¡En seguida! ¡Al momento! ¡Fuera!

Pronunciando estas palabras con voz irritada, la señora Lippevechz cogía todos los objetos pertenecientes á su inquilina y los arrojaba contra el suelo.

Aniquilada y desfallecida, la pobre Catalina Ivanovna. Pero la lucha era demasiado desigual; la patrona no hubo de trabajar mucho para rechazar aquella se echó fuera de la cama y se lanzó sobre Amalia asalto.

—¡Cómo! ¡No basta haber calumniado á Sonia! ¡Esta criatura la toma ahora conmigo! ¡El mismo día del entierro de mi esposo me arroja de su casa, después de recibir mis atenciones! ¡Me lanzan á la calle con mis hijos! ¡Y á dónde iré?—sollozaba la infeliz.—¡Dios mío!—exclamó de pronto, levantando al cielo sus ojos resplandecientes.—¿Es posible que no haya justicia? ¿A quién defenderás, si no nos defiendes, si no eres el amparo de los pobres huérfanos? Pero ¡nos veremos! ¡Jueces y tribunales hay en la tierra! ¡Me dirigiré á ellos! ¡Espera un poco, criatura despiadada! Poletchka, quédate aquí con los niños, que al instante vuelvo. ¡Esperadme á la puerta, si os arrojan á la calle! ¡Veremos si hay justicia en el mundo!

Catalina Ivanovna se puso aquel pañuelo "de señora" que en su relato mencionara Marmeladof, y, cruzando por entre la multitud, con el rostro inundado de lágrimas, bajó la escalera, resuelta á encontrar, costara lo que costase, la justicia que deseaba.

Horrorizada Poletchka, estrechó en sus brazos á sus

hermanitos; los tres niños, en montón cerca del cofre, esperaron, temblorosos, el regreso de su madre.

La patrona parecía una furia; iba y venía por el aposento, aullando de rabia y tirando al suelo cuanto hallaba á mano. Por lo que hace á los invitados, comentaban el suceso, disputaban unos, cantaban los demás.....

—Tengo que marcharme ya—pensó Rascolnikof.—Veamos, Sonia, cómo ahora os explicáis.

Y se dirigió á casa de la joven.

IV

Rascolnikof había defendido valientemente á Sonia, aun cuando una gran parte de inquietudes y cuidados tuviese para él el lance ocurrido. Independientemente del interés que la joven le inspirara, con alegría había aprovechado la ocasión, después de la tortura de la mañana, de ahuyentar insoportables impresiones. Por otra parte, su próxima entrevista con Sonia le preocupaba, le asustaba por momentos: "debía revelarla que había asesinado á Isabel, y presintiendo cuanto de penoso había en su propósito, se esforzaba en apartarle de su pensamiento.

Cuando, al salir de casa de Catalina Ivanovna, se dijo: "Veamos, Sonia, cómo ahora os explicáis," era el combatiente excitado por la lucha, pensando todavía en su victoria sobre Lugin, que había pronunciado la palabra de desafío. Mas, cosa singular, cuando llegó á

general; la patrona tomó el lance muy á mal, y se volvió encolerizada contra Catalina Ivanovna, que, vencida por el dolor, se había echado en la cama.

—¡Idos de aquí! ¡En seguida! ¡Al momento! ¡Fuera!

Pronunciando estas palabras con voz irritada, la señora Lippevechz cogía todos los objetos pertenecientes á su inquilina y los arrojaba contra el suelo.

Aniquilada y desfallecida, la pobre Catalina Ivanovna. Pero la lucha era demasiado desigual; la patrona no hubo de trabajar mucho para rechazar aquella se echó fuera de la cama y se lanzó sobre Amalia asalto.

—¡Cómo! ¡No basta haber calumniado á Sonia! ¡Esta criatura la toma ahora conmigo! ¡El mismo día del entierro de mi esposo me arroja de su casa, después de recibir mis atenciones! ¡Me lanzan á la calle con mis hijos! ¡Y á dónde iré?—sollozaba la infeliz.—¡Dios mío!—exclamó de pronto, levantando al cielo sus ojos resplandecientes.—¿Es posible que no haya justicia? ¿A quién defenderás, si no nos defiendes, si no eres el amparo de los pobres huérfanos? Pero ¡nos veremos! ¡Jueces y tribunales hay en la tierra! ¡Me dirigiré á ellos! ¡Espera un poco, criatura despiadada! Poletchka, quédate aquí con los niños, que al instante vuelvo. ¡Esperadme á la puerta, si os arrojan á la calle! ¡Veremos si hay justicia en el mundo!

Catalina Ivanovna se puso aquel pañuelo "de señora" que en su relato mencionara Marmeladof, y, cruzando por entre la multitud, con el rostro inundado de lágrimas, bajó la escalera, resuelta á encontrar, costara lo que costase, la justicia que deseaba.

Horrorizada Poletchka, estrechó en sus brazos á sus

hermanitos; los tres niños, en montón cerca del cofre, esperaron, temblorosos, el regreso de su madre.

La patrona parecía una furia; iba y venía por el aposento, aullando de rabia y tirando al suelo cuanto hallaba á mano. Por lo que hace á los invitados, comentaban el suceso, disputaban unos, cantaban los demás.....

—Tengo que marcharme ya—pensó Rascolnikof.—Veamos, Sonia, cómo ahora os explicáis.

Y se dirigió á casa de la joven.

IV

Rascolnikof había defendido valientemente á Sonia, aun cuando una gran parte de inquietudes y cuidados tuviese para él el lance ocurrido. Independientemente del interés que la joven le inspirara, con alegría había aprovechado la ocasión, después de la tortura de la mañana, de ahuyentar insoportables impresiones. Por otra parte, su próxima entrevista con Sonia le preocupaba, le asustaba por momentos: "debía revelarla que había asesinado á Isabel, y presintiendo cuanto de penoso había en su propósito, se esforzaba en apartarle de su pensamiento.

Cuando, al salir de casa de Catalina Ivanovna, se dijo: "Veamos, Sonia, cómo ahora os explicáis," era el combatiente excitado por la lucha, pensando todavía en su victoria sobre Lugin, que había pronunciado la palabra de desafío. Mas, cosa singular, cuando llegó á

la habitación de los Kapernaunof, su energía le abandonó súbitamente, dejando sitio al temor.

Detúvose ante la puerta, y se preguntó:

—¿Es necesario decir que maté á Isabel?

La pregunta era extraña, porque en el momento en que se la hacía sentía la imposibilidad, no sólo de confesar su delito, sino la necesidad de no diferir la confesión un solo minuto.

Aún no sabía por qué era esto imposible; lo sentía solamente, y se encontraba como aplastado por aquella dolorosa conciencia de su flaqueza ante la necesidad.

Para librarse de mayores tormentos, se apresuró á abrir la puerta, y antes de franquear el umbral, miró á su joven amiga.

Sonia estaba sentada, con los codos apoyados sobre una mesita y la cabeza oculta entre las manos.

Al ver á Rascólnikof, se levantó y se dirigió hacia él, como si le esperara.

—¿Qué hubiera sido de mí sin vos?—dijo vivamente, mientras le introducía en el aposento.

Al parecer no pensaba sino en el servicio que el joven le prestara, y deseaba darle las gracias lo antes posible.

Después de hacerlo, esperó.

Rascólnikof se acercó á la mesa y se sentó. Sonia permaneció en pie á dos pasos de él, como la víspera.

—¿Qué hay, Sonia?—dijo, notando súbitamente que su voz temblaba.—Toda la acusación se basaba en vuestra "posición social y en las costumbres que implica." ¿Comprendisteis esto hace poco?

El rostro de la joven tomó una expresión de tristeza.

—¡No me habléis como ayer!—le respondió.—No volváis á empezar, os lo suplico. ¡Bastante sufrí ya!.....

Y se apresuró á sonreír, temiendo que aquel reproche hiriera á su amigo.

—Salí de allí como loca. ¿Qué pasa ahora? Quería volver; pero.... pensé que vendríais, y.....

Rascólnikof le dijo que Amalia Ivanovna había arrojado de su casa á los Marmeládof, y que Catalina Ivanovna había ido "á pedir justicia" á cualquier parte.

—¡Dios mío!—exclamó Sonia.—¡Vamos allá pronto!.....

—¡Siempre lo mismo!—replicó el joven, humillado.—¡Sólo pensais en ellos! ¡Quedáos conmigo un instante!

—Pero..... ¿Catalina Ivanovna?.....

—Catalina Ivanovna vendrá aquí, estoy seguro de ello—respondió él en tono enojado.—Culpa vuestra será si no os encuentra.....

Sonia tomó asiento, presa de una extraña perplejidad.

Rascólnikof reflexionaba, con la vista fija en el suelo.

—Lo que Lugin se proponía era manchar vuestra reputación—comenzó sin mirarla.—Y si le hubiese convenido haceros detener, y ni Andrés Semenovitch ni yo hubiesemos estado presentes, en la actualidad os hallaríais presa, ¿verdad?

—Sí—dijo ella con voz débil.—Sí—repitió maqui-

nalmente, distraída por la inquietud que experimentaba.

—Yo pude muy bien no estar allí, de igual modo que el otro se halló presente por casualidad.

Sonia guardaba silencio.

—Bueno. ¿Y qué hubiera sucedido si os hubiesen encarcelado? ¿Recordáis lo que os dije ayer?

La joven continuó callada; el joven esperó un momento su respuesta.

—Pensé que ibais á exclamar: “¡No me habléis de eso!”—prosiguió Rascolnikof, con risa algo forzada.—¿Seguís guardando silencio?—preguntó, al cabo de un momento.—Será necesario entonces que yo sostenga la conversación. Pues bien, mucho me agradaría saber cómo resolveríais la siguiente “cuestión,” como diría Lebeziatnikof. (Su embarazo empezaba á ser visible.) Hablo seriamente. Suponed, Sonia, que de antemano sabéis todos los proyectos de Lugin; que sabéis que tales proyectos van encaminados á la perdición de Catalina Ivanovna y á la de sus hijos, sin contar la vuestra (porque vos no sois nada); supongamos que, á consecuencia de esto, Poletchka se ve condenada á arrastrar una existencia como la que vos arrastráis. Sentado esto, si de vos dependiera salvar á Catalina Ivanovna y á su familia, ó dejar que Lugin viniera y realizara sus infames designios, ¿de qué modo obraríais?

Sonia le miró con inquietud; bajo aquellas palabras, pronunciadas en voz vacilante, adivinaba un pensamiento lejano.

—No esperaba pregunta semejante—dijo, interrogándole con la vista.

—Es posible, pero no importa. ¿Qué haríais?

—¿Qué interés tenéis en saber lo que yo haría en unas circunstancias que no se pueden presentar?—respondió ella con repugnancia.

—¿Dejaríais, pues, que viviera el tal Lugin y que llevara á cabo sus proyectos? ¿No tenéis valor para declararme vuestra opinión?

—Pero..... veamos..... yo no puedo penetrar los designios de la divina Providencia..... ¿A qué preguntarme ahora lo que haría en un caso imposible? ¿Cómo puede la existencia de un hombre depender de mi voluntad? ¿Y quién me erigió en árbitro de la vida y de la muerte de nadie?

—Desde el momento en que admitís la intervención de la divina Providencia, esto ha concluido—replicó, en tono agrio, Rascolnikof.

—Decidme francamente lo que me tengáis que decir!—exclamó, angustiada, Sonia.—¿Siempre con indirectas! ¿Vinisteis á atormentarme?

No pudo contenerse, y se echó á llorar. Durante cinco minutos, el joven la contempló silenciosamente y con aire sombrío.

—Tienes razón, Sonia—dijo al fin en voz baja.

Un bruseo cambio se operó en él. Su aplomo ficticio, el tono cariñoso que afectaba, desapareció súbitamente. Con trabajo se le oía.

—Te dije ayer que vendría á pedirte perdón, y casi con excusas empiezo á hablarte hoy..... Al hablarte de Lugin, me excusaba, Sonia.....

Quiso sonreír, pero su fisonomía continuó lúgubre; bajó la cabeza, y se cubrió el rostro con las manos.

De repente creyó sentir que detestaba á Sonia. Sorprendido, hasta asustado por tan extraño sentimiento,

levantó súbitamente la cabeza y miró con atención á la pobre joven; ésta fijaba en él una mirada llena de ansiedad y no exenta de amor.

El odio desapareció del corazón de Rascolnikof. No era aquello; se había engañado en cuanto á la naturaleza del sentimiento que acababa de experimentar. Aquello significaba solamente que el momento fatal había llegado.

De nuevo bajó la cabeza y ocultó el rostro entre las manos.

Súbitamente palideció; levantóse, y después de mirar á Sonia, fué maquinalmente á sentarse sobre la cama, sin proferir palabra.

—¿Qué tenéis?—preguntó Sonia con extrañeza.

Nada pudo contestar. Había pensado “explicarse” en otras circunstancias, y ni él mismo comprendía lo que pasaba entonces en su alma.

Sonia se aproximó, andando lentamente, á Rascolnikof; tomó asiento á su lado, y esperó, sin dejar de mirarle. Su corazón latía hasta rompersele.

La situación se hacía insoportable; el joven volvió hacia Sonia su pálido rostro; sus labios se plegaron en un esfuerzo para hablar.

El terror hizo presa en Sonia.

—¿Qué tenéis?—repitió, retrocediendo un poco.

—Nada, Sonia; no te asustes. Esto no vale la pena; es una tontería.—murmuró, como un hombre falto de juicio.—Pero ¿por qué viene á atormentarme?—agregó de pronto, mirando á la joven.—Sí, ¿por qué? No dejo de hacerme esta pregunta, Sonia, y.

Acaso se la hubiese hecho un cuarto de hora antes;

pero su debilidad era tal en aquel momento, que apenas tenía conciencia de sí mismo. Un continuo temblor agitaba todo su cuerpo.

—¡Oh, cuánto sufrís!—exclamó conmovida la joven, clavando sus ojos en él.

—¡No es nada! Te diré de qué se trata, Sonia. —Por espacio de dos segundos vióse en sus labios una leve sonrisa —¿Recuerdas lo que quería decirte ayer?

Sonia esperaba inquieta.

—Te dije, al separarnos, que me despedía de ti para siempre, pero que vendría hoy á decirte. quién mató á Isabel.

Todos los miembros de Sonia comenzaron á temblar.

—Pues bien, á eso he venido.

—En efecto, ayer me dijisteis.—dijo ella con voz insegura.—Pero ¿cómo sabéis eso?—añadió vivamente.

Respiraba con fatiga, y su rostro se tornaba cada vez más cadavérico.

—Lo sé—continuó Rascolnikof.

—¿Se “le” ha descubierto?—preguntó ella tímidamente, después de un minuto de silencio.

—No, no se “le” ha descubierto.

Sonia guardó silencio otra vez.

—Entonces, ¿cómo sabéis eso?—preguntó de repente, y con voz casi ininteligible.

Rascolnikof se volvió hacia la joven y la miró con fijeza singular, mientras que una débil sonrisa vagaba por sus labios.

—Adivina—dijo.

Sonia se sintió atacada de una convulsión.

—Pero vos me..... ¿por qué me asustáis?—preguntó, con sonrisa infantil.

—Sí, sí; sé quién es; señal de que “le” trato íntimamente—agregó Rascólnikof, cuya mirada seguía clavada en la joven, como si no tuviese fuerza para dirigirla á otra parte.—A Isabel..... él nunca había querido asesinarla..... No premeditó su muerte..... Quería matar á la vieja.... cuando estuviera sola.... y fué á su casa..... Entonces entró Isabel.... y también tuvo que matarla.....

Un lúgubre silencio sucedió á estas palabras. Durante breves instantes, continuaron mirándose el uno al otro.

—¿Conque no adivinas?—preguntó Rascólnikof súbitamente, experimentando la sensación de un hombre que se arroja de lo alto de un campanario.

—No—balbuceó Sonia, con voz apenas perceptible.

—Busca bien.

En el momento de pronunciar aquellas palabras, Rascólnikof sintió una vez más, en lo profundo de su alma, aquella impresión de frío glacial que le era tan conocida. Miraba á Sonia, y de repente creyó ver en ella la expresión que ofreciera el rostro de Isabel cuando la infeliz retrocedía ante el asesino, que levantaba el hacha sobre su cabeza..... En aquel instante cuando la infeliz retrocedía ante el asesino, que levantaba el hacha sobre su cabeza... En aquel instante supremo, Isabel tendió los brazos, como los niños cuando empiezan á sentir miedo, y cuando, prontos á llorar, fijan una mirada inmóvil y asustada en el objeto causa de su espanto. De idéntica manera, la fisonomía de

Sonia expresaba terror indecible; también extendía los brazos rechazando débilmente á Rascólnikof, poniéndole una mano en el pecho y apartándose poco á poco de él, sin dejar de mirarle fijamente. Su terror se comunicó al joven, que á su vez la miraba con espanto.

—¿Adivinaste?—murmuró al fin Rascólnikof.

—¡Dios mío!.....—exclamó Sonia.

Y cayó sin fuerzas sobre la cama; su rostro quedó oculto en la almohada. Pero un instante después, se levantó con un movimiento rápido, se acercó á él, y asiéndole por ambas manos, que sus pequeños dedos apretaron como tenazas, clavó en él una mirada prolongadísima. ¿No se había engañado? Todavía lo esperaba; pero apenas hubo puesto en el joven aquella mirada, cuando la sospecha que cruzaba por su alma se trocó en certidumbre.

—¡Basta, Sonia, basta! ¡Déjame solo!—suplicó Rascólnikof, con voz quejumbrosa.

El resultado de su confesión contrariaba sus previsiones, porque no era “de aquel modo” como pensaba revelar la su crimen.

Sonia parecía en aquel momento fuera de sí; saltó de la cama, y fué al centro de la estancia, retorciéndose las manos; luego retrocedió de pronto y volvió á sentarse junto al joven, rozando casi con su espalda. De repente se estremeció, exhaló un grito y, sin saber por qué, cayó de rodillas ante Rascólnikof.

—¡Estáis perdido!—dijo con acento desesperado.

Y levantándose súbitamente, se arrojó á su cuello, le abrazó y le prodigó las mayores pruebas de ternura.

Rascólnikof apartóse de ella, y, con una triste sonrisa, contempló á la joven.

—No te comprendo Sonia. ¡Me abrazas, después de haberte dicho "eso"!..... Con seguridad no tienes conciencia de lo que haces.

Ella no oyó la observación.

—¡No, en la tierra no hay hombre tan desgraciado como tú!—exclamó, en un arranque de compasión.

Y de repente rompió en sollozos.

Rascólnikof sentía que su alma se ablandaba bajo la influencia de un sentimiento que hacía ya mucho tiempo que no experimentaba. Y no trató de luchar contra esta impresión; dos lágrimas brotaron de sus ojos y quedaron suspendidas de sus pestañas.

—¿No me abandonarás, Sonia?—dijo, con mirada casi suplicante.

—¡No, no! ¡nunca! ¡de ningún modo!—exclamó.— ¡Te seguiré á todas partes! ¡Oh Señor!..... ¡Oh, qué desgraciada soy!..... ¿Y por qué, por qué no te conocí antes? ¡Oh Dios mío!

—Y ¿qué hacer ahora?..... ¡Juntos, juntos siempre!—agregó Sonia.

Y volvió á abrazar al joven.

—¡A la cárcel iré contigo!

Estas últimas palabras produjeron en nuestro héroe una penosa sensación; una sonrisa amarga, casi altanera, se dibujó en sus labios.

—No creo ir á presidio, Sonia—murmuró.

La joven le miró.

Hasta entonces no había experimentado sino una inmensa piedad hacia el desgraciado. Aquellas palabras y el tono en que fueran dichas, recordaban bruscamente á la joven que quien las pronunciaba era un asesino.

Le miró con sorpresa. Aún no sabía cómo ni por qué era criminal. En aquel instante, todas aquellas preguntas se agolparon en su cerebro, y de nuevo empezó á dudar. ¡El, él un asesino!..... ¿Era esto posible?

—¡No, no es verdad! ¿Dónde estoy, pues?—dijo, como si se creyera juguete de un sueño.—¿Cómo, siendo quien sois, os resolvisteis á hacer tal cosa?..... ¿Por qué?

—¡Para robar! ¡Y basta, Sonia!—respondió en tono abatido, y algo molesto.

Sonia quedó estupefacta. De repente escapósele un grito:

—¿Tenías hambre?..... ¿Era para ayudar á tu madre? ¿Sí?

—No, Sonia, no—balbuceó el joven, bajando la cabeza.—No fué por eso. Quería, ciertamente, ayudar á mi madre; pero no era ésa la razón verdadera..... Mas..... ¡no me atormentes, Sonia!

—¿Es posible que todo eso sea cierto?—exclamó la joven. ¡Dios mío! ¿Es posible? ¿Cómo creerlo? ¡Vos, que os despojáis de todo por cualquiera, habéis matado para robar!..... ¡Ah!—gritó súbitamente.—¡El dinero que disteis á Catalina Ivanovna..... aquel dinero!..... ¡Señor! ¿Es posible que tal dinero?....

—¡No, Sonia!—interrumpió vivamente Rascólnikof.—¡No era aquel dinero el que robé! Tranquilízate, pues. Me lo envió mi madre..... Razumikin lo vió.... lo recibió en mi nombre..... ¡Aquel dinero me pertenecía!

Sonia le escuchaba perpleja, haciendo esfuerzos para comprenderle.

—En cuanto al dinero de la vieja..... no sé, no sé

siquiera si tenía ó no dinero—añadió con vacilación;—arranqué de su cuello una bolsa al parecer repleta.... Pero no vi su contenido, porque no tuve tiempo..... Cogí algunas alhajas; gemelos, cadenas de reloj..... Estos objetos, con la bolsa, los enterré al siguiente día bajo una piedra, en un patio que da á la perspectiva V... Aún está todo allí.....

Sonia le escuchaba ávidamente.

—Pero, si matasteis para robar, ¿por qué no habéis hecho uso de lo robado?—replicó ella, asiéndose á una última y muy vaga esperanza.

—No sé..... todavía no he decidido si tomaré ó no aquel dinero—respondió Rascolnikof, con la misma vacilación.

Luego sonrió, y:

—¿Qué necia historia te estoy contando! ¿eh?—dijo.

—¿Estará loco?—se preguntó Sonia.

Pero rechazó en seguida la idea.

—No, pero algo le sucede!

En conclusión, nada comprendía.

—¿Sabes lo que te digo, Sonia?—prosiguió Rascolnikof como inspirado.—Si sólo la necesidad me hubiera conducido al asesinato, en la actualidad sería..... “¡feliz!” ¡Puedes creermelo! Pero ¿qué te importa el motivo, si hace un momento confesé que obré mal?—exclamó, desesperado, un instante después.—¿A qué tan necio triunfo sobre mí? ¡Ah, Sonia! ¿Para esto vine á tu casa?

Todavía quería hablar, pero guardó silencio.

—Ayer te propuse que siguieras el mismo camino que yo, porque á mí ya no me queda nadie en el mundo sino tú.

—¿Y para qué me quieres contigo?—preguntó tímidamente la joven.

—No para matar, ni para robar; está tranquila—respondió Rascolnikof con caústica sonrisa.—No somos personas de la misma índole..... ¿Sabes una cosa, Sonia? Hasta hace un momento no comprendía por qué ayer te invité á venir conmigo. Cuando te hice tal petición, no sabía su objeto. Lo sé ahora. Sólo tengo un deseo: que me abandones. ¿Me abandonarás, Sonia?

Ella le estrechó la mano.

—¿Y por qué, por qué le he dicho esto? ¿Por qué le he confesado esto?—exclamó, al cabo de un minuto.

Y miraba á la joven con infinita lástima, y su voz expresaba la más profunda desesperación.

—Lo veo, Sonia; esperas de mí explicaciones; pero ¿qué te diría? ¡Nada comprenderías, y te afligiría más aún! ¡Vaya, Moras y vuelves á abrazarme! ¿Por qué me abrazas? ¿Porque, falto de valor para soportar mi carga, la eché sobre otro? ¿Porque en el ajeno sufrimiento busqué un alivio á mi pena? ¿Y tú puedes amar á un hombre semejante, á un ser tan vil?

—Pero ¿acaso no sufres tú también?—exclamó Sonia, que tuvo por un segundo un nuevo arranque de sensibilidad.

—Sonia, tengo mal corazón. Piensa en esto, que te puede explicar muchas cosas. Porque soy malo, vine. Otros no lo hubieran hecho. Pero yo soy vil é... infame. ¿Por qué vine? ¡Jamás me lo perdonaré!

—¿No, no! ¡Hiciste bien! ¡Es preferible que lo sepa todo!

Rascolnikof la miró dolorosamente.

—Quise ser un héroe, un Napoleón: he aquí por qué maté. ¿Te explicas el hecho ahora?

—No—respondió sencillamente la joven.—Pero habla, habla..... ¡Comprenderé, comprenderé lo que me digas!

—¿Lo comprenderás? ¡Bueno! ¡Veamos!

Rascolnikof había recogido sus ideas.

—El hecho es que un día me hice esta pregunta: "Si Napoleón se hubiera hallado en mi situación; si, para comenzar su carrera, no hubiera contado con Tolon, ni con el Egipto ni con el paso del Mont-Blanc; si en lugar de todas estas hazañas hubiérase hallado en presencia de un crimen, de un asesinato que cometer para asegurar su porvenir, ¿le hubiera repugnado la idea de asesinar á una vieja y robarle tres mil rublos? ¿Se hubiera dicho que acción semejante era deshonorosa y demasiado..... criminal?" Mucho atormenté mi cerebro con esta pregunta, y no pude menos de experimentar un sentimiento de vergüenza cuando por fin reconocí que, no sólo Napoleón no habría vacilado, sino que ni aun hubiera comprendido la posibilidad de la duda. Viendo que no tenía otro remedio, no hubiera hecho el melindroso y habría ido adelante sin el menor escrúpulo. Desde aquel momento, ninguna razón había para que yo vacilara; ¡me amparaba en la autoridad de Napoleón!..... ¿Encuentras risible esto? Tienes razón, Sonia.

La joven no sentía ningún deseo de reír.

—Habládme francamente y sin rodeos.....—manifestó en voz aún más tímida y apenas distinta.

El joven se volvió hacia ella, la miró con tristeza y la estrechó las manos.

—¡Tienes razón, Sonia! Toda esta charla es absurda..... Mi madre, como tú sabes, está casi sin recursos. La casualidad permitió que mi hermana recibiera cierta educación; actualmente se halla condenada á servir de institutriz. Todas sus esperanzas se cifraron exclusivamente en mí, y empecé á estudiar en la Universidad; pero por falta de recursos, tuve que interrumpir mis estudios. Supongamos que los hubiera continuado. Poniéndose en lo mejor, hasta dentro de diez ó quince años no hubiera podido ganar nada..... (Parecía recitar una lección.) Pero de aquí á entonces, los cuidados y las penas hubieran minado la salud de mi madre; y en cuanto á mi hermana..... es probable que la hubiera ido peor. Privarse de todo, dejar á una madre en la miseria, sufrir el deshonor de una hermana..... ¿Es esto vida? Y todo, ¿para qué? Después de enterrar á los míos, hubiera podido fundar una nueva familia, ¡exponiéndome á que mi mujer y mis hijos murieran de hambre! Pues bien..... en tal situación, me dije que con el dinero de la vieja dejaría yo de ser una carga para mi madre, volvería á entrar en la Universidad y aseguraría mi porvenir..... ¡Y aquí lo tienes todo explicado! Fui culpable al matar á la prestamista..... pero..... ¡basta!

Rascolnikof parecía rendido.

—¡No es eso, no!—exclamó Sonia con voz dolorosa. ¡No es posible, hay otra cosa!

—¡Piensas que puede haber otra cosa! ¡Pues te he dicho la verdad!

—¡La verdad! ¡Oh Dios mío!

—Después de todo, Sonia, yo maté á un reptil repugnante, á un ser infame y malvado.....

—Pero ese ser malvado era un ser humano.

—Ya sé que no era realmente un reptil—agregó Rascolnikof, mirándola con extrañeza.—Pero lo que digo no tiene sentido común. Tienes razón, Sonia; no es eso. ¡Otros motivos fueron los que me obligaron á matar!.... Pero hace mucho tiempo que no hablo con nadie, Sonia..... y esta conversación me ha producido un gran dolor de cabeza.

Sus ojos brillaban con resplandor febril. El delirio se había apoderado de él; una inquieta sonrisa vagaba por sus labios. Bajo su ficticia animación notábase un extremado cansancio.

Sonia comprendió que sufría mucho. Ella también empezaba á perder el juicio.

—¡Qué extraño lenguaje!—se decía.—¡Dar semejantes explicaciones como plausibles!

No podía comprender aquel misterio, y se retorció las manos en su desesperación.

—¡No, Sonia, no es eso!—prosiguió, levantando de pronto la cabeza.

Sus ideas habían tomado nuevo giro, y parecía haber ganado en vivacidad.

—¡No es eso! Figúrate que estoy lleno de amor propio; que soy envidioso, malo, vengativo, y además propenso á la locura. Antes te dije que me había visto obligado á dejar de ir á la Universidad. Pues bien, quizá hubiera podido seguir mis estudios. Mi madre habría pagado mis matrículas; con mi trabajo hubiera yo ganado lo preciso para comer y vestir, ¡y hubiera logrado lo que pensaba! Pero me hallaba exasperado, y no quise trabajar. ¡“Exasperado,” sí! Y entonces me encerré en mi habitación, como la araña en su tela. Co-

noces aquel tabuco, has estado en él..... ¿Sabes, Sonia, que el alma se ahoga en las habitaciones estrechas y bajas? ¡Oh, qué odio me inspiraba aquel cuchitril! Y sin embargo, no quería salir de él. Permanecía encerrado días enteros, siempre tendido, sin ganas de trabajar, sin cuidarme ni de comer.

—Si Nastuchka me trae algo—pensaba,—comeré. Si no, pasaré sin comida.

Me hallaba demasiado irritado para pedir nada. Había renunciado al estudio y vendido todos mis libros; hay una pulgada de polvo sobre mis apuntes y mis cuadernos. No tenía luz para alumbrarme por la noche; para comprar bujías era preciso trabajar, ganar dinero, que era lo que yo no quería; prefería soñar en mi diván. Inútil decir cuáles eran mis sueños. Entonces comencé á pensar..... ¡Pero no, no es esto! ¡No refiero las cosas como son!..... Yo siempre me estaba preguntando: “Puesto que sabes que los demás son necios, ¿por qué no tratas de ser más inteligente que ellos?” Pronto reconocí, Sonia, que si se hubiera de esperar el momento en que todo el mundo fuese inteligente, sería necesario tener muchísima paciencia. Más tarde me convení de que semejante momento nunca llegaría, nunca; los hombres jamás cambiarán, y se pierde el tiempo tratando de modificarlos. ¡Sí, así es! ¡Tal es su ley!..... Ahora sé, Sonia, que el amo, entre todos, es el que posee inteligencia superior. ¡El que se atreve á mucho, es el que para los demás tiene razón! ¡El que los desafía y los desprecia, les impone respeto! ¡Esto es lo que siempre se ha visto, lo que se verá siempre! Sería necesario estar ciego para no darse cuenta de ello.

Mientras hablaba, Rascolnikof miraba á Sonia, pero sin que le importase saber si le comprendía. Hallábase en camino de experimentar una sombría exaltación. Mucho tiempo hacía, efectivamente, que no había hablado con nadie.

La joven comprendió que aquel feroz catecismo era su fe y su ley.

Entonces me convencí, Sonia —continuó Rascolnikof, acalorándose cada vez más,—de que el poder sólo es concedido al que se atreve á inclinarse para tomarle. Todo está ahí: basta atreverse. Desde el día en que esta verdad se me reveló, clara como el sol, quise “atreverme,” y maté. Sólo quise llevar á cabo un acto de audacia, Sonia. No fué otro el móvil de mi acción.

—¡Oh, callaos, callaos!—exclamó la joven, fuera de sí.—Os alejasteis de Dios, y Dios os castigó, os entregó al demonio.

—A propósito, Sonia. Cuando todas aquellas ideas me asaltaban en la obscuridad del aposento, era que el diablo iba allí á tentarme, ¿verdad?

—¡Callaos! ¡No os burléis, impío! ¡Vos no comprendéis esto! ¡Oh Señor! ¡No lo comprenderá!

—Calla, Sonia; yo no me burlo de nada. Sé muy bien que el diablo me arrastró. ¡Calla, Sonia, calla!—replicó con insistencia.—¡Todo lo sé! Cuanto pudieras hoy decirme, ya me lo dije yo mismo mientras estaba echado en el diván, rodeado de tinieblas. ¡Cuántas luchas interiores soporté! ¡Y cuán insufribles eran mis sueños, y cómo deseaba librarme de ellos para siempre! ¿Crees que fui allá como un aturdido, como un desequilibrado? No; obré después de maduras reflexiones; esto fué lo que me perdió. ¿Piensas que me hice una ilu-

sión? Cuando me preguntaba si una criatura humana era un despreciable reptil, sabía que no me lo preguntaba por mí, sino por el audaz que no se hace esta pregunta y que obra sin atormentar su cerebro con tal duda. Por último, el sólo hecho de plantearme este problema: “¿Napoleón hubiera matado á la vieja?” bastaba á probarme que yo no era un Napoleón. ... Finalmente, renuncié á buscar explicaciones sutiles; quise matar sin pensarlo, ¡matar por mí solo, por mí solo! Hasta en asunto como éste desdeñé fantasear con mi conciencia. Si maté, no lo hice para aliviar el infortunio de mi madre, ni para consagrar al bien de la humanidad el poder y la riqueza que, á mi entender, me ayudaría á conquistar aquel crimen. ¡No, no! Todo esto estaba lejos de mi espíritu! En el momento, sin duda que no me inquietaba saber si haría bien á alguien ó si toda mi vida sería un parásito social. El dinero no fué para mí el principal móvil del asesinato; otra razón más me determinó á cometerle. Ahora lo veo. Compréndeme. Si de nuevo fuera dueño de hacer ó no hacer lo que hice, es probable que no lo hiciera. Pero entonces tenía prisa por saber si el ser humano era un gusano vil ó un hombre en la verdadera acepción de la palabra; si tenía ó no en mí la fuerza para franquear el obstáculo; si era una criatura cobarde, ó si tenía “derecho”

—¿Derecho á matar?—exclamó Sonia estupefacta.

—¡Sonia!—exclamó Rascolnikof con disgusto.

Una respuesta le vino entonces á los labios, pero se abstuvo desdeñosamente de formularla.

—¡No me interrumpas!—continuó.—Sólo una cosa quisiera demostrarte. El diablo me llevó á casa de la

vieja, y en seguida me probó que no tenía derecho á ir, desde el momento en que yo soy tan vil gusano como los demás. ¡El diablo se burló de mí! ¿Hubiera venido á verte, si no fuese un mal bicho? Escucha: cuando fui á casa de la vieja, mi propósito era hacer una "experiencia"..... ¿Sabe esto!

—¡Y matasteis! ¡matasteis!

—Pero ¿cómo maté? ¿Se mata de tal modo? ¿Se obra como obré, cuando se va á matar? Cualquiera día sabrás todos los detalles..... ¿Acaso maté yo á la vieja?..... ¡No, me maté á mí mismo, me perdí para siempre!..... En cuanto á la vieja, no yo, el diablo fué su asesino..... ¡Basta, basta, Sonia; basta!..... ¡Déjame!—exclamó súbitamente, con voz desgarradora.—¡Déjame!

Rascólnikof apoyó los codos en las rodillas y oprimió su cabeza en las manos.

—¡Qué tormento!—gimió Sonia.

—Bueno, y ¿qué hacer ahora? Dímelo tú—preguntó él, levantando de pronto la cabeza.

Sus facciones estaban horriblemente demudadas.

—¡Qué hacer!—exclamó la joven.

Y avanzó hacia él. Sus ojos, hasta entonces llenos de lágrimas, brillaron de repente.

—¡Levántate!

Diciendo esto, asió á Rascólnikof por los hombros. El se incorporó y miró á Sonia con sorpresa.

—Ve en seguida, en este momento mismo, y prostérnate y besa el suelo que manchaste; di luego en voz alta á todo el mundo: "¡Yo he matado!" Y Dios te devolverá la vida. ¿Irás? ¿irás?—le preguntó, toda tem-

blorosa, estrechando sus manos cada vez con más fuerza y fijando en él sus ojos encendidos.

Aquella exaltación súbita de la joven sumió á Rascólnikof en estupor profundo.

—¿Luego quieres que vaya á presidio, Sonia? ¿Crees que debo denunciarme, verdad?—dijo con aire sombrío.

—Es preciso que aceptes la expiación y que por ella te redimas.

—No, no me denunciaré, Sonia.

—¿Y vivir? ¿Cómo vivirás?—replicó ella con energía.—¿Es posible esto ya? ¿Cómo podrás soportar la presencia de tu madre? (¡Oh! ¿qué será de ellas ahora?) Pero, ¿qué digo? ¡Ya la abandonaste, y también abandonas á tu hermana! Por eso rompiste las relaciones con tu familia. ¡Oh Dios mío!—exclamó.—¡El mismo comprende ya su situación! ¿Cómo, pues, vivir fuera de la sociedad? ¿Qué va á ser de ti?

—Sé razonable, Sonia—dijo dulcemente Rascólnikof.—¿Por qué he de ir á entregarme á la justicia? ¿Qué diría á aquellas gentes? Todo esto nada significa..... Ellos degüellan miles de personas, y hacen un mérito. ¡Son malvados y viles, Sonia!..... ¡No iré! ¿Qué les diría? ¿Que cometí un asesinato, y que no atreviéndome á aprovecharme del dinero robado, lo oculté debajo de una piedra? Se burlarían de mí; dirían que soy un imbécil y un cobarde. Ellos, Sonia, no me comprenderían; son incapaces de comprenderme. ¿Por qué he de ir á entregarme? No iré. Sé razonable, Sonia.

—¡Llevar en el alma semejante peso! ¡Y toda la vida, toda la vida!

—Me acostumbraré á ello.....—respondió Rascolnikof con gesto feroz.—Escucha—prosiguió un instante después.—Basta de lágrimas. Hora es ya de hablar seriamente. Vine á decirte que en la actualidad se me busca; que se me quiere detener.....

—¡Ah!—dijo Sonia espantada.

—Pero, ¿qué te pasa? Puesto que tú misma quieres que vaya á presidio, ¿por qué te horrorizas? Sólo que aún no me tienen en su poder. Y nada conseguirán. No tienen indicios positivos. Todas las pruebas ofrecen dos interpretaciones opuestas; es decir, que los cargos contra mí pueden explicarse á favor de mi causa, ¿comprendes? Y que no me vería apurado para defenderme, porque en la actualidad he adquirido bastante experiencia..... Pero con seguridad que se me detendrá. A no mediar una circunstancia fortuita, es probable que hoy mismo me hubieran encarcelado, y aún estoy expuesto á ser detenido antes de la noche..... Mas no importa, Sonia; me detendrán, pero se verán obligados á excarcelarme, por lo que te he dicho. Basándose en suposiciones como las tuyas, es imposible condenar á nadie. Y basta. Sólo quería prevenirte..... En cuanto á mi madre y á mi hermana, me arreglaré de manera que no se inquieten. Parece que mi hermana está ahora al abrigo de la necesidad; puedo, pues, tranquilizarme en lo concerniente á mi familia..... Y he aquí cuanto pasa. Sé prudente. ¿Irás á visitarme cuando esté preso?

—¡Oh, sí, sí!

Estaban sentados uno junto á otro, tristes y abatidos como dos náufragos lanzados por la tempestad á una isla desierta. Mirando á aquella joven, Rascolnikof

comprendió cuánto ella le amaba. Y ¡cosa extraña! la inmensa ternura de que era objeto le causó súbitamente una impresión dolorosa. Había ido á casa de Sonia, repitiéndose que su solo refugio, su única esperanza estaban en ella; había cedido á una irresistible necesidad de confiar su pena; y cuando la joven le daba todo su corazón, reconocía que era infinitamente más desgraciado que antes.

—Sonia—dijo,—mejor es que no vayas á verme cuando esté detenido.

Sonia no respondió; lloraba. Pasaron algunos minutos.

—¿Llevas contigo una cruz?—preguntó de pronto, como asaltada por una idea repentina.

Al principio, Rascolnikof no comprendió la pregunta.

—¿No la tienes? Pues bien, toma ésta; es de madera de ciprés. Tengo otra de cobre, regalo de Isabel.... Toma, ésta es la mía—insistió.—Juntos iremos á la expiación, juntos llevaremos la cruz.

—¡Dámela!—dijo Rascolnikof, para no apenarla.

Y alargó la mano; pero casi en seguida la retiró.

—No, ahora no, Sonia. Más adelante será mejor—agregó, á modo de concesión.

—Sí, sí; más adelante—respondió ella con calor.—Te la daré cuando llegue el momento de la expiación. Ven drás á mi casa, te la pondré al cuello, rezaremos una oración y partiremos juntos.

En aquel instante, dos golpes resonaron en la puerta.

—Sofía Semenovna, ¿se puede entrar?—dijo una voz débil y muy conocida.

Llena de inquietud, Sonia corrió á abrir.
El visitante no era otro que el señor Lebeziatnikof.

Andrés Semenovitch tenía el rostro alterado.
—Vengo á buscaros, Sonia. Dispensadme.... Sabía que os hallaría aquí—dijo bruscamente á Rascolnikof.—No es que me imaginara nada malo.... no creáis.... pero justamente pensaba.... Catalina Ivanovna ha regresado á su habitación. Está loca—concluyó, dirigiéndose nuevamente á Sonia.

La joven lanzó un grito.

—Lo parece, al menos. Y no sabemos qué hacer.... La han arrojado del lugar adonde había ido.... probablemente habrá sido á palos..... Y ahora expone sus proyectos á todo el mundo, sin excluir á Amalia Ivanovna. Dice que, como no le queda ningún recurso, tocará un organillo por la calle; sus hijos cantarán, bailarán é implorarán la caridad de los transeúntes. Todos los días irá á pedir limosna bajo las ventanas de casa del jefe de Simón Zakharitch, que hoy no quiso escucharla..... —Se verá—dice—cómo los hijos de una familia noble piden limosna por las calles.” Pega á todos sus hijos y les hace llorar. Enseña una canción á su hija mayor, y da lecciones de baile á los pequeños. Desgarra sus ropas para hacer trajes de saltimbanqui, y á falta de instrumento músico, quiere llevarse una cuba á guisa de tambor..... ¡No tolera

ninguna observación!..... ¡No podéis imaginaros aquello!

Lebeziatnikof hubiera hablado mucho; pero Sonia, que le escuchaba casi sin respirar, tomó de pronto el sombrero y la mantilla y se lanzó fuera de la habitación. Conforme andaba, se iba vistiendo.

Los jóvenes la siguieron.

—Está completamente loca—dijo Andrés á Rascolnikof.—He dicho que lo parecía para no asustar á Sonia; pero no cabe duda. Parece que en el cerebro de los tísicos se forman tubérculos. ¡Lástima que yo no sepa medicina! Por otra parte, ya intenté aplacarla; pero Catalina Ivanovna no escucha á nadie.

—¿La hablasteis de los tubérculos?

—No; precisamente de los tubérculos, no. No me hubiera entendido. Pero lo que yo pienso es esto: si, con ayuda de la lógica, se puede persuadir á cualquiera de que no debe llorar, no llorará..... Esto es claro. ¿Por qué, pues, á vuestro juicio, ha de seguir llorando?

—Si eso fuera así, la vida sería demasiado fácil—respondió Rascolnikof.

Al llegar ante su casa, saludó á Lebeziatnikof y dirigióse hacia su aposento.

Cuando se halló en él, Rascolnikof se preguntó por qué había regresado.

Se acercó á la ventana, se asomó á ella y vió..... lo que cien mil veces más había visto.

Abandonó su puesto de observación y se sentó sobre el diván.

¡Nunca había experimentado tan terrible sensación de aislamiento!

Llena de inquietud, Sonia corrió á abrir.
El visitante no era otro que el señor Lebeziatnikof.

Andrés Semenovitch tenía el rostro alterado.
—Vengo á buscaros, Sonia. Dispensadme.... Sabía que os hallaría aquí—dijo bruscamente á Rascolnikof.—No es que me imaginara nada malo.... no creáis.... pero justamente pensaba.... Catalina Ivanovna ha regresado á su habitación. Está loca—concluyó, dirigiéndose nuevamente á Sonia.

La joven lanzó un grito.

—Lo parece, al menos. Y no sabemos qué hacer.... La han arrojado del lugar adonde había ido.... probablemente habrá sido á palos..... Y ahora expone sus proyectos á todo el mundo, sin excluir á Amalia Ivanovna. Dice que, como no le queda ningún recurso, tocará un organillo por la calle; sus hijos cantarán, bailarán é implorarán la caridad de los transeúntes. Todos los días irá á pedir limosna bajo las ventanas de casa del jefe de Simón Zakharitch, que hoy no quiso escucharla..... —Se verá—dice—cómo los hijos de una familia noble piden limosna por las calles.” Pega á todos sus hijos y les hace llorar. Enseña una canción á su hija mayor, y da lecciones de baile á los pequeños. Desgarra sus ropas para hacer trajes de saltimbanqui, y á falta de instrumento músico, quiere llevarse una cuba á guisa de tambor..... ¡No tolera

ninguna observación!..... ¡No podéis imaginaros aquello!

Lebeziatnikof hubiera hablado mucho; pero Sonia, que le escuchaba casi sin respirar, tomó de pronto el sombrero y la mantilla y se lanzó fuera de la habitación. Conforme andaba, se iba vistiendo.

Los jóvenes la siguieron.

—Está completamente loca—dijo Andrés á Rascolnikof.—He dicho que lo parecía para no asustar á Sonia; pero no cabe duda. Parece que en el cerebro de los tísicos se forman tubérculos. ¡Lástima que yo no sepa medicina! Por otra parte, ya intenté aplacarla; pero Catalina Ivanovna no escucha á nadie.

—¿La hablasteis de los tubérculos?

—No; precisamente de los tubérculos, no. No me hubiera entendido. Pero lo que yo pienso es esto: si, con ayuda de la lógica, se puede persuadir á cualquiera de que no debe llorar, no llorará..... Esto es claro. ¿Por qué, pues, á vuestro juicio, ha de seguir llorando?

—Si eso fuera así, la vida sería demasiado fácil—respondió Rascolnikof.

Al llegar ante su casa, saludó á Lebeziatnikof y dirigióse hacia su aposento.

Cuando se halló en él, Rascolnikof se preguntó por qué había regresado.

Se acercó á la ventana, se asomó á ella y vió..... lo que cien mil veces más había visto.

Abandonó su puesto de observación y se sentó sobre el diván.

¡Nunca había experimentado tan terrible sensación de aislamiento!

Si; de nuevo sentía que, en efecto, detestaba á Sonia, y que la detestaba después de haber aumentado su infortunio. ¿Por qué había ido á hacerla derramar lágrimas? ¿Qué necesidad tenía de envenenar su vida? ¡Oh vileza!

—Seguiré solo—se dijo resueltamente.—Y ella no irá á verme cuando esté preso.

Cinco minutos después alzó la cabeza y sonrió á una idea extraña que le asaltó de improviso.

—Quizá sea mejor, efectivamente, ir á trabajos forzados—pensaba.

De repente se abrió la puerta y apareció Advotia Romanovna.

La joven se detuvo en el umbral, mirando hacia dentro cómo mirara él antes á Sonia. Luego se acercó y sentóse frente á él.

Rascólnikof la contempló en silencio, sin leer ninguna idea en sus ojos.

—No te enfades, hermano mío; sólo vengo por un minuto—dijo Dunia.

Estaba seria, mas no severa; su mirada tenía una dulce limpidez.

El joven comprendió que el paso dado por su hermana era impuesto por el cariño.

—Hermano mío, ya lo sé todo. Demetrio Prokofitch me lo ha contado. Se te persigue, se te atormenta; eres objeto de sospechas tan insensatas como odiosas..... Demetrio Prokofitch supone que no hay nada que temer y que te inquietas en balde. No soy de su opinión. Perfectamente me explico el desbordamiento de indignación que en ti se ha producido, y no me sorprendería que tu vida entera se resintiese

á este golpe. Es lo único que temo. Te separaste de nosotros..... No juzgo tu resolución, no me atrevo á juzgarla, y te suplico me perdones las reconvenciones que te dirigí. Creo que en tu lugar haría lo que tú. Procuraré qu mamá ignore todo esto; pero constantemente la hablaré de ti, diciéndola de tu parte que no tardarás en ir á verla. No te inquietes por ella. La tranquilizaré; pero tú, por tu parte, no la apenes. Ve, aunque no sea más que una vez; ¡piensa que es tu madre! Mi solo objeto, al hacerte esta visita, era decirte—concluyó Dunia, levantándose,—que si por casualidad me necesitaras, fuese para lo que fuese, tuya soy hasta morir..... Llámame, y vendré..... ¡Adiós!

Le volvió la espalda y se dirigió hacia la puerta.

—¡Dunia!—dijo Rascólnikof, levantándose y avanzando hacia ella.—Ese Razumikin, Demetrio Prokofitch, es un excelente hombre.

Dunia se ruborizó ligeramente.

—¿Y qué—preguntó, después de un momento.

—Es un hombre activo, laborioso, honrado y capaz de un cariño verdadero..... ¡Adiós, Dunia!

La joven se había puesto encarnadísima; de repente sintió miedo.

—Pero, ¿es que nos separamos para siempre, hermano mío? ¡Parece que me lees tu testamento!

—No importa..... ¡Adiós!

Y apartándose de ella, se dirigió hacia la ventana.

La joven esperó un momento, le miró con inquietud y se retiró, toda turbada.

¡No, no era indiferencia lo que su hermana le inspiraba! Había tenido un instante (el último) en que sintiera violento deseo de abrazarla, de despedirse de ella

y de decírselo todo. Sin embargo, no tuvo valor ni amor para tenderle la mano.

—Pero luego se estremecería al recordarlo; diría que la robé un beso.

—Y además, ¿soportaría semejante confesión?—añadió mentalmente, algunos instantes después.

—No, no la soportaría. “Estas mujeres” no saben soportar nada.

Y su pensamiento volvió á Sonia.

Por la ventana entraba el aire fresco. La noche se acercaba. Rascólnikof tomó bruscamente su gorra y salió á la calle.

Sin duda no podía ni quería ocuparse de su salud. Pero aquellos terrores, aquellas angustias continuas debían tener sus consecuencias, y si la fiebre aún no le había aniquilado, era gracias á la fuerza ficticia que momentáneamente le prestaba su agitación moral.

Vagaba sin objeto. El sol se había puesto. Desde hacía algún tiempo, Rascólnikof experimentaba un sufrimiento que, sin ser agudo, se ofrecía con carácter de duración. Entreveía largos años de mortal ansiedad, “la eternidad en el espacio de un pie cuadrado.”

Ordinariamente era por la noche cuando más le obsesionaba aquel pensamiento.

—¡Con este estúpido malestar físico que produce la puesta del sol, no es extraño hacer tonterías! Iré á casa de Sonia y á la de Dunia—murmuraba con agitación.

Al oírse llamar, se volvió. Lebeziatnikof le seguía corriendo.

—He estado en vuestra casa; os busco. Catalina Ivanovna ha puesto su programa en ejecución: ha salido

con los niños. Gran trabajo nos ha costado á Sonia y á mí el encontrarlos. Lloran los angelitos. Se paran en mitad de la calle, ante las tiendas, y van seguidos de una multitud de imbéciles. Vamos pronto.

—¿Y Sonia?—preguntó con inquietud Rascólnikof, que se apresuró á seguir á Andrés Semenovitch.

—Ha perdido el juicio..... No Soniá, sino Catalina. Por otra parte, quizá pueda opinar lo mismo de la joven. Cuanto á la de Catalina Ivanovna, es verdadera locura..... Van á ser todos conducidos á la prevención, y figuraos el efecto que esto le producirá. Ahora están en el canal, cerca del puente X..., no lejos de casa de Sofía Semenovna. Llegamos en seguida.

En el canal, á poca distancia del puente, hallábase estacionada gran multitud, compuesta, en su mayor parte, de niños de ambos sexos.

Cubierta la cabeza con un mal sombrero de paja; vestida con su estropeada ropa, sobre la que se había echado un viejo chal, Catalina Ivanovna justificaba demasiado las palabras de Andrés Semenovitch. Estaba agitadísima, y alentaba temblorosamente. Su rostro de física expresaba más sufrimiento que nunca (los tísicos tienen peor aspecto en la calle, á la luz del sol, que dentro de casa); pero no obstante su debilidad, era presa de una excitación que aumentaba por momentos.

Se lanzaba sobre los niños, los reprendía vivamente; se lanzaba delante de todo el mundo á la educación coreográfica y musical de sus hijos, recordándoles por qué era necesario bailar y cantar; luego, desolada al ver su falta de aptitud, empezaba á pegarles.

Interrumpía tales ejercicios para dirigirse al público; y no bien, entre los que les rodeaban, veía una per-

sona vestida decentemente, se acercaba á ella para explicarle á qué extremo se veían reducidos los hijos "de una familia noble, aristocrática." Si oía risas ó frases burlonas, disputaba con los insolentes.

El hecho era que muchas personas bromeaban; otras meneaban la cabeza en señal de lástima, y todos, en general, miraban curiosamente á aquella loca rodeada de niños asustados.

Lebeziatnikof se había engañado al hablar de la cuba. Rascolnikof no la vió, por lo menos. Para acompañarse, Catalina Ivanovna palmoteaba cadenciosamente, mientras que Poletchka cantaba y Lena y Kolia bailaban. En ocasiones trataba la madre de cantar; pero, regularmente, la segunda nota era interrumpida por un golpe de tos. Y entonces se desesperaba, maldecía de su enfermedad y no podía menos de llorar.

Lo que sobre todo la ponía fuera de sí, era el llanto y el temor de Kolia y de Lena, sus hijos menores, vestidos como dijo Lebeziatnikof, con harapos, que les hacían aparecer miserables saltimbanquis.

Poletchka llevaba su ropa de todos los días. No se retiraba de su madre, cuyo trastorno intelectual adivinaba, y mirándola tímidamente, trataba de ocultarle sus lágrimas. La infeliz estaba asustada de verse en medio de la calle y entre aquella multitud.

Sonia seguía á Catalina Ivanovna, y sin cesar la suplicaba que volviese á su casa. Pero la loca se mostraba inflexible.

—¡Calla, Sonia!—balbuceaba, tosiendo.—No sabes lo que dices. Eres una niña. Ya te he dicho que no volveré á casa de aquella borracha. Que todo el mundo, que todo San Petersburgo vea reducidos á la mendici-

dad á los hijos de un noble padre que lealmente sirvió toda su vida al país, y que se puede decir murió sirviéndole.—(Catalina Ivanovna había logrado albergar aquella idea en su cabeza, y le hubiera sido completamente imposible abandonarla.)—¡Que el granuja del general (jefe de Simón Zakharchitch) sea testigo de nuestra miseria! ¡Pero qué tonta eres, Sonia! ¿Comer? ¡Ya te explotamos bastante! ¡No quiero!..... ¡Ah, Rodion Romanovitch! ¿Sois vos?—exclamó, al ver á Rascolnikof.

Y se dirigió hacia él.

—¡Haced comprender á la inocente que éste es para nosotras el mejor partido!

Rascolnikof trató de persuadirla de que debía volver á su casa. Creyendo influir sobre su amor propio, hízola observar que no era conveniente ir de aquella manera por las calles, cuando abrigaba el pensamiento de abrir un colegio para jóvenes nobles.....

—¡Un colegio! ¡Ja, ja! ¡Qué buena broma!—exclamó Catalina Ivanovna.—Después de reír, tuvo un violento acceso de tos.—¡No, Rodion Romanovitch; el sueño se ha desvanecido! ¡Todo el mundo nos abandonó! Pero de todos me río. ¡Yo mantendré á mis hijos, sin necesidad de humillarme ante nadie! ¡Bastante la hemos martirizado!—añadió, mirando á Sonia.—Poletchka, ¿qué dinero hemos recogido? ¡Cuenta! ¡Cómo! ¡dos "kopeks" nada más! ¡Los muy ladrones no dan nada! ¡Se contentan con seguirnos, con tirarnos de la lengua! ¿Y por qué se ríe aquél? (Mostraba á uno de los que miraban.) ¡Siempre por culpa de Kolia! Por su falta de inteligencia, se burlan de nosotros. ¿Qué quieres, Poletchka? Háblame en francés. Te he dado

lecciones, y sabes algunas frases. Si no, ¿cómo conocerá nadie que pertenecemos á una noble familia, que sois niños bien educados, no vulgares músicos ambulantes? Dejaremos á un lado las canciones triviales; sólo cantaremos delicadas romanzas..... ¡Ah, sí! ¿Qué cantaremos ahora? Siempre me interrumpís y..... Ya lo véis, Rodion Romanovitch; nos hemos detenido para elegir nuestro repertorio, porque, como supondréis, esto nos cogió de improviso; nada teníamos dispuesto, y por fuerza hemos de tener un ensayo preliminar. En seguida iremos á la perspectiva Neosky, donde hay muchas personas de escogida sociedad y donde se nos conocerá inmediatamente. Cantaremos en francés "Cinq sous." Ya os enseñé esa canción. ¿La recordáis? Como que se trata de un aire francés, en seguida se notará que pertenecemos á la nobleza, lo cual será mucho más conmovedor..... Podríamos agregar "Malbrough s'en va-t-en guerre"..... tanto más cuanto que esta canción es infantil y se usa en todas las casas aristocráticas para dormir á los niños.

"Mambrú se fué á la guerra,
no sé cuándo vendrá."

—comenzó á cantar.—¡Pero no! Mejor es "¡Cinco sueldos!" Ea, Kolia, la mano en la cadera, ¡lista! Y tú, Lena, ponte frente á él. Poletchka y yo acompañaremos.

"Cinco sueldos, cinco sueldos
para alhajar nuestra casa."

—¡J-ji! ¡j-ji! ¡j-ji! Poletchka, súbete esa ropa; se te cae de los hombros—agregó, empezando á toser nuevamente.—Ahora se trata de presentarse convenientemente y de enseñar lo bien formado del pie, para que

se vea que sois hijos de un noble..... ¡Otro soldado! ¿Qué deseas, imbécil?

—Está prohibido—respondió el aludido, un gendarme que se había acercado,—está prohibido producir escándalo en las calles. Os ruego que seáis más comedida.

—¡Eres un importuno! ¡Estoy en el mismo caso que los organilleros! ¡Déjame en paz!

—Los organilleros deben obtener licencia; vos no la tenéis, y dais lugar á que se formen grupos en las calles. ¿Dónde vivís?

—¿Qué es eso de licencia?—vociferó Catalina Ivanovna.—Hoy enterré á mi marido. Me parece que esto es una licencia.

—Calmaos, señora—exclamó, interviniendo, un empleado que poco antes había dado limosna á los infelices.—Venid, os acompañaré..... No os halláis en vuestro sitio en medio de esta multitud..... ¡Estáis enferma!.....

—¡Vos no sabéis nada, caballero!—gritó Catalina Ivanovna.—Tenemos que ir á la perspectiva Neosky..... ¡Sonia, Sonia! ¿Dónde está? ¡Llora también! Pero, ¿qué tenéis todos?..... ¡Kolia, Lena! ¿Dónde estáis?—exclamó, con repentina inquietud.—¡Oh, necias criaturas! ¡Kolia! ¡Lena! Pero, ¿dónde están?

Viendo que un soldado iba á detenerlas, Kolia y Lena, ya muy asustadas por la presencia de la multitud y las excentricidades de su madre, invadidas por un terror loco, escaparon á todo correr.

La infeliz Catalina Ivanovna, morando y gimiendo, se lanzó en su persecución. Sonia y Poletchka corrieron tras de ella.

—¡Hazles volver, Sonia; llámales! ¡Oh, qué criaturas más tontas y más ingratas!..... ¡Cógemelas, Kolia! ¡Después que por vosotros!.....

En su carrera, uno de sus pies tropezó, y la infeliz cayó de bruces.

—¡Se ha herido! ¡Está llena de sangre! ¡Oh Dios mío!—exclamó Sonia, inclinándose sobre su madrastra.

Pronto se formó un grupo en derredor de las dos mujeres.

Rascolnikof y Lebeziatnikof fueron los primeros en acudir. Tras de ellos corrieron el empleado y el gendarme.

Catalina Ivanovna fué conducida á casa de Sonia.

La habitación se vió pronto llena de curiosos, entre los cuales, de repente, apareció Svidrigaylof.

Ignorando que habitara en aquella casa, Rascolnikof quedóse admirado al verle.

Se habló de llamar á un médico y á un sacerdote. El empleado consideraba inútiles los auxilios de la ciencia, y así lo dijo á Rascolnikof; sin embargo, hizo lo necesario para procurar socorro á la enferma. Kaper-naunof, el patrón de Sonia, fué en busca de un doctor.

Mientras tanto, Catalina Ivanovna estaba algo más tranquila, y la hemorragia había cesado momentáneamente. La infortunada clavó una mirada doliente, pero fija y penetrante, en la pobre Sonia, que, pálida y temblorosa, la limpiaba la frente con un pañuelo. Por último, pidió que la incorporasen. Fué sentada en la cama; dos mujeres la sostuvieron.

—¿Dónde están los niños?—preguntó con voz dé-

bil.—¿Los trajiste, Kolia?..... ¡Oh, los imbéciles! —exclamó al verlos.—¿Por qué os escapasteis?..... ¡Oh!

La sangre aún cubría sus labios secos. Paseó la mirada por la habitación.

—¡En este tabuco vives, Sonia?..... ¡Ni una sola vez había venido por tu casa!..... ¡Ha sido preciso esto para que la vea!.....

Dirigió á la aludida una mirada llena de compasión.

—Te hemos sacrificado, Sonia..... Kolia, Lena, Kolia..... venid..... Ahí los tienes, Sonia; tómalos..... En tus manos les pongo..... Yo..... ya tengo bastante..... ¡El baile ha concluído! ¡Dejadme, dejadme morir tranquila!

Fué obedecida; se dejó caer sobre una almohada.

—¿Qué? ¿Un sacerdote? No le necesito. ¿Acaso tenéis un rublo de sobra, por casualidad?..... ¡En mi conciencia no hay manchas!..... Y aun cuando las hubiera, Dios debe perdonarme..... ¡Sabe cuánto he sufrido!..... ¡Tanto peor si no perdona!.....

Sus ideas se confundían más cada vez. A menudo se estremecía, miraba en torno suyo, y durante un minuto contemplaba á los que la rodeaban; pero en seguida volvía á ser presa del delirio. Respiraba penosamente. Se oía como un bullicio en su garganta.

—Le dije “¡Excelencia!”—gritaba, deteniéndose después de cada palabra.—Esta Amalia Ludoigovna.... ¡Ah! ¡Lena, Kolia, la mano á la cadera! ¡pronto! Y desligaos, desligaos..... ¡Golpea tú con los pies!..... ¡sé gracioso!

“Du hast Diamanten und perlen”....

.(Tienes diamantes y perlas.....)

—¿Qué sigue? No; esto es lo que hay que cantar....

“Du hast die schönsten augen,

Mädchen, was willst du mehr”.....

(Tienes los más lindos ojos.....

¿Qué más ambicionas, niña?)

—¡Verdad! ¿Qué más quiere la imbécil?..... ¡Ah!
¿Y esto?

En un valle del Daghestan

que el sol quema con sus rayos.....

—¡Ah, cómo me gustaba! ¡Cómo me gustaba esta
romanza, Poletchka!..... Tu padre la cantaba duran-
te nuestro matrimonio..... ¡Oh, qué días!..... ¡He
aquí lo que debíamos cantar! ¡Sí! ¿Y por qué no? ¡Có-
mo! ¿Lo he olvidado?..... Pero, ¡recordadme como
sigue!

Presa de extraordinaria agitación, la infeliz hacía
esfuerzos para levantarse. Por fin, con voz ronca, aho-
gada y siniestra, comenzó, alentando á cada palabra y
expresando en su rostro creciente espanto:

En un valle..... del Daghestan.....

que el sol.... quema con sus rayos....

con un balazo en el pecho.....

Luego, de repente, Catalina Ivanovna rompió á llo-
rar, y con desconsuelo conmovedor:

—¡Excelencia!—exclamó.—¡Proteged á los huérfa-
nos! ¡En recuerdo á la hospitalidad recibida en casa de
Simón Zakharitch!..... ¡Una casa que puede de-
cirse hasta aristocrática!.....

Se estremeció súbitamente, y como tratando de re-
cordar dónde estaba, miró con una especie de angustia

á todos los presentes. Reconociendo á Sonia, pareció
sorprendida.

—¡Sonia, Sonia!—exclamó, en voz dulce y tierna.—
¡Querida Sonia! ¿estás ahí?

De nuevo la levantaron.

—¡Basta!..... ¡Esto ha concluido!..... ¡La bestia
ha muerto!—gritó la infeliz enferma, con acento de
amarga desesperación.

Y dejó caer la cabeza sobre la almohada.

Se adormeció una vez más, pero no para mucho tiem-
po. Su amarillo y flaco rostro se echó atrás, abrióse su
boca, sus piernas se estiraron convulsivamente, dejó es-
capar un profundo suspiro, y murió.

Sonia, más muerta que viva, se precipitó sobre el
cadáver, le estrechó en sus brazos y apoyó la cabeza en
el pecho de la difunta. Poletchka empezó á sollozar,
besando los pies de su madre. Kolia y Lena, dándose
cuenta igualmente de aquella catástrofe espantosa, pa-
saron sus brazos el uno sobre el cuello del otro, y, des-
pués de mirarse á los ojos, comenzaron á gritar.

Rascolnikof se dirigió hacia la ventana. Lebeziatni-
kof se apresuró á acercarse.

—¡Ha muerto!—dijo Andrés Semenovitch.

Svidrigaylof se acercó á ellos.

—Rodion Romanovitch, quisiera dirigiros dos pala-
bras.

Lebeziatnikof les dejó solos. Svidrigaylof llevó apar-
te á Rodion, que estaba muy intrigado al notar sus mo-
dales.

—De todos estos asuntos, es decir, de la inhumación
y lo demás, yo me encargaré. Sabéis que todo cuesta di-
nero, y, como os dije, yo lo tengo y no me sirve para

nada. En cuanto á los niños, les haré ingresar en un colegio de huérfanos, donde estarán bien, y colocaré una suma de mil quinientos rublos por cada uno para que les sean entregados al cumplir la mayor edad, á fin de que Sofia Semenovna no tenga que ocuparse de ellos. Por lo que á Sofia respecta, la retiraré del lupanar, porque es una buena chica. ¿No lo creéis así? Podéis comunicar á Advotia Romanovna el uso que hago de su dinero.

—¿Con qué fin os mostráis tan generoso?—preguntó Rascólnikof.

—¡Qué escéptico sois!—respondió, riendo, Svidrigaylof.—Ya os dije que este dinero no me era necesario. Pues bien, obro puramente por humanidad. ¿Acaso no admitís esto? Después de todo—agregó, indicando con el dedo el extremo del aposento en que reposaba la difunta,—esta mujer no era un “mal reptil,” como cierta usurera. ¿Convenís en que valía más “que ella muriera y que Lugin viviese para cometer infamias?” Sin mi ayuda, Poletchka, por ejemplo, se vería condenada á arrastrar la misma vida que su hermana.....

Su tono, alegremente malicioso, estaba lleno de intención, y, mientras hablaba, no apartaba los ojos de Rascólnikof.

Este palideció y sintióse estremecer al oír las expresiones textuales de que se sirviera en su conversación con Sonia. Retrocedió bruscamente, mirando á Svidrigaylof con aire extraño, y tartamudeó:

—¿Cómo..... sabéis?

—Es que yo habito aquí, al otro lado de esa pared, en casa de la señora Resslerich, mi venerable y excelente amiga. Soy vecino de Sonia.

—¿Vos?

—Yo—continuó Svidrigaylof, que reía hasta retorcerse.—Y os doy mi palabra de honor, muy querido Rodion Romanovitch, de que me habéis interesado extraordinariamente. Os dije que volveríamos á encontrarnos; tenía ese presentimiento..... ¡Y así ha sido! Ya veréis cómo soy hombre discreto y tratable; ya veréis cómo se puede vivir conmigo.....

SEXTA PARTE

I

La situación de Rascólnikof era extraña: hubiérase dicho que una especie de niebla le envolvía y le aislaba de los demás hombres. Cuando, después, recordaba esta época de su vida, adivinaba que en ocasiones había debido perder la conciencia de sí mismo, y que aquel estado duró, con ciertos intervalos lúcidos, hasta la catástrofe definitiva. Estaba convencidísimo de que entonces había cometido muchos errores; por ejemplo: que la sucesión cronológica de los acontecimientos se le había escapado. Al menos, cuando más adelante quiso poner en orden sus recuerdos, se vió obligado á recurrir á testimonios extraños para saber muchas particularidades sobre sí mismo.

Confundía, sobre todo, un hecho con otro, ó bien consideraba tal incidente como la consecuencia de un suceso que sólo existía en su imaginación. En ocasiones veíase dominado por un miedo morboso que de-

nada. En cuanto á los niños, les haré ingresar en un colegio de huérfanos, donde estarán bien, y colocaré una suma de mil quinientos rublos por cada uno para que les sean entregados al cumplir la mayor edad, á fin de que Sofia Semenovna no tenga que ocuparse de ellos. Por lo que á Sofia respecta, la retiraré del lupanar, porque es una buena chica. ¿No lo creéis así? Podéis comunicar á Advotia Romanovna el uso que hago de su dinero.

—¿Con qué fin os mostráis tan generoso?—preguntó Rascolnikof.

—¡Qué escéptico sois!—respondió, riendo, Svidrigaylof.—Ya os dije que este dinero no me era necesario. Pues bien, obro puramente por humanidad. ¿Acaso no admitís esto? Después de todo—agregó, indicando con el dedo el extremo del aposento en que reposaba la difunta,—esta mujer no era un “mal reptil,” como cierta usurera. ¿Convenís en que valía más “que ella muriera y que Lugin viviese para cometer infamias?” Sin mi ayuda, Poletchka, por ejemplo, se vería condenada á arrastrar la misma vida que su hermana.....

Su tono, alegremente malicioso, estaba lleno de intención, y, mientras hablaba, no apartaba los ojos de Rascolnikof.

Este palideció y sintióse estremecer al oír las expresiones textuales de que se sirviera en su conversación con Sonia. Retrocedió bruscamente, mirando á Svidrigaylof con aire extraño, y tartamudeó:

—¿Cómo..... sabéis?

—Es que yo habito aquí, al otro lado de esa pared, en casa de la señora Resslich, mi venerable y excelente amiga. Soy vecino de Sonia.

—¿Vos?

—Yo—continuó Svidrigaylof, que reía hasta retorcerse.—Y os doy mi palabra de honor, muy querido Rodion Romanovitch, de que me habéis interesado extraordinariamente. Os dije que volveríamos á encontrarnos; tenía ese presentimiento..... ¡Y así ha sido! Ya veréis cómo soy hombre discreto y tratable; ya veréis cómo se puede vivir conmigo.....

SEXTA PARTE

I

La situación de Rascolnikof era extraña: hubiérase dicho que una especie de niebla le envolvía y le aislaba de los demás hombres. Cuando, después, recordaba esta época de su vida, adivinaba que en ocasiones había debido perder la conciencia de sí mismo, y que aquel estado duró, con ciertos intervalos lúcidos, hasta la catástrofe definitiva. Estaba convencidísimo de que entonces había cometido muchos errores; por ejemplo: que la sucesión cronológica de los acontecimientos se le había escapado. Al menos, cuando más adelante quiso poner en orden sus recuerdos, se vió obligado á recurrir á testimonios extraños para saber muchas particularidades sobre sí mismo.

Confundía, sobre todo, un hecho con otro, ó bien consideraba tal incidente como la consecuencia de un suceso que sólo existía en su imaginación. En ocasiones veíase dominado por un miedo morboso que de-

generaba en terror pánico. Recordó también que había tenido momentos, horas, quizá hasta días, en los que, en cambio, se halló sumido en una apatía lúgubre, sólo comparable á la indiferencia de ciertos moribundos.

En general, en aquellos últimos tiempos, en vez de tratar de darse cuenta exacta de su situación, hacía esfuerzos para no pensar mucho en ella. Ciertos actos de la vida corriente, que no sufrían aplazamiento, se imponían á pesar suyo á su atención; descuidaba, en cambio, los asuntos cuyo olvido, en una situación como la suya, podía serle fatal.

Tenía un miedo particular á Svidrigaylof. Desde que éste le repitiera las palabras por él pronunciadas en el aposento de Sonia, los pensamientos de Rascolnikof habían tomado una dirección nueva. Pero, aun cuando aquella complicación imprevista le inquietara extremadamente, el joven no se daba prisa para poner la cosa en claro. En ocasiones, cuando se internaba en un barrio lejano y solitario de la ciudad; cuando se veía en un mal "traktir," sin recordar por qué casualidad se hallaba allí, de repente pensaba en Svidrigaylof, y se prometía tener lo antes posible una explicación con aquel hombre, cuyo recuerdo le obsesionaba.

En las dos últimas ocasiones en que le viera, se limitaron á cambiar breves palabras, absteniéndose de abordar el punto capital, como si por un acuerdo tácito, se hubiesen obligado á apartar momentáneamente aquella cuestión.

En la última entrevista, Svidrigaylof comunicó á Rascolnikof que sus diligencias en favor de los hijos de Catalina Ivanovna habían sido fructuosas; gracias á ciertos personajes conocidos, pudo—dijo—conseguir la

admisión de los tres niños en buenos asilos; los mil quinientos rublos que cada uno poseía no fueron un obstáculo para su ingreso, porque se recibía mejor á los huérfanos que poseyeran un pequeño capital, que á los que por completo carecían de recursos. Agregó algunas palabras respecto á Sonia; prometió pasar cualquier día por casa de Rascolnikof, y dejó comprender que tenía ciertos asuntos de los cuales deseaba vehementemente tratar con él.....

Mientras hablaba, Svidrigaylof no cesaba de observar á su interlocutor; de repente guardó silencio; luego preguntó, bajando la voz:

—Pero, ¿qué tenéis, Rodion Romanovitch? Diríase que no estáis en vuestro sano juicio. ¡Escucháis, miráis, y parecéis no comprender! Volved en vos. Es menester que hablemos un poco. Desgraciadamente, estoy muy ocupado, tanto por mis asuntos como por los ajenos..... Rodion Romanovitch—añadió bruscamente,—¡todos los hombres necesitamos aire, aire, aire..... sobre todo!

Y se apartó vivamente para dejar paso á un sacerdote y á un sacristán que se disponían á subir la escalera. Iban á celebrar el oficio de difuntos. Svidrigaylof había querido que aquella ceremonia se verificase dos veces al día. Se alejó, y Rascolnikof, después de reflexionar un momento, siguió al "pope" á casa de Sonia.

Quedóse en el umbral. La ceremonia empezó con la tranquila y triste solemnidad acostumbrada.

Desde su infancia, Rascolnikof experimentaba cierto terror místico ante las fúnebres ceremonias; así es

que evitaba presenciarlas. Por otra parte, aquélla tenía para él un carácter particularmente conmovedor.

Miró á los niños. Todos estaban arrodillados cerca del ataúd; Poletchka lloraba. Tras de ellos, rezaba Sonia, que en vano intentaba ocultar sus lágrimas.

—En todos estos días no me ha mirado una vez ni me ha dicho una palabra—pensó de pronto.

Terminado el oficio, Rascolnikof se acercó á ella.

La joven apoderóse de sus manos é inclinó la cabeza sobre el hombro del joven.

Tal demostración de amistad causó profunda sorpresa á nuestro héroe.

¡Cómo! ¡Sonia no manifestaba la menor aversión ni el menor terror hacia él! ¡No temblaba su mano!

Era aquello el colmo de la abnegación personal. Por lo menos, así lo creyó el joven. La joven no dijo palabra. Rascolnikof estrechó su mano y salió.

Experimentaba un insoportable malestar. Si en el momento aquel hubiera podido encontrar aislamiento, aun cuando su soledad hubiese sido eterna, se habría llamado feliz. ¡Desgraciado! Aunque, desde hacía algún tiempo, casi siempre estuviera solo, no podía decirse que lo estaba. Cuanto más solitario era el lugar en que se encontraba, más cerca se sentía de un ser invisible, cuya presencia, antes que asustarle, le irritaba.

Se apresuró, pues á internarse en la ciudad; se mezclaba entre la multitud; penetraba en los cafés, en las tabernas; iba aquí y allá; se encontraba así más tranquilo.

Pasó una hora entera escuchando las canciones que se cantaban en una mala taberna.

Pero, por fin, la inquietud volvió á asaltarle; un re-

cuerdo, doloroso como un remordimiento, empezó á torturarlo.

—¡Estoy escuchando estas canciones!..... ¿Es esto lo que debo hacer?—se dijo.

Adivinaba que no era ésta su única inquietud; otra cuestión, que debía ser ultimada sin tardanza, le preocupaba; pero por más que trataba de someterla á su atención, le era imposible resolverse á darla forma precisa.

—¡Preferible sería la lucha! ¡Preferiría encontrarme frente á Porfirio ó á Svidrigaylof!..... ¡Sí, sí! ¡un adversario cualquiera! ¡un ataque cualquiera que rechazar!

Hecha esta reflexión, salió presurosamente de la taberna.

De repente, el recuerdo de su hermana y de su madre le sumió en una especie de terror.

Pasó aquella noche tumbado entre los arbustos de Krestowsky-Ostrof; antes de que amaneciera despertó, y, temblando de fiebre, encaminóse hacia su casa, á la que llegó de madrugada.

Después de dormir algunas horas, desapareció su calentura; pero se levantó tarde: á las dos.

Rascolnikof recordó que aquél era el día fijado para las exequias de Catalina Ivanovna, y se felicitó de no haber asistido.

Nastasia le llevó la comida. Comió con buen apetito, casi con avidez. Su cabeza estaba fresca; gozaba de una calma que no había experimentado hacía tres días.

Hasta hubo un instante en que se admiró al recordar el terror de que había sido presa.

Se abrió la puerta. En el umbral apareció Razumikin.

—¡Ah, come!—dijo el visitante, el cual tomó una silla y se sentó junto á la mesa, frente á Rascolnikof.

Estaba muy agitado, y no trataba de ocultarlo. Hablaba con visible cólera, pero sin precipitarse y sin elevar extremadamente la voz. Se podía suponer que un motivo serio le llevaba á aquella casa.

Escucha—comenzó, en tono decidido.—Os dejo á todos, porque veo de la manera más clara que vuestro proceder es indescifrable para mí. Ruégote que no creas que vengo á interrogarte. No trato de sacarte la cerilla de los oídos. Ahora, aun cuando tú mismo me revelaras todos vuestros secretos, es muy probable que no quisiera oírlos; escupiría y me marcharía. Vine con el solo fin de informarme personalmente de tu estado mental. Hay personas que te creen loco, ó cuando menos, próximo á estarlo. Te confieso que yo mismo me hallaba predispuesto á compartir esta opinión, al ver, como veo, que tu modo de obrar es estúpido, bastante feo y absolutamente inexplicable. Por otra parte, ¿qué pensar de tu reciente conducta con tu madre y con tu hermana? ¿Qué hombre, á menos que sea un canalla ó un demente, se hubiera portado con ellas como tú? Luego estás loco ó

—¿Cuándo las has visto?

—No hace mucho. Y tú, ¿no las ves? Dime, te lo ruego, dime dónde pasas todo el día; he venido tres veces á buscarte. Desde ayer, tu madre está muy enferma. Quiso venir á verte. Advotia Romanovna trató de hacerla desistir de su propósito, pero Pulqueria Alejandrovna no quiso obedecer. Y vino, es decir, vini-

mos; pero en balde: el señor no estaba, no pareció en todo el día. “Bien claro lo veo—dijo tu buena madre. —Todo su tiempo es para ella.” Supone que Sofía Semenovna es tu prometida ó algo más. Fui á casa de esta joven, porque, amigo mío, tenía prisa por saber á qué atenerme. Entro, y ¿qué vi? Un ataúd y niños que lloran, mientras Sofía Semenovna se ocupa en vestirlos de luto. Tú no estabas allí. Después de haberte buscado con la vista, me excusé, salí de allí y regresé á referir á Advotia Romanovna el resultado de mis pesquisas. Decididamente, nada significa todo esto; no se trata ya de una aventurilla amorosa; hay que admitir, pues, como más probable, la hipótesis de la locura. Y he aquí que te encuentro dispuesto á devorar un suculentísimo guisado. Sin duda que el estar loco no es obstáculo para comer; aunque todavía, eso sí, no me hayas dicho una palabra. ¡No, tú no estás loco! Apostaría cualquier cosa! Para mí es éste un punto indiscutible. De consiguiente, os envío á todos al cuerno, convencido de que aquí hay un misterio, pues no quiero romperme la cabeza para penetrar vuestros secretos. Vine para tener contigo una entrevista y desahogar mi corazón. Por lo demás, sé perfectamente lo que ahora tengo que hacer.

—¿Qué vas á hacer?

—¿Te importa?

—¿Vas á entregarte á la bebida?

—¿Cómo lo has adivinado?

—¿Qué difícil era esto de adivinar?

Razumikin guardó silencio un instante.

—Siempre has sido muy listo, ¡y nunca, jamás has

estado loco!—observó con vivacidad.—No te equivocaste. ¡Me doy á la bebida! ¡Adiós!

Y dirigióse hacia la puerta.

—Anteayer, si no me engaño, hablé de ti á mi hermana—dijo Rascolnikof.

Razumikin se detuvo.

—¿De mí! Pero..... ¿dónde la viste anteayer?—preguntó, palideciendo ligeramente.

La turbación que le agitaba no podía ser objeto de duda.

—Vino aquí sola, se sentó ahí mismo y estuvo hablando conmigo.

—¿Ella?

—Sí, ella.

—¿Qué le dijiste..... de mí, se entiende?

—La dije que eres un hombre honrado, bueno y trabajador. No la dije que la amabas, porque ella lo sabe ya.

—¿Ella lo sabe?

—¡Hombre! ¡Por Dios!..... Vaya yo donde vaya, sea de mí lo que quiera, tú debías quedar como su amparo y providencia. Las pongo, por decirlo así, en tus manos, Razumikin. Te digo esto, porque sé que tú la amas, y porque estoy convencido de la nobleza de tus sentimientos. Sé también que ella puede amarte, si es que no te ama ya. Decide, pues, si debes á no entregarte á la bebida.

—¡Rodka!..... Ya ves..... Pues bien..... ¡Ah, diablo! Tú, ¿á dónde piensas ir? Bueno; desde el momento en que es un secreto, no hablemos de esto más. Pero..... yo sabré..... yo sabré lo que hay..... Convencido estoy de que no es nada serio, de que todo

son tonterías, de que tu imaginación hizo montañas. Por otra parte, ¡eres un hombre excelente! ¡un hombre excelente!

—Quería añadir, pero me interrumpiste, que tenías razón cuando declarabas que renunciarías á conocer ciertos secretos. No te inquietes. Todo se descubrirá á su tiempo, y de todo te enterarás cuando la hora de ello llegue. Alguien me dijo ayer que el hombre necesita aire, aire, aire. En seguida le voy á preguntar qué entiende por aire.....

Razumikin reflexionaba. Se le ocurrió una idea.

—Seguro que se trata de un conspirador político. Está en vísperas de una audaz tentativa; bien se ve. No puede ser otra cosa, y..... Dunia lo sabe—se dijo súbitamente.

—Por lo visto, Advotia Romanovna suele venir aquí—dijo en voz alta y subrayando las palabras.—Y tú deseas ver á quien dice que hace falta aire..... Es probable que la carta le haya sido enviada por ese hombre—concluyó, como si hablase aparte.

—¿Qué carta?

—Tu hermana ha recibido hoy una carta que le ha inquietado mucho. Quise hablarla de ti, pero me rogó que callase. En seguida..... en seguida me dijo que quizá nos separásemos en breve, y me dió calurosamente las gracias..... Después de lo cual, fué á encerrarse en su cuarto.

—¿Ha recibido una carta?—preguntó Rascolnikof, un poco intranquilo.

—Sí. ¿Acaso no lo sabías? ¡Hum!.....

Ambos jóvenes guardaron silencio durante un minuto.

—Adiós, Rodion..... Yo, amigo mío..... hubo un tiempo..... En fin, ¡adiós! También debo marcharme. En cuanto á entregarme á la bebida, no; no haré nada; sería inútil.....

Salió presurosamente; mas apenas había cerrado la puerta, cuando volvió á abrirla, y dijo, mirando de reojo:

—¡A propósito! ¿Te acuerdas de aquel crimen, del asesinato de la vieja aquella? Pues bien, sabe que el asesino ha sido descubierto, que él mismo se ha confesado culpable y ha dado las pruebas de ello. ¡Es uno de los pintores á quienes tan calurosamente defendí! Porfirio me lo ha dicho.

—¿Porfirio?

—Sí.

—¿Porfirio mismo?

—Sí, él mismo. Adiós. Más tarde sabrás otra cosa; ahora me veo obligado á marcharme..... Hubo un tiempo en que pensé..... ¡Pero ya te contaré eso otro día!..... ¿Qué necesidad tengo de beber? Tus palabras han bastado para embriagarme. En este momento, Rodia, estoy ebrio; ebrio, sin haber catado una gota de vino..... ¡Adiós, hasta muy pronto!

Salió.

—Es un conspirador político—pensaba, andando.—Sí..... La otra noche, en el corredor, al mirar su cara iluminada por la luz de la lámpara, tuve un minuto de extravío..... ¡Qué horrible idea la que concebí!..... ¡Bien hizo Nikolka al confesar!..... Sí; ahora todo lo pasado se explica: la enfermedad de Rodion, lo extravagante de su conducta, aquel humor sombrío y feroz que manifestaba cuando era estudian-

te..... Pero, ¿qué significa esta carta? ¿De dónde viene? Aún queda algo.... Sospecho.... ¡Hum!.... ¡Oh, he de saber todo lo que pasa!

Al pensar en Dunetchka, sintió su corazón helado y como clavado en el pecho. Tuvo que hacer un violento esfuerzo sobre sí mismo para seguir andando.

En cuanto partió Razumikin, Rodion se levantó, se aproximó á la ventana y se paseó de un lado á otro del aposento, como si olvidara las exiguas proporciones de la habitación. Por fin volvió á sentarse en el diván. Una renovación completa parecía haberse operado en su persona. ¡Todavía tendría que luchar; aquello era sólo un recurso!

¡Sí, un recurso! Un medio de escapar de la penosa situación, del medio asfixiante en que vivía desde la aparición de Nikolka en casa de Porfirio.

El mismo día, después de este dramático incidente, había ocurrido en casa de Sonia la escena cuyas peripecias y desenlace no habían correspondido á las previsiones de nuestro héroe. Rascolnikof se había mostrado débil: había reconocido, de acuerdo con la joven, y reconocido sinceramente, que él solo no podía llevar aquella carga.

¿Y Svidrigaylof?..... Svidrigaylof era un enigma que le inquietaba, pero no de igual modo. Probablemente hallaría medio de desembarazarse de Svidrigaylof, mientras que de Porfirio.....

—¡Luego Porfirio mismo ha explicado á Razumikin la culpabilidad de Nikolka!—continuó pensando Rascolnikof.—Pero, ¿cómo Porfirio pudo creer culpable á Nikolka, después de lo que acababa de ocurrir entre nosotros y sólo tenía “una” explicación? ¿Qué se ha

propuesto ese hombre al engañar á Razumikin? Es evidente que no lo ha hecho sin motivo. Debe tener intenciones; pero, ¿cuáles? ¿No será esto una mala señal?

Rascolnikof tomó su gorra, y después de interrogarse á sí mismo, decidió salir.

Aquel día, por primera vez desde hacía mucho tiempo, sentíase en plena posesión de todas sus facultades.

—Es preciso acabar con Svidrigaylof—pensaba.—Y cueste lo que cueste, ultimar este asunto lo antes posible; por otra parte, él parece esperar mi visita.

En aquel instante, tal odio se desbordó en su corazón, que si le hubiera sido posible matar á cualquiera de los dos, Svidrigaylof ó Porfirio, no hubiera vacilado un minuto.

Mas apenas acababa de abrir la puerta, cuando se encontró frente á Porfirio.

Quedóse al pronto estupefacto, pero se rehizo al punto.

¡Cosa extraña! La visita no le admiró mucho ni le causó excesivo temor.

—Quizá sea el desenlace. ¿Por qué amortiguó el ruido de sus pasos? No le oí llegar. Quizás había escuchado tras de la puerta.

—¿No esperabais mi visita, Rodion Romanovitch?—dijo alegremente Porfirio.—Mucho tiempo hace que pensaba venir á veros, y al pasar hoy por vuestra casa, me ha dado la idea de subir á saludaros. ¿Ibais á salir? No os detendré mucho. Sólo cinco minutos; el tiempo preciso para fumar un cigarro..... si es que lo permitís.....

—¿Cómo no! Sentaos, Porfirio Petrovitch, sentaos—dijo Rascolnikof, ofreciendo una silla al visitante con aire tan afable y satisfecho, que él mismo se hubiera sorprendido si hubiese podido verse.

Toda huella de sus anteriores impresiones había desaparecido. Es lo que ocurre al hombre que, secuestrado por un bandido, después de pasar media hora de mortales angustias, deja de tener miedo cuando siente el puñal en su garganta.

El joven tomó asiento frente á Porfirio, en quien fijó una tranquila y firme mirada. El juez de instrucción guiñó el ojo, y empezó por encender un cigarillo.

—Pues bien, habla, habla—gritóle mentalmente Rascolnikof.

I I

—¡Oh, este tabaco!—prorrumpió al fin Porfirio Petrovitch.—Es mi muerte, y no puedo prescindir de él.

—He aquí un prefacio que acusa su astucia profesional—se dijo Rascolnikof.

Recordó su anterior conversación con el juez, y de repente renació la cólera en su corazón.

—Pasé por aquí anteayer. ¿No lo sabiais?—continuó Porfirio, paseando su mirada en derredor.—Entré en este mismo aposento. Por casualidad me encontraba en vuestra calle, como hoy, y como hoy se me ocurrió haceros una visita. La puerta de vuestro cuarto estaba abierta; entré, os esperé un momento, y me

propuesto ese hombre al engañar á Razumikin? Es evidente que no lo ha hecho sin motivo. Debe tener intenciones; pero, ¿cuáles? ¿No será esto una mala señal?

Rascolnikof tomó su gorra, y después de interrogarse á sí mismo, decidió salir.

Aquel día, por primera vez desde hacía mucho tiempo, sentíase en plena posesión de todas sus facultades.

—Es preciso acabar con Svidrigaylof—pensaba.—Y cueste lo que cueste, ultimar este asunto lo antes posible; por otra parte, él parece esperar mi visita.

En aquel instante, tal odio se desbordó en su corazón, que si le hubiera sido posible matar á cualquiera de los dos, Svidrigaylof ó Porfirio, no hubiera vacilado un minuto.

Mas apenas acababa de abrir la puerta, cuando se encontró frente á Porfirio.

Quedóse al pronto estupefacto, pero se rehizo al punto.

¡Cosa extraña! La visita no le admiró mucho ni le causó excesivo temor.

—Quizá sea el desenlace. ¿Por qué amortiguó el ruido de sus pasos? No le oí llegar. Quizás había escuchado tras de la puerta.

—¿No esperabais mi visita, Rodion Romanovitch?—dijo alegremente Porfirio.—Mucho tiempo hace que pensaba venir á veros, y al pasar hoy por vuestra casa, me ha dado la idea de subir á saludaros. ¿Ibais á salir? No os detendré mucho. Sólo cinco minutos; el tiempo preciso para fumar un cigarro..... si es que lo permitís.....

—¿Cómo no! Sentaos, Porfirio Petrovitch, sentaos—dijo Rascolnikof, ofreciendo una silla al visitante con aire tan afable y satisfecho, que él mismo se hubiera sorprendido si hubiese podido verse.

Toda huella de sus anteriores impresiones había desaparecido. Es lo que ocurre al hombre que, secuestrado por un bandido, después de pasar media hora de mortales angustias, deja de tener miedo cuando siente el puñal en su garganta.

El joven tomó asiento frente á Porfirio, en quien fijó una tranquila y firme mirada. El juez de instrucción guiñó el ojo, y empezó por encender un cigarillo.

—Pues bien, habla, habla—gritóle mentalmente Rascolnikof.

I I

—¡Oh, este tabaco!—prorrumpió al fin Porfirio Petrovitch.—Es mi muerte, y no puedo prescindir de él.

—He aquí un prefacio que acusa su astucia profesional—se dijo Rascolnikof.

Recordó su anterior conversación con el juez, y de repente renació la cólera en su corazón.

—Pasé por aquí anteayer. ¿No lo sabíais?—continuó Porfirio, paseando su mirada en derredor.—Entré en este mismo aposento. Por casualidad me encontraba en vuestra calle, como hoy, y como hoy se me ocurrió haceros una visita. La puerta de vuestro cuarto estaba abierta; entré, os esperé un momento, y me

marché sin dejar mi nombre á la criada. ¿No cerráis nunca?

La fisonomía de Rascolnikof se nublaba cada vez más. Porfirio Petrovitch debió adivinar en qué pensaba.

—He venido á explicarme, querido Rodion Romanovitch, porque os debo una explicación—continuó, sonriendo y dando golpecitos en la rodilla del joven.

En aquel momento, la cara del juez tomó una expresión seria, hasta triste, con gran admiración de Rascolnikof, á quien el juez de instrucción se presentaba bajo un aspecto inesperado.

—La última vez que nos vimos ocurrió una lamentable escena entre nosotros, Rodion Romanovitch. Quizá yo sea culpable para con vos, y lo siento. ¿Recordáis cómo nos separamos? Teníamos los nervios muy excitados, faltamos á las conveniencias más elementales, y sin embargo, somos personas correctas.

—¿Adónde irá á parar?—se preguntaba Rascolnikof, que no apartaba sus ojos de Porfirio, mirándole con inquieta curiosidad.

—Pensé que obráramos mejor procediendo sinceramente en lo sucesivo—agregó el juez de instrucción, volviendo un poco la cabeza y bajando la vista, como si temiera turbar con sus miradas á su antigua víctima.—Es necesario que semejantes escenas no se repitan. Sin la llegada de Nikolka, no sé dónde las cosas nos hubieran conducido. Sois naturalmente irascible, Rodion Romanovitch, y ya contaba con esto, porque exaltado, el hombre suele dejar escapar sus secretos. “¡Si pudiera—pensaba,—si pudiera arrancarle una prueba, la más mínima, pero real, positiva, palpable..... algo,

en fin, que no fuera mis inducciones psicológicas!...” Este era mi plan. En ocasiones resultaba bien, pero no siempre; de ello me he convencido. Confié demasiado en vuestro carácter.

—Pero..... ¿por qué decís eso?—balbuceó Rascolnikof, casi sin darse cuenta de la pregunta que hacía. —¿Me creerá inocente?—pensaba.

—¿Por qué os digo esto? Pues porque considero un deber sagrado explicaros mi conducta. Porque os sometí, lo reconozco, á un martirio cruel, y no quiero, Rodion Romanovitch, que me creáis un monstruo. Voy, pues, para mi justificación, á exponeros los antecedentes de este asunto. Al principio circularon rumores de cuya naturaleza y origen creo superfluo tratar, como también considero innecesario deciros el momento en que vuestra personalidad fué en ellos mezclada. Por lo que á mí hace, lo que despertó mis sospechas fué una circunstancia, puramente fortuita, de la que tampoco necesito hablar. De aquellos rumores y de esta circunstancia se desprendía, á mi juicio, la misma conclusión. Lo confieso francamente, porque, á decir verdad, yo fui el primero que os complicó en el asunto. Tuve ocasión de conocer lo ocurrido en la oficina de policía. Dados estos antecedentes, ¿cómo no inclinarse en cierto sentido? “Cien conejos no son un caballo; cien indicios no son una prueba,” dice el proverbio inglés; también habla así la razón; pero ¡evitad la lucha contra las pasiones! El juez es hombre, y, de consiguiente, apasionado. Recordé también el trabajo que habíais publicado en una revista. Me había gustado mucho—como “amateur,” se entiende—aquel primer ensayo de vuestra pluma novel. Véase

allí una convicción sincera, un entusiasmo ardiente. Aquel artículo debió ser escrito por una mano febril, en una noche de insomnio. "El autor no se limitará á esto," pensé yo al leerlo. ¿Cómo —os pregunto— no referir esto á lo que después sucedió? Irresistible era la pendiente. ¡Ah! Pero, ¿es acaso que yo diga algo, que afirme nada? Me limito á señalaros una reflexión que me hice entonces. ¿Qué pienso ahora? Nada, es decir, casi nada. Si hoy os hablo en este sentido, es, lo repito, para que, juzgando en conciencia, no tengáis por un crimen mi conducta del otro día. ¿Por qué, me preguntaréis, no vinisteis á hacer un registro en mi casa? Ya fui, ¡ja, ja! ya fui cuando estabais enfermo; no como magistrado, no con carácter oficial; pero fui. Vuestro aposento fué registrado á la primera sospecha; pero.... "¡musonts!" Me dije: "Este hombre irá á mi casa, irá en mi busca, y no tardará mucho; si es culpable, no puede dejar de ir. Otro no iría; éste irá." Y ¿recordáis la charla del señor Razumikin? Con intención le comunicamos nuestras conjeturas, en la seguridad de que os hablaría, pues sabíamos que no le sería posible contener su indignación. Al señor Zametof le sorprendía especialmente vuestra audacia, y, en verdad, mucha se necesita para decir en pleno "traktir": "¡Maté!" Esto fué arriesgarse demasiado. Os esperaba con impaciencia y confianza, ¡y Dios os envió! ¡Lo que latió mi corazón cuando os vi aparecer! Veamos: ¿qué necesidad teníais de ir en aquella ocasión á visitarme? Recordaréis que entrasteis riendo á carcajadas. Vuestra risa me dió mucho que pensar; bien es cierto que si en aquel momento no hubiera estado prevenido, no me hubiese fijado en esta circunstancia. Y el señor Razumikin, entonces:—¡Ah, la

piedra, la piedra! ¿Os acordáis de la piedra bajo la cual están ocultas las alhajas? Desde aquí me parece verla..... Está en una huerta.—¿No hablasteis de una huerta á Zametof? En seguida, cuando se habló de vuestro artículo, tras de cada palabra vuestra creíamos ver una indirecta. He aquí, Rodion Romanovitch, cómo mi convicción se fué formando poco á poco. Cuando tuve noticias de la historia del cordón de la campanilla, creí tener la prueba tan deseada. Mil rublos hubiese dado por veros caminando al lado de un burgués que os había llamado asesino, sin que vos le respondierais..... Ciertó que no se puede dar mucha importancia á los movimientos y gestos de un enfermo que obra bajo la influencia de una especie de delirio. Sin embargo, ¿cómo puede admiraros, después de esto, el tono que yo usara con vos? ¿Y por qué fuisteis á mi casa precisamente en aquel momento? Con seguridad que cualquier diablo os llevó allí. En verdad, si Nikolka no nos hubiera separado..... ¿Recordáis la llegada de Nikolka? ¡Aquello fué como un rayo! Pero, ¿qué acogida le hice? No di la menor fe á lo que decía; ya lo visteis. Después de marcharos seguí interrogándole, y él me respondió sobre ciertos puntos de un modo tan categórico, que yo mismo me admiré; no obstante esto, sus declaraciones me han producido una completa incredulidad, y me he quedado tan inmovible como una roca.

—Razumikin me dijo no ha mucho que ahora estáis convencido de la culpabilidad de Nikolka. Vos mismo le dijisteis.....

No pudo acabar; le faltó aliento.

—¡El señor Razumikin!—exclamó Porfirio Petro-

vitch, que pareció sorprendido al ver que Rascolnikot había hecho al fin una observación.—¡Ja, ja, ja! Lo que ansiaba yo era desembarazarme del señor Razumikin, que se presentaba en mi casa con aires descompuestos, y á quien nada importa este asunto. En cuanto á Nikolka, ¿os agradaría saber qué clase de hombre es, ó al menos, qué concepto me merece? Ante todo, el tal es como un niño que todavía no ha llegado á la pubertad. Sin ser precisamente una naturaleza perezosa, es incomprensible, como todo artista. No riáis si le caracterizo de esta suerte. Es sencillo, sensible, caprichoso. En un pueblo canta, baila, refiere cuentos que oye- ra relatar. Suele beber hasta perder la razón; no porque sea un borracho, sino porque no sabe resistir al impulso del ejemplo cuando se encuentra con amigos. No comprende que ha cometido un robo apropiándose el estuche que encontrara. Según sus paisanos, era extremadamente religioso; pasaba las noches rezando, y continuamente leía los libros santos, "los antiguos, los verdaderos." San Petersburgo ha influido de un modo notable en su espíritu; una vez aquí, se entregó al vino y á las mujeres, lo que le hizo olvidar sus devociones. He sabido que uno de nuestros artistas se había interesado por él y había empezado á darle lecciones, cuando surgió el asunto que hoy nos preocupa. El pobre muchacho se asusta ó intenta ahorcarse. ¿Qué queréis? Nuestro pueblo no puede alejar de sí la idea de que todo hombre perseguido por la justicia es un condenado. En la cárcel, Nikolka ha vuelto al misticismo de sus primeros años; en la actualidad tiene sed de expiación, y éste es el solo motivo que le decidió á confesarse culpable. Mi convicción en tal punto se

basa en ciertos hechos que él mismo no conoce. Por otra parte, concluirá declarándome la verdad. ¿Creéis que sostendrá su papel hasta el fin? Esperad, y veréis cómo se retracta de sus confesiones. Además, si consiguió dar carácter de verosimilitud á alguna de sus declaraciones, otras, en cambio, se hallaban en perfecta contradicción con los hechos; y él no lo piensa. No, "batuchka," Rodion Romanovitch; el culpable no es Nikolka. Nos hallamos ante un hecho fantástico y sombrío; este crimen tiene el aspecto contemporáneo, lleva el sello de una época que hace consistir toda la vida en la persecución de la comodidad. El culpable es un teórico, una víctima del libro; ha desplegado, en su primer golpe de ensayo, mucha audacia, pero audacia de un género particular: la de un hombre que se precipita de la cima de una montaña ó de lo alto de una torre. Olvidó cerrar la puerta al salir, y mató á dos personas, obedeciendo á una teoría. Mató, y no supo apoderarse del dinero; lo que pudo llevarse lo ocultó bajo una piedra. No le bastaron las angustias que pasó en la antesala, cuando los otros llamaron á la puerta. No; cediendo á una irresistible necesidad de experimentar el mismo estremecimiento, más tarde fué á visitar el piso vacío y á tirar del cordón de la campanilla. Achaquemos esto á la enfermedad, al delirio. Todavía queda otra cosa que notar: mató, y sin embargo, no dejó de considerarse un hombre honrado, y desprecia á las gentes, y se da aires de mártir. ¡No, no se trata aquí de Nikolka, querido Rodion Romanovitch, porque Nikolka no es culpable!

Rascolnikof tembló de pies á cabeza.

—Entonces..... ¿quién..... la mató?.....—
balbuceó con voz entrecortada.

—¿Cómo que quién la mató?—agregó el otro, como si no pudiera dar crédito á sus oídos.—¡Vos, Rodion Romanovitch, vos sois quien la mató! Vos—añadió en voz más baja, en el tono más convencido.

Rascolnikof se levantó bruscamente, permaneció en pie algunos segundos y volvió á sentarse sin proferir una palabra. Ligeras convulsiones agitaron todos los músculos de su rostro.

—Vuestros labios vuelven á temblar como el otro día—hizo notar, con aire de interés, Porfirio Petrovitch.—Creo que no habéis comprendido, Rodion Romanovitch, el verdadero objeto de mi visita—prosiguió, después de un momento de silencio.—Así se explica vuestra estupefacción. He venido á decirlo todo, á poner en claro toda la verdad.

—¡No soy yo el asesino!—balbuceó el joven, defendiéndose como un niño cogido infraganti.

—Sí, Rodion Romanovitch, sois vos, vos solo—replicó severamente el juez de instrucción.

Ambos se callaron, y aquel extraño silencio se prolongó durante diez minutos.

De codos sobre la mesa, Rascolnikof ocultaba los dedos entre sus cabellos. Porfirio Petrovitch esperaba, sin que en su rostro ni en sus ademanes se trasluciera la menor impaciencia. De repente, el joven miró con desprecio al magistrado.

—¡Volvéis á vuestras prácticas antiguas, Porfirio Petrovitch! ¡Siempre los mismos procedimientos! ¿Cómo no acaba eso por cansaros?

—¡Dejad mis procedimientos! Otra cosa sería si nos

halláramos ante testigos; pero estamos solos. Ya lo veis; no he venido á cazaros y á llevaros en mi morral como á un conejo. En este momento, tanto me importa que confeséis como que me ocultéis la verdad. Mi convicción no variará de un modo ni de otro.

—Sí así es, ¿á qué vinisteis aquí?—preguntó con indignación Rascolnikof.—Os repito la pregunta que os hice: si me creéis culpable, ¿por qué no ordenáis la prisión?

—En primer lugar, porque vuestro arresto de nada me serviría.

—¡Cómo! ¿De nada os serviría? Desde el momento en que estáis convencido, debéis.....

—¿Qué importa mi convicción? Hasta la fecha no se basa sino en nubes. ¿Y á qué procuraros “descanso?” Vos mismo lo sabéis, puesto que vos mismo pedís que os encarcelen. Supongo que, careado con el burgués, le diríais: “¡Has bebido! ¿Quién me vió contigo? Te tomé sencillamente por un borracho, por lo que eras.” ¿Y qué podría yo replicar, si vuestra respuesta sería más verosímil que su declaración (caso de verdadera psicología), máxime cuando al llamarle borracho decíais la verdad, porque el tal pícaro tiene fama de bebedor? Muchas veces os dije con toda mi franqueza que ninguna prueba tengo contra vos..... Os detendré, no obstante; he venido á decíroslo, y sin embargo, no vacilo en confesaros que la medida de nada me servirá. El objeto segundo de mi visita.....

—¿Cuál es?—interrumpióle, ansiosamente, Rascolnikof.

—Ya os lo dije. Trataba de explicaros mi conducta, no queriendo que me tomaseis por un verdugo, cuan-

do soy uno de los mejores dispuestos en favor vuestro, aunque vos no lo creáis. Por el interés que me inspiráis, francamente os ruego que vayáis á denunciaros. Vine para daros este consejo. Es el partido más ventajoso que podríais tomar, y el mejor también para mí, pues ambos nos veríamos libres de este asunto. Qué, ¿no sois bastante franco?

Rascolnikof reflexionó un momento.

—Escuchad, Porfirio Petrovitch. Según vuestras propias palabras, no tenéis contra mí sino pruebas psicológicas, y sin embargo, aspiráis á la evidencia matemática. ¿Quién os dice que no estáis engañado?

—No, Rodion Romanovitch, no me engaño. Tengo una prueba. Y esta prueba me fué enviada por Dios el otro día.

—¿Qué prueba es?

—No os lo diré, Rodion Romanovitch. Pero, de cualquier modo, actualmente no puedo ya detenerme; voy á dictar orden de arresto. Así, pues, poco puede importarme la resolución que toméis; cuanto os digo es solamente en interés vuestro. La mejor solución es la que os indico; estad seguro de ello, Rodion Romanovitch.

Rascolnikof sonrió con rabia.

—Vuestro lenguaje es ridículo é impertinente. Aun suponiendo que fuese culpable (cosa que no reconozco de ningún modo), ¿por qué he de ir á denunciarme, siendo así que vos mismo afirmáis que de mi prisión depende mi "reposo?"

—Rodion Romanovitch, no toméis esas palabras demasiado al pie de la letra; la prisión constituiría vuestro "descanso," pero también podéis no hallarle. Mi

opinión es que la cárcel tranquiliza al culpable; pero ro esto no es más que una teoría, y una teoría personal. Y..... ¿soy yo una autoridad para vos? ¿Quién sabe si, en este mismo instante, os oculto algo? Porque no podéis exigir que os dé á conocer todos mis secretos. ¡Ja, ja! En cuanto al provecho que sacaríais de aquella conducta, cosa es incontestable. Seguro que veréis disminuirse vuestra pena. Pensad, en el momento en que vayáis á denunciaros, en que otro, declarándose culpable, ha venido á perturbar la marcha del proceso.

Por lo que á mí hace, ante Dios contraigo el compromiso de ser tan bueno como pueda para vos. Los jueces ignorarán, yo os lo prometo, mis observaciones psicológicas, todas mis sospechas, y vuestra resolución tendrá para ellos el carácter de espontánea. En vuestro crimen no se verá otra cosa que el resultado de un ímpetu fatal, cosa cierta, en el fondo. Yo soy un hombre honrado, Rodion Romanovitch, y cumpliré mi palabra.

Rascolnikof bajó la cabeza y reflexionó durante mucho tiempo; por fin sonrióse de nuevo, pero de un modo dulce y melancólico.

—¡No estoy dispuesto á eso!—dijo, sin parecer advertir que sus palabras eran casi una confesión.—¿Qué me importa á mí la disminución de la pena de que habláis? ¡No la necesito!

—¡Me temía esto!—exclamó, como á pesar suyo, Porfirio Petrovitch.—Ya había sospechado que desdeñaríais nuestra indulgencia.

Rascolnikof lo miró grave y tristemente.

—No despreciéis la vida—continuó el juez de ins-

trucción.—Todavía es larga para vos. ¿Cómo rechazáis una disminución de pena? Muy difícil sois de contentar.

—¿Qué tendré después en perspectiva?

—La vida! ¿Sois acaso profeta, para saber lo que os está reservado? Buscad y encontraréis. Quizá os espere allí Dios. Por otra parte, no seréis condenado á cadena perpetua....

—Tendré á mi favor circunstancias atenuantes....

—dijo, sonriendo, Rascolnikof.

—Un hidalgo orgullo es lo que, quizá á vuestro pesar, os impide confesaros culpable. Es necesario que os pongáis por encima de esa preocupación.

—Oh, yo me burlo de todo!—murmuró el joven, con tono despectivo.

Luego hizo ademán de levantarse, pero volvió á caer sobre la silla, próximo á un visible abatimiento.

—Sois desconfiado, y pensáis que mi objeto es abusar groseramente de vos. ¿Acaso vivisteis demasiado ya? ¿Qué sabéis vos de la vida? Imaginasteis una teoría, y ella os condujo, en la realidad, á consecuencias cuya escasa originalidad os llena hoy de vergüenza. Cometisteis un crimen, es cierto; pero no sois, ni con mucho, un criminal perdido irremediabilmente. ¿Cuál es mi opinión respecto á vos? Os considero uno de esos hombres que se dejarían arrancar las entrañas sonriendo á sus verdugos, con tal de haber encontrado una fe ó un Dios. Buscadlos, halladlos, y viviréis. En primer término, hace mucho tiempo que necesitáis cambiar de ambiente. Además, el sufrimiento es cosa buena. Sufrid. Probablemente Nikolka obra como debe al querer sufrir. Sé que sois un escéptico; pero, sin re-

flexionarlo, debéis abandonaros á la corriente de la vida, que os llevaría á cualquier parte. ¿A dónde? No os importa saber á dónde. Siempre llegaréis á una orilla. ¿Cuál? La ignoro; creo únicamente que todavía os queda mucho tiempo que vivir. Sin duda diréis ahora que represento mi papel de juez de instrucción; pero quizá recordéis más adelante estas palabras, de las que sacaréis el provecho que encierran. Por eso os hablo de este modo. Suerte ha sido que no hayáis matado sino á una mala vieja. Con otra teoría, hubierais cometido un crimen cien millones de veces peor. Aún podéis dar gracias á Dios. ¿Quién sabe? Es posible que estéis sujeto á sus designios. Tened, pues, valor, y no retrocedáis, por pusilanimidad, ante lo que exige la justicia. Sé que no me creéis; pero, con el tiempo, volveréis á tomar gusto á la vida. En la actualidad, lo único que necesitáis es aire, aire, aire.....

Rascolnikof se estremeció.

—Pero, ¿quién sois vos—exclamó,—para hacer esas profecías? ¿Qué elevada sabiduría os permite adivinar mi porvenir?

—¿Quién soy? Soy un hombre acabado, nada más. Un hombre sensible y compasivo, á quien la experiencia quizá enseñó algo; pero un hombre completamente agotado. Por lo que á vos hace, la cosa es muy distinta. Estáis en el principio de vuestra existencia, y esta aventura..... ¿quién sabe? es probable que no deje la menor huella en vuestra existencia. ¿Por qué temer tanto el cambio que va á operarse en vuestra situación? ¿Es el bienestar lo que un corazón como el vuestro debe lamentar? ¿Es que os aflige veros confinado por mucho tiempo en la obscuridad? Pero..... depende

de vos que esta obscuridad no sea eterna. Transformaos en sol, y todo el mundo os verá. ¿Por qué os sonreís? ¿Decís que éstas son las palabras de un juez de instrucción? Es posible. ¡Ja, ja, ja! No os pido que me creáis, Rodion Romanovitch. Ejercicio mi oficio, convengo en ello; pero..... he aquí lo que añado: ¡El resultado os mostrará si soy un canalla ó un hombre honrado!

—¿Cuándo pensáis detenerme?

—Todavía puedo dejaros día y medio ó dos días de libertad. Reflexionad, amigo mío; rogad á Dios que os inspire. El consejo que os doy es el mejor que puede seguirse, credlo.

—¿Y si me escapara?—preguntó Rascolnikof, con extraña sonrisa.

—No os escaparéis. Un "mujik" huiría; un revolucionario de estos tiempos, esclavo de las ideas de otro, también huiría, porque tiene un "credo" ciegamente abrazado para toda la vida. Pero vos no creéis en vuestra teoría. ¿Qué os llevaríais con vos al huir? Y, por otra parte, ¡qué innoble y penosa existencia la de un fugitivo! Si huyerais, vos mismo volveríais. "No podéis pasar sin nosotros." Cuando os haga detener, al cabo de un mes, de dos, pongamos tres, recordaréis mis palabras y reconoceréis que es cierto lo que os digo hoy. Seréis inducido á ello insensiblemente, casi á vuestro pesar. Hasta persuadido estoy de que, después de reflexionar, aceptaréis la expiación. No lo creéis ahora; pero más adelante..... Es que el sufrimiento, Rodion Romanovitch, es bueno. En boca de un hombre gordo que de nada se priva, este lenguaje puede hacer reír. No importa; en el sufrimiento hay una

idea. Nikolka tiene razón. No, no huiréis, Rodion Romanovitch.

Rascolnikof se levantó y tomó su gorra. Porfirio Petrovitch hizo lo propio.

—¿Vais de paseo? La noche estará hermosa, si es que no hay tormenta. Por otra parte, sería mejor que la hubiese; refrescaría el tiempo.

—Porfirio Petrovitch—dijo el joven, en tono seco y breve.—No os figuréis, os lo ruego, que os he hecho confesiones. Sois un hombre extraño, y os he escuchado por pura curiosidad. Pero nada he confesado..... no olvidéis esto.

—Bien, no lo olvidaré..... ¡Cómo tembláis! No os inquietéis, querido. Tomo buena nota de vuestra recomendación. Paseaos un poco, pero sin pasar de ciertos límites. Y aún tengo que pedir os otra cosa—prosiguió, bajando la voz.—Es algo delicada, pero tiene su importancia. En el caso, completamente improbable á mi entender, de que se os ocurra el capricho de suicidaros (perdonadme esta absurda suposición), dejadme un par de líneas indicándome el lugar en que se halla la piedra; esto será noble. Vaya, hasta la vista..... ¡Que Dios os inspire buenos pensamientos!

Porfirio se retiró evitando mirar á Rascolnikof. Este se acercó á la ventana, esperó con impaciencia el momento en que, según su cálculo, el juez de instrucción estaría lejos de la casa, y luego salió á toda prisa.

III

Tenía impaciencia por ver á Svidrigaylof. Ignoraba lo que podía esperar de aquel hombre, que ejercía sobre su espíritu un misterioso poder. Desde que Rascolnikof se había convencido de ello, la inquietud le devoraba, y ya no era hora de retrasar el momento de una explicación.

En el camino, una duda le preocupaba sobre todo: ¿Svidrigaylof había ido á casa de Porfirio?

A su entender, no había ido. Rascolnikof lo hubiera jurado. Recordando todas las circunstancias de su entrevista con Porfirio, llegó siempre á la misma conclusión negativa.

Pero, si no había ido, ¿no iría?

También se respondía negativamente. ¿Por qué? No hubiera podido dar la razón de su modo de ver; y aun cuando hubiera podido darla, no se habría molestado en intentarlo. Aquello le inquietaba, y á la vez le dejaba indiferente.

Cosa extrana, casi increíble: por crítica que fuese la situación de Rascolnikof, éste no tenía sino un pequeño temor; lo que le atormentaba era otra cuestión mucho más importante, que le afectaba personalmente; no aquélla. Experimentaba, además, un inmenso cansancio moral, aun cuando entonces se hallaba en estado de razonar con más sosiego que los días anteriores.

Después de tantos combates, ¿era necesario comenzar una nueva lucha para triunfar de aquellas dificul-

tades? ¿Valía la pena, por ejemplo, de ir á sitiar á Svidrigaylof, de cercarle, ante el temor de que fuera á casa de Porfirio?

¡Oh, cómo le enervaba todo esto!

Sin embargo, tenía prisa por ver á Svidrigaylof. ¿Esperaba de él algo “nuevo,” un consejo, un medio de salir de apuros? ¿Era que el destino empujaba el uno hacia el otro? ¿Daba Rascolnikof aquel paso porque no sabía á quién recurrir? ¿Necesitaba ver á otra persona, y tomaba por pretexto á Svidrigaylof?..... ¿Sonia? ¿Para qué había de ir entonces á casa de Sonia? Por otra parte, Sonia le asustaba; Sonia era para él el último paso, el decisivo é irrevocable. Y en aquel momento no se sentía con fuerzas para presentarse ante la joven. ¿No era preferible hacer una tentativa respecto á Svidrigaylof? A pesar suyo, interiormente reconocía que hacía mucho tiempo le era necesario Arcadio Ivanovitch.

¿Y qué de común podía haber entre ellos? Aquel hombre le desagradaba; todo le inducía á creer que era malo. Se interesaba por los hijos de Catalina Ivanovna; pero, ¿por qué obraba de aquel modo?

Muchos días hacía que otro pensamiento asediaba á Rascolnikof.

—Ese hombre conoce mi secreto. ¿No lo empleará como arma contra Dunia?

Primero tuvo idea de poner al corriente de todo á su hermana; esto hubiera cambiado su situación. Luego pensó que obraría bien denunciándose, para evitar un paso imprudente de parte de Dunetchka.

Se acordó de la carta. ¿Dunia había recibido una carta! ¿Quién podía escribirla en San Petersburgo? Ra-

zumikin era, en verdad, un buen guardián; pero Razumikin nada sabía.

—¿No debo decirselo todo á Razumikin?—se preguntó.—En todo caso, es menester hablar con Svidrigaylof. Gracias á Dios, los detalles importan aquí menos que el fondo del asunto. Y si Svidrigaylof tiene la audacia de intentar algo contra Dunia..... le mataré—concluyó por fin.

Un sentimiento penoso le oprimía. Se detuvo en mitad de la calle, y paseó sus miradas en derredor.

¿Qué camino había tomado? ¿Dónde estaba? Se veía en la perspectiva X..., á treinta ó cuarenta pasos del Mercado del Heno, que había atravesado.

El segundo piso de la casa de la izquierda estaba todo él ocupado por un "traktir," cuyos balcones se encontraban abiertos de par en par. Allí se tocaba, se cantaba, se bailaba, gritaban las mujeres.....

De repente, Rascolnikof vió asomado á uno de los balcones á Svidrigaylof, que también le había visto, pero que fingía lo contrario.

Rascolnikof le imitó, poniéndose á observarle de suslayo, cosa que, por su parte, hacía también el otro. Ambos sabían que se miraban. Una sonrisa maliciosa, cada vez más marcada, notábase en el rostro de Svidrigaylof, que, por fin, prorrumpió en una carcajada.

—¡Ea, entrad, si queréis! ¡Aquí estoy!—gritó desde el balcón.

El joven subió.

Encontró á Svidrigaylof en una pequeña habitación.

Una mujer, una niña de dieciocho años, cantaba y bailaba ante la mesa del forastero.

—¡Basta!—dijo éste, cuando entró Rascolnikof.

La joven se detuvo, esperando en actitud respetuosa.

—¡Un vaso, Felipe!—gritó Svidrigaylof.

—No quiero vino—dijo Rascolnikof.

—Como gustéis. Bebe, Katia. Y vete, no te necesito ahora.

Llenó un vaso de vino para la joven, y cuando ésta hubo bebido, le dió un billete amarillento.

Katia se marchó.

No hacía más que ocho días que Svidrigaylof estaba en San Petersburgo, y ya se le hubiese tomado por un antiguo parroquiano de la casa. El mozo le trataba como se trata á los buenos clientes. La puerta que conducía al principal salón estaba cerrada. Svidrigaylof se hallaba allí como en su casa; en este "traktir" pasaba días enteros. Era un local sucio é innoble; no pertenecía ni aun á la categoría media de los establecimientos de aquel género.

—Iba á vuestra casa—comenzó Rascolnikof.—Pero no sé cómo, he venido por aquí. ¡Es extraño!

—¿Por qué no decís en seguida: "¡Es un milagro!" Porque quizá sólo sea una casualidad.

—¡Qué doblez tiene aquí todo el mundo!—agregó, riendo, Svidrigaylof.—Se teme confesar lo que se cree. No lo digo por vos, que tenéis una opinión personal y no teméis afirmarla. Por eso precisamente solicitasteis mi atención.

—¿Sólo por eso?

—Es bastante.

Svidrigaylof se hallaba en un visible estado de agitación, aun cuando sólo había bebido medio vaso de vino.

—Cuando fuisteis á mi casa ignorabais, si no me engaño, que yo tuviese opiniones personales—observó Rascolnikof.

—Entonces era otra cosa. Cada cual tiene sus asuntos. Pero, en cuanto al milagro, os diré que parece habéis dormido todos estos días. Yo mismo os dí las señas de este café. De consiguiente, no es extraño que hayáis venido á él. Os indiqué también la hora á que podríais encontrarme. ¿Os acordáis?

—Lo había olvidado—respondió, con sorpresa, el joven.

—Lo creo. Dos veces os hice estas indicaciones. La dirección se grabó maquinalmente en vuestra memoria, y la habéis seguido. Ya os vi venir, gesticulando, moviendo los labios y hablando como un loco. También pudieron veros otras personas, lo que no está exento de peligro para vos. Poco me importa esto, en el fondo; no tengo la pretensión de curaros, como supondréis.

—¿Sabéis que se me persigue?—preguntó Rascolnikof, clavando su mirada en Svidrigaylof.

—No, no sé nada de eso—respondió éste, con aire de admiración.

—Bien, no hablemos más de mí—gruñó, frunciendo las cejas, Rascolnikof.

—Sea, no hablaremos de vos.

—Responded á esto: si es verdad que dos veces me indicasteis las señas de este "traktir" como sitio en que podría encontraros, ¿por qué, cuando miré hacia el balcón, disimulasteis y tratasteis de evitar que os viese?

—¡Ja, ja! ¿Por qué el otro día, cuando yo entré en vuestra habitación, vos fingisteis dormir, estando bien despierto?

—Yo podía tener..... razones..... vos mismo sabéis.....

—Y yó también pude tener las mías, aun cuando vos no las conocéis.

—Entre nosotros—agregó el joven—no caben tergiversaciones. Aun cuando podáis hacerme mucho daño y vuestro propósito sea perjudicarme, yo voy á hablaros franca y claramente. Sabed que si tratáis de hacer uso en perjuicio de mi hermana del secreto que últimamente sorprendisteis, os mataré antes de que me hayáis hecho detener. Además, he creído entender estos días que deseabais tener una entrevista conmigo. Si algo tenéis que decirme, ¡que sea pronto! porque el tiempo es precioso, y podría hacerse tarde.

—¿Qué os obliga á tener tanta prisa?—preguntó Svidrigaylof con curiosidad.

—Cada cual tiene sus asuntos—replicó, sombríamente, Rascolnikof.

—Acabáis de invitarme á ser franco, y os negáis á responderme á la primera pregunta que os dirijo—observó, sonriendo, Svidrigaylof.—Siempre creéis que tengo ciertos proyectos, y por este motivo desconfiáis de mí. En vuestra posición, eso se comprende. Pero aunque sea muy grande el deseo que tengo de vivir en buenas relaciones con vos, no me tomaré el trabajo de desengañaros. Eso no vale la pena, y además, no tengo nada de particular que decirós.

—¿Para qué me queréis, entonces? ¿Por qué me buscáis?

—Sencillamente porque sois una persona digna de ser observada. ¿No es razón suficiente? Por otra parte, confieso que vuestra pregunta es muy compleja para

mí, y me es difícil contestarla. Si me habéis buscado hoy, no lo hicisteis tan sólo para hablarme de negocios, sino con la esperanza de que os dijese algo nuevo, ¿verdad? ¿verdad?—repitió, con sutil sonrisa, Svidrigaylof.—Pues bien, figuraos que yo también, al venir á San Petersburgo, pensaba que me diríais algo “nuevo,” y esperaba poderos prestar algún servicio.

—¿Prestarme qué?

—¿Acaso lo sé? Ya veis en qué miserable “traktir” paso todo el día; no quiere esto decir que me divierta, sino que es preciso pasar el tiempo en cualquier parte. Si tuviera la suerte de ser gastrónomo!.... Pero no: ved ahí todo lo que puedo comer (y mostraba un plato que contenía los restos de un “beefsteak” con patatas). No bebo vino; una copa de champagne, que es lo único que me gusta algo, me dura una tarde entera. Si hoy pedí esta botella, fué porque deseaba prepararme para ir á cierto sitio. Me halláis en una disposición de espíritu muy particular. Antes os esquivé porque creí que me molestaríais; pero creo poder pasar una hora con vos. No son más que las cuatro y media—prosiguió, mirando su reloj.—¿Lo creeríais? Momentos hay en que lamento no ser nada: ni propietario, ni padre de familia, ni fotógrafo, ni periodista.... En ocasiones es fastidioso no ser apto para nada. Hablando francamente, pensaba que me diríais algo nuevo.

—¿Quién sois, y por qué vinisteis aquí?

—¿Quién soy? Lo sabéis. Soy noble; serví dos años en caballería, después de lo cual erré por San Petersburgo; luego me casé con Marfa Petrovna, y en seguida me fui á vivir al campo.

—¿Sois jugador?

—¿Yo jugador? Decid más bien fullero.

—¡Ah! ¿Jugabais con trampa?

—Sí.

—Recibiríais insultos alguna vez.

—En efecto.... ¿Por qué?

—Podéis batiros; es cosa que procura emociones.

—Nada tengo que objetaros. Por otra parte, no es mi fuerte la discusión filosófica. Os confieso que si vine aquí, fué exclusivamente por las mujeres.

—¿Concluido el entierro de Marfa Petrovna?

Svidrigaylof sonrió.

—Pues bien, sí—respondió con franqueza desconcertante.—¿Os escandaliza lo que os digo?

—¿Os causa admiración que el desorden me escandalice?

—¿Y por qué he de contrariar mis gustos? ¿Por qué he de renunciar á las mujeres, si me placen? Esta es, al menos, una ocupación.

Razcolnikof se levantó. Se sentía incómodo, y lamentaba haber ido allí. Svidrigaylof se le aparecía como el facineroso más depravado del mundo.

—Después de oiros—declaró, atrevidamente, nuestro héroe,—ninguna duda me queda de que vinisteis aquí por mi hermana.

—¡Bah! ¡dejad eso! Yo no os he dicho.... Por otra parte, vuestra hermana no puede sufrirme—replicó Svidrigaylof, en quien la embriaguez comenzaba á manifestarse, á pesar de que sólo había bebido un par de copas escasas de champagne.

—Persuadido estoy de lo que decís, mas no se trata de ello.

—¿Estáis persuadido de que no puede sufrirme?—

agregó Svidrigaylof, guiñando el ojo y sonriendo con aire burlón. —Tenéis razón, no me ama; pero nunca respondáis de lo que pasa entre una mujer y su amante. Siempre hay un rinconcillo sólo conocido por los interesados. ¿Os atreveríais á afirmar que Advotia Romanovna me mira con repugnancia?

—Ciertas palabras vuestras prueban que todavía tenéis infames designios respecto á Dunia, y que pensáis ponerlos pronto en ejecución.

—¿Cómo! ¿Yo he dicho eso?—profirió Svidrigaylof, súbitamente inquieto.

Por otra parte, el calificativo dado á sus intenciones no le ofendió.

—Pero en este momento, vuestras secretas miras os hacen traición. ¿Por qué tenéis tanto miedo? ¿De dónde viene ese repentino temor que se lee en vuestra cara?

—¿Que tengo miedo? ¿Miedo de vos? ¿Qué me decís? Vos, querido amigo, vos sois quien debéis temerme. . . . Por otra parte, estoy borracho, lo veo; un poco no más, y digo tonterías. ¡Vaya al diablo el vino! ¡El agua!

Tomó la botella, y sin más preámbulos, la arrojó por el balcón.

Felipe le sirvió agua.

—Todo esto es absurdo —dijo Svidrigaylof, pasando por su rostro una toalla humedecida,—y puedo, con una sola palabra, destruir todas vuestras sospechas. Me caso.

—Ya me lo dijisteis.

—¿Os lo he dicho ya? No me acordaba. Pero cuando os anuncié mi matrimonio no había nada acordado.

Hoy es cosa del todo decidida, y, si estuviera libre en este momento, os llevaría á casa de mi futura; me agradaría saber si aprobáis mi elección. Mi prometida es hija de un antiguo funcionario, tiene dieciséis años y es encantadora.

—La diferencia de edades excita vuestra sensualidad. ¿Es posible que penséis seriamente en contraer matrimonio semejante?

—¡Qué austero moralista!—bromeo Svidrigaylof.—¿Dónde fijó su nido la virtud? ¡Ja, ja! ¿Sabéis que me divertís sobre manera con vuestras exclamaciones de indignación?

Luego Mamó á Felipe, y, después de pagar el gasto, se puso en pie.

—Siento en el alma—dijo—no poder seguir hablando con vos; pero nos volveremos á ver. . . . Tened paciencia.

Salió del "traktir" y Rascolnikof tras él.

La embriaguez de Svidrigaylof disminuía notablemente. Fruncía el ceño y parecía muy preocupado, como hombre que está en vísperas de emprender un negocio extraordinariamente importante. Desde hacía algunos minutos, cierta impaciencia se traslucía en sus maneras, y su lenguaje tornábase cáustico y agresivo. Todo esto parecía justificar cada vez más las aprehensiones de Rascolnikof, que resolvió seguir al misterioso personaje.

Se volvieron á encontrar en la acera.

—Nos separamos aquí: vos hacia la derecha y yo por la izquierda, ó viceversa. Adiós, querido amigo. Hasta que tenga el placer de volver á veros.

Y Svidrigaylof continuó su marcha hacia el Mercado del Heno.

IV

Rascólnikof le siguió.

—¿Qué significa esto?—exclamó volviéndose hacia él, Svidrigaylof.—¿No os he dicho?....

—Esto significa que estoy decidido á acompañaros.

—¿Cómo?

Ambos se detuvieron y durante unos momentos se midieron con la vista.

—En vuestra semiborrachera—agregó Rascólnikof,—dijisteis lo suficiente para convencerme de que, lejos de haber renunciado á vuestros odiosos proyectos contra mi hermana, os preocupan hoy más que nunca. Sé que esta mañana recibió Dunia una carta. No habéis perdido el tiempo desde que llegasteis de San Petersburgo. Acaso en vuestras idas y venidas hayáis encontrado una mujer; pero eso nada significa. Deseo asegurarme personalmente....

—¿De qué? ¿No hubiera podido decirlo?

—¿De veras? ¿Queréis, por lo visto, que llame á la policía?

—¡Llamadla!

De pronto se detuvieron el uno frente al otro. El rostro de Svidrigaylof cambió súbitamente de expresión. Viendo que la amenaza no intimidaba á Rascólnikof, tomó de repente el tono más amistoso y más alegre.

—¿Qué chuseo sois! Expresamente no hablé de vuestro asunto, no obstante la curiosidad muy natural que en mí despierta. Quería dejar esto para otra ocasión; pero, en verdad, á un muerto le haríais perder la paciencia. Vaya, venid conmigo. Pero os advierto que no voy á mi casa sino para tomar dinero. En seguida asidré, tomaré un coche y me iré á pasar la noche en las Islas. ¿Qué necesidad tenéis de seguirme?

—No voy á vuestra casa, sino á la de Sofía Semenovna: debo excusarme de no haber asistido á las exequias de su madrastra.

—Como gustéis: pero Sofía Semenovna está ausente. Ha ido á llevar á los tres niños á casa de una anciana á quien conozco hace mucho tiempo y que tiene influencia en varios asilos de huérfanos.

—Pasaré, de todas maneras, por su casa.

—Dueño sois de hacerlo, pero yo no os acompañare. ¿Con qué objeto? Decid. Estoy seguro de que, si desconfiáis de mí, es porque hasta la fecha tuve la delicadeza de no molestaros con preguntas enojosas. ¿Adivináis á qué aludo? ¡Apostaría á que mi discreción os ha parecido extraordinaria! Sed delicado para que tengáis esta recompensa.

—¿Llamáis delicado al hecho de escuchar tras de las puertas?

—¡Ja, ja! Ya había echado de menos esa observación—respondió riendo Svidrigaylof.—Si creéis que no está permitido escuchar detrás de una puerta, y os figuráis que se puede asesinar al antojo, como los magistrados acaso no sean de vuestra opinión, lo mejor que podíais hacer es huir pronto á América. ¡Marchaos pronto, joven! ¿Quizá estéis á tiempo todavía! Os hablo

Y Svidrigaylof continuó su marcha hacia el Mercado del Heno.

IV

Rascólnikof le siguió.

—¿Qué significa esto?—exclamó volviéndose hacia él, Svidrigaylof.—¿No os he dicho?....

—Esto significa que estoy decidido á acompañaros.

—¿Cómo?

Ambos se detuvieron y durante unos momentos se midieron con la vista.

—En vuestra semiborrachera—agregó Rascólnikof,—dijisteis lo suficiente para convencerme de que, lejos de haber renunciado á vuestros odiosos proyectos contra mi hermana, os preocupan hoy más que nunca. Sé que esta mañana recibió Dunia una carta. No habéis perdido el tiempo desde que llegasteis de San Petersburgo. Acaso en vuestras idas y venidas hayáis encontrado una mujer; pero eso nada significa. Deseo asegurarme personalmente....

—¿De qué? ¿No hubiera podido decirlo?

—¿De veras? ¿Queréis, por lo visto, que llame á la policía?

—¡Llamadla!

De pronto se detuvieron el uno frente al otro. El rostro de Svidrigaylof cambió súbitamente de expresión. Viendo que la amenaza no intimidaba á Rascólnikof, tomó de repente el tono más amistoso y más alegre.

—¿Qué chuseo sois! Expresamente no hablé de vuestro asunto, no obstante la curiosidad muy natural que en mí despierta. Quería dejar esto para otra ocasión; pero, en verdad, á un muerto le haríais perder la paciencia. Vaya, venid conmigo. Pero os advierto que no voy á mi casa sino para tomar dinero. En seguida asidré, tomaré un coche y me iré á pasar la noche en las Islas. ¿Qué necesidad tenéis de seguirme?

—No voy á vuestra casa, sino á la de Sofía Semenovna: debo excusarme de no haber asistido á las exequias de su madrastra.

—Como gustéis: pero Sofía Semenovna está ausente. Ha ido á llevar á los tres niños á casa de una anciana á quien conozco hace mucho tiempo y que tiene influencia en varios asilos de huérfanos.

—Pasaré, de todas maneras, por su casa.

—Dueño sois de hacerlo, pero yo no os acompañare. ¿Con qué objeto? Decid. Estoy seguro de que, si desconfiáis de mí, es porque hasta la fecha tuve la delicadeza de no molestaros con preguntas enojosas. ¿Adivináis á qué aludo? ¡Apostaría á que mi discreción os ha parecido extraordinaria! Sed delicado para que tengáis esta recompensa.

—¿Llamáis delicado al hecho de escuchar tras de las puertas?

—¡Ja, ja! Ya había echado de menos esa observación—respondió riendo Svidrigaylof.—Si creéis que no está permitido escuchar detrás de una puerta, y os figuráis que se puede asesinar al antojo, como los magistrados acaso no sean de vuestra opinión, lo mejor que podíais hacer es huir pronto á América. ¡Marchaos pronto, joven! ¿Quizá estéis á tiempo todavía! Os hablo

con toda sinceridad. ¿Acaso os falta dinero? Yo os daré lo que necesitéis para el viaje.

—No pienso huir—agregó con disgusto Rascolnikof.

—Comprendo: os preguntáis si obrasteis con arreglo á la moral, como cumple á un hombre y á un ciudadano. Pero debisteis deciros eso mucho antes. En la actualidad, la pregunta es algo intempestiva. ¡Ja, ja! Si creéis haber cometido un crimen, daos un tiro; ¿verdad que tenéis deseos de hacerlo?

Me parece que tratáis de disgustarme, con la esperanza de que os libre de mi presencia.

—¿Qué original sois! Ya hemos llegado. Tomaos la molestia de subir la escalera. Aquí tenéis la puerta del aposento de Sonia Semenovna. Ved cómo no hay nadie. Vamos á mi cuarto. ¿No tenéis intención de hacerme una visita? Mirad: tomo de mi bufete un título del cinco por ciento. ¡Ved cuántos me quedan todavía! Este quedará gastado hoy mismo. ¿Habéis visto bien? Nada tengo que hacer aquí ya. Cierro mi escritorio, cierro la puerta de mi cuarto, y benos en la escalera nuevamente. Si queréis, tomaremos un coche; voy á las Islas. ¿No os agrada un pequeño paseo en coche? Ya lo oís: mando al cochero que me lleve al puente de Elaguin. ¿No queréis venir? ¡Vaya, no os hagáis rogar! Amenaza lluvia; pero, ¿qué importa? Levantaremos la capota.....

Svidrigaylof estaba ya dentro del coche. Por mucha que fuera la desconfianza de Rascolnikof, no le parecía de tal índole aquella celada que pudiese peligrar un ser humano.

Sin responder palabra, dió media vuelta y se en-

camino hacia el Mercado del Heno. Si hubiera mirado atrás, habría podido ver cómo Svidrigaylof, después de andar cien pasos en el coche, descendía del carruaje y pagaba al cochero. Pero el joven caminaba sin volver la cabeza.

Pronto volvió la esquina. Como siempre que iba solo, no tardó en caer en una profunda meditación. Al llegar al puente, paróse ante la balaustrada y fijó atentamente la vista en el canal. En pie, á poca distancia de Rascolnikof, Advotia Romanovna le observaba.

Al subir al puente había pasado junto á ella, pero no la había visto.

Advotia, por su parte, experimentó un sentimiento de inquietud al reparar en su hermano. Quedó inmóvil un instante, pensando si le llamaría ó no. De pronto vió á Svidrigaylof, que se dirigía rápidamente hacia ella.

Pero éste parecía avanzar con prudencia y misterio.

No subió al puente; se detuvo en la acera, procurando que no le viese Rascolnikof.

Hacía mucho tiempo que había visto á Dunia y que le hacía señas.

La joven creyó comprender que, al llamarla, le rogaba que no se hiciera ver de su hermano.

Dócil á aquella invitación muda, Dunia se alejó cautelosamente de su hermano y acercóse á Svidrigaylof.

—Vamos pronto—díjole éste, en voz baja.—Quiero que Rodion Romnovitch ignore nuestra entrevista. Os prevengo que ha ido á buscarme y ha estado conmigo en un café, no muy lejos de aquí; me ha costado mucho

trabajo desembarazarme de él. Sabe que os he escrito una carta, y sospecha algo. Seguramente que no le hablasteis vos. ¿Quién, entonces?

—Hemos vuelto la esquina; mi hermano ya no puede vernos—le interrumpió Dunetchka.—Os advierto que no pasará de aquí. Decidme lo que tengáis que confiarme; se puede hablar mucho en medio de la calle.

—En primer lugar, no es lugar éste muy á propósito para semejantes confidencias; además, debéis oír también á Sofia Semenovna; por último, es menester que os muestre ciertos documentos..... Para concluir: si no consentís en acompañarme, renuncio á decir nada y me retiro en este momento. Por otra parte, no olvidéis, os lo ruego, que un secreto interesantísimo, y que afecta á vuestro muy querido hermano, se halla en mi poder.

Dunia se detuvo indecisa y clavó una mirada en Svidrigaylof.

—Aun cuando sé que sois un hombre..... sin honor, no me inspiráis ningún miedo. Vamos á vuestra casa—dijo en tono tranquilo, que desmentía la palidez de su rostro.

Echaron á andar; llegaron. Svidrigaylof introdujo á Dunia en su habitación, y ambos se sentaron ante la mesa, á una distancia respetuosa.

—He aquí vuestra carta—comenzó ella.—¿Es posible lo que escribisteis? Dais á entender que mi hermano ha cometido un crimen. Vuestras insinuaciones son demasiado claras; no tratéis, pues, de recurrir á subterfugios. Sabed que antes de vuestras pretendidas revelaciones, había ya oído hablar de ese cuento absur-

do, del que ni una sola palabra merece mi crédito. Lo odioso no cede en este asunto sino á lo ridículo. Estas sospechas me son conocidas, y no ignoro quién las suscita. No podéis tener ninguna prueba, y habéis prometido probar. ¡Hablad, pues! Pero os prevengo que no os creeré.

—Si no me creyerais, ¿hubieseis venido á mi habitación? ¿Para qué vinisteis entonces? ¿Por pura curiosidad?

—¡No me atormentéis! ¡Hablad!

Svidrigaylof explicó lo que oyera desde su aposento, de las conversaciones entre Sonia y Rascolnikof.

—¡Eso es imposible!—balbucearon, al oírle, los temblorosos labios de Dunia.—¡Robar él! Ya le conocéis, ya le visteis. ¿Os parece un ladrón?

—Esta categoría, Advotia Romanovna, encierra un infinito número de variedades; en general, los rateros tienen conciencia de su infamia. Pero..... ¿á dónde vais?

—Quiero ver á Sofia Semenovna. Cuando subimos aquí no estaba; pero habrá regresado ya, y quiero verla. Es preciso que ella.....

No pudo acabar; la pobre se ahogaba.

Según todas las apariencias, Advotia Romanovna no estará de vuelta hasta la noche. Su ausencia debía ser corta; mas puesto que aún no ha regresado, será probablemente muy tarde.....

—¡Ah, luego mientes! Me dijiste que sabías que estaba.... ¡y no está! ¡No te creo, no!—exclamó Dunia, en un acceso de cólera que le quitaba toda posesión de sí misma.

Casi desmayada, la infeliz se desplomó sobre una

silla que Svidrigaylof se apresuró á poner debajo de ella.

—Advotia Romanovna, ¿qué tenéis? Recobra el ánimo. Aquí tenéis agua. Bebed.

La echó agua en el rostro, y la joven volvió en sí.

—Ha producido efecto—se dijo Svidrigaylof.—Vuestro hermano tiene amigos. Le salvaremos, le sacaremos del conflicto. ¿Queréis?

—¡Malvado! ¡Todavía se burla! ¡Dejadme!.....

—¿A dónde queréis ir?

—En su busca. ¿Dónde está? ¿Lo sabéis? ¿Por qué no está abierta la puerta? Por ella entramos, y ahora está cerrada con llave. ¿Cuándo la cerrasteis?

—No era necesario que todo el mundo se enterase de lo que aquí hablamos. En el estado en que os halláis, ¿para qué ir en busca de vuestro hermano? ¿Queréis perderle? Es preferible que nos sentemos y que veamos el modo de salvarle. Para esto os traje aquí. Sentaos.

—¿Cómo lograréis salvarle? ¿Es posible eso acaso?

Dunia se sentó. Svidrigaylof tomó asiento á su lado.

—Todo depende de vos, sólo de vos—respondió, en voz baja.

Sus ojos resplandecían, y su agitación era tal, que apenas podía hablar.

—¡Vos!... ¡Una sola palabra vuestra..... y todo está salvado!—continuó, temblando.—Yo..... le salvaré. Tengo dinero y amigos. Inmediatamente le haré salir para el extranjero, le procuraré un pasaporte. ¿Queréis?..... También tomaré pasaporte para mí, para vos, para vuestra madre. ¿Qué os importa Razumikin? Mi amor vale tanto como el suyo..... Os amo

infinitamente. ¡Dejadme besar vuestros pies! ¡Os lo ruego! El sólo rumor de vuestra falda me pone fuera de mí. Mandad; ejecutaré vuestras órdenes, sean las que fueren. Haré lo imposible. Vuestras creencias serán las mías. ¡No me miréis así! ¿No veis que me matáis?

Comenzaba á delirar. Hubierase dicho que empezaba á estar loco. Dunia saltó hacia la puerta, que empezó á sacudir con todas sus fuerzas.

—¡Abrid! ¡abrid!—gritó, esperando que alguien la oyese de fuera.—¡Abrid! ¿Acaso no hay nadie aquí?

Svidrigaylof se levantó. Había recobrado en parte su sangre fría. Una sonrisa amargamente burlona vagaba por sus labios, todavía temblorosos.

—No hay nadie aquí—dijo lentamente.—Mi patron ha salido, y vuestro trabajo es inútil.

—¿Dónde está la llave? ¡Abre la puerta en seguida, hombre vil!

—He perdido la llave.

—¡Ah, ha sido una acechanza!—vociferó Dunia, yendo á colocarse tras de una mesa, que utilizó como una trinchera.

—¡Acechanza, sí! Ya debíais pensar, Advotia Romanovna, que tenía tomadas mis medidas. Y que si os querelláis, vuestro hermano será quien pierda. Por otra parte, nadie os creerá; todas las apariencias condenan á una joven que va sola á casa de un hombre. De consiguiente, aun cuando os resolvierais á sacrificar á vuestro hermano, nada podríais probar; es difícil la prueba de una violación.

—¡Miserable!—dijo Dunia en voz baja, pero llena de indignación.

—Sea; pero notad que hasta aquí razoné simplemente bajo el punto de vista de vuestra hipótesis. Personalmente soy de vuestra opinión, y creo que la violación es un crimen abominable. Cuanto dije fué para tranquilizar vuestra conciencia, en el caso en que vos..... consintierais en salvar á vuestro hermano. Podéis decirnos que sólo cedisteis á las circunstancias, á la fuerza, si es absolutamente preciso emplear esta palabra. Meditad, pues; la suerte de vuestro hermano y la de vuestra madre se hallan en vuestras manos. Yo seré vuestro esclavo..... toda mi vida..... Esperaré aquí.....

Y sentóse en el diván, á ocho pasos de Dunia.

La joven no dudaba que la resolución de Svidrigaylof era inquebrantable. Le conocía.

De pronto sacó un revólver, levantó el gatillo y lo puso sobre la mesa, al alcance de su mano.

Svidrigaylof exhaló un grito de sorpresa é hizo un repentino movimiento de avance.

—¡Ah, vamos!—dijo, con siniestra sonrisa.—La situación cambia por completo. ¡Me quitáis un trabajo, Advotia Romanovna! Pero, ¿dónde os habéis provisto de ese revólver?

—¡Si dais un paso más, juro que me mato!

—Bueno. ¿Y vuestro hermano? Por curiosidad os hago esta pregunta—dijo Svidrigaylof, siempre de pie en el mismo sitio.

—¡Denúnciale, si quieres! ¡No avances, ó disparo! ¡Envenenaste á tu mujer, lo sé; tú también eres un asesino!

—¿Estáis segura de que envenené á Marfa Petrovna?

—¡Sí!

—Pues aun cuando fuera verdad, por ti lo hubiera hecho..... Luego tú fuiste la causa.

—¡Mientes! Yo siempre te aborrecí, siempre.....

—¿Miento? Sea, miento. Las mujeres no gustan de que se les recuerden ciertas cosillas—agregó, sonriendo.—Sé que tirarás, monstruo hechicero. ¡Cuanto antes, pues!

Dunia le apuntó, no esperando sino el instante para disparar.

Mortal palidez cubría el rostro de la joven; sus labios temblaban de cólera, y sus grandes ojos negros llameaban.

Nunca Svidrigaylof la había visto tan bella.

Avanzó un paso y retumbó un disparo.

La bala le rozó los cabellos y fué á penetrar en la pared.

Svidrigaylof se detuvo.

—¡Una picadura de ayispa!—dijo, riendo un poco.

—¡Apunta á la cabeza!..... ¿Qué es esto? ¿Sangre? Sacó su pañuelo para atajar un hilo de sangre que corría á lo largo de su sien derecha. La bala había roza-do la piel.

Dunia bajó el arma y miró á Svidrigaylof con una especie de estupor. Parecía no darse cuenta de lo que acababa de hacer.

—No acertasteis. Probad otra vez; espero—prosiguió Svidrigaylof, cuya alegría tenía algo de satánica.

—Si tardáis, tendré tiempo de sujetaros antes de que os halléis en estado de poder defenderos.

—¡Dejadme!—dijo ella, desesperada.—¡Os juro que dispararé nuevamente, que os mataré!

—A tres pasos es imposible, en efecto, que no acerquéis; pero si no me matéis.....

En los relucientes ojos de Svidrigaylof se pudo leer el destello de su pensamiento.

Avanzó aún dos pasos más.

Dunetchka disparó. Se produjo gran llamarada.

—Cargasteis mal. Pero todavía hay remedio, aún os queda una cápsula. Espero.

En pie y á un paso de la joven, fijaba en ella su mirada, que expresaba la resolución más firme.

Dunia comprendió que se dejaría matar antes que renunciar á su propósito.

¡Y le mataría indudablemente, pues se hallaba á dos pasos de ella!

De repente arrojó el revólver.

—¡No queréis tirar!—dijo, asombrado, Svidrigaylof.

Y respiró prolongadamente.

El miedo á la muerte no era quizá el gran peso de que su alma veíase libre. Sin embargo, difícil le hubiera sido explicar la naturaleza del alivio que experimentaba.

Se acercó á Dunia y la cogió suavemente por el talle.

Ella no se resistió; toda temblorosa le miró con ojos suplicantes.

Quiso hablar, pero su boca no pudo articular ningún sonido.

—¡Suéltame!—rogó Dunia.

Oyéndose tutear, con voz que ya no era la de antes, Svidrigaylof se estremeció.

—¿Conque no me amas?—preguntó en voz baja.

Dunia dijo que no con la cabeza.

—Y.... ¿no' podrás amarme?.... ¿Nunca?—continuó, lleno de desesperación.

—¡Nunca!—murmuró la joven.

Durante un momento, una terrible lucha tuvo lugar en el alma de Svidrigaylof. Sus ojos se fijaban en Dunia con expresión inexplicable.

De repente retiró el brazo que rodeaba el talle de la joven, y, alejándose de ella rápidamente, fué á colocarse ante la ventana.

—¡Aquí teneis la llave!—dijo, después de un momento de silencio, sacándola del bolsillo.—¡Tomadla é idos! ¡Pronto!

Miraba obstinadamente por la ventana.

Dunia se acercó á él para tomar la llave.

—¡Pronto, pronto!—repitió.

No había cambiado de postura, no miraba á la persona con quien hablaba; pero su orden era pronunciada en un tono respecto á cuyo significado no había lugar á duda.

Dunia cogió la llave, precipitóse hacia la puerta, la abrió rápidamente y salió del aposento.

Un instante después corría como una loca á lo largo del canal, dirigiéndose al puente.

Svidrigaylof continuó tres minutos ante la ventana. Por fin se volvió lentamente, paseó su mirada en derredor y se pasó la mano por los cabellos. Sus facciones, desfiguradas por una sonrisa extraña, expresaban la más amarga desesperación.

Notando que tenía sangre en la mano, miróse la con rabia; luego mojó una toalla y se lavó la herida.

El revólver arrojado por Dunia había rodado hasta la puerta.

Lo recogió y se puso á examinarlo. Era un pequeño revólver de tres tiros y de sistema antiguo. Todavía le quedaba una cápsula.

Tras un breve momento de reflexión, guardó el arma en el bolsillo, tomó el sombrero y salió.

Hasta las diez de la noche, Svidrigaylof pasó las horas recorriendo tabernas y cafés y pagando consumaciones á cuantos conocía.

Hacia las diez estalló una gran tempestad. Svidrigaylof llegó á su casa calado hasta los huesos. Se encerró en su habitación, y abriendo el escritorio, sacó de él todo su dinero y rompió algunos papeles.

Cuando el dinero estuvo en su bolsillo, pensó en cambiar de ropa; pero como la lluvia no cesaba, juzgó que no valía la pena, y tomando el sombrero, salió, sin cerrar la puerta de su cuarto, yendo directamente al de Sonia, que ya había regresado.

—Sofía Semenovna--comenzó á decirle, una vez sentado.—Es probable que parta para América; y como, según toda probabilidad, no nos volveremos á ver, he venido á arreglar algunos asuntos. La suerte de vuestros hermanos queda asegurada. Aquí tenéis los recibos de las cantidades que entregué para ellos. Para vos, he aquí tres títulos del cinco por ciento, que representan una suma de tres mil rublos. Deseo que esto quede para entre nosotros, que nadie se entere de ello. Es-

te dinero os es necesario, Sofía Semenovna, porque no podéis seguir viviendo como vivís. Y ahora, hasta la vista—concluyó, sin escuchar las frases de agradecimiento de la joven.

Y se levantó.

Saludad de mi parte á Rodion Romanovitch. A propósito. Haríais bien en darle á guardar ese dinero al señor Razumikin. ¿Le conocéis? Es un buen muchacho. Llevádselo mañana..... ó cuando tengáis ocasión. Pero, de aquí á entonces, tratad de que nadie os lo quite.

Sonia también se había levantado.

Sentía grandes deseos de decirle algo, de hacerle alguna pregunta; pero se hallaba intimidada y no sabía por dónde empezar.

—De consiguiente..... ¿vais á poneros en camino con un tiempo tan malo?

—¿Puede preocupar la lluvia á quien se embarca para América? ¡Adiós, querida Sofía Semenovna! Vivid, y vivid mucho tiempo; sois útil á los demás. A propósito..... Saludad en mi nombre al señor Razumikin. No dejéis de hacerlo.

Cuando por fin se separó de ella, Sonia sintióse asaltada por un vago temor.

Aquella misma noche, Svidrigaylof hizo una visita singularísima é inesperada. A las once y cinco minutos se presentó en casa de los padres de su futura, so pretexto de despedirse de ellos, pues, según dijo, se ausentaba por algún tiempo de San Petersburgo. Entregó á su joven futura quince mil rublos, á título de donación que tenía intención de hacerle antes de casarse.

Lo recogió y se puso á examinarlo. Era un pequeño revólver de tres tiros y de sistema antiguo. Todavía le quedaba una cápsula.

Tras un breve momento de reflexión, guardó el arma en el bolsillo, tomó el sombrero y salió.

Hasta las diez de la noche, Svidrigaylof pasó las horas recorriendo tabernas y cafés y pagando consumaciones á cuantos conocía.

Hacia las diez estalló una gran tempestad. Svidrigaylof llegó á su casa calado hasta los huesos. Se encerró en su habitación, y abriendo el escritorio, sacó de él todo su dinero y rompió algunos papeles.

Cuando el dinero estuvo en su bolsillo, pensó en cambiar de ropa; pero como la lluvia no cesaba, juzgó que no valía la pena, y tomando el sombrero, salió, sin cerrar la puerta de su cuarto, yendo directamente al de Sonia, que ya había regresado.

—Sofía Semenovna--comenzó á decirle, una vez sentado.—Es probable que parta para América; y como, según toda probabilidad, no nos volveremos á ver, he venido á arreglar algunos asuntos. La suerte de vuestros hermanos queda asegurada. Aquí tenéis los recibos de las cantidades que entregué para ellos. Para vos, he aquí tres títulos del cinco por ciento, que representan una suma de tres mil rublos. Deseo que esto quede para entre nosotros, que nadie se entere de ello. Es-

te dinero os es necesario, Sofía Semenovna, porque no podéis seguir viviendo como vivís. Y ahora, hasta la vista—concluyó, sin escuchar las frases de agradecimiento de la joven.

Y se levantó.

Saludad de mi parte á Rodion Romanovitch. A propósito. Haríais bien en darle á guardar ese dinero al señor Razumikin. ¿Le conocéis? Es un buen muchacho. Llevádselo mañana..... ó cuando tengáis ocasión. Pero, de aquí á entonces, tratad de que nadie os lo quite.

Sonia también se había levantado.

Sentía grandes deseos de decirle algo, de hacerle alguna pregunta; pero se hallaba intimidada y no sabía por dónde empezar.

—De consiguiente..... ¿vais á poneros en camino con un tiempo tan malo?

—¿Puede preocupar la lluvia á quien se embarca para América? ¡Adiós, querida Sofía Semenovna! Vivid, y vivid mucho tiempo; sois útil á los demás. A propósito..... Saludad en mi nombre al señor Razumikin. No dejéis de hacerlo.

Cuando por fin se separó de ella, Sonia sintióse asaltada por un vago temor.

Aquella misma noche, Svidrigaylof hizo una visita singularísima é inesperada. A las once y cinco minutos se presentó en casa de los padres de su futura, so pretexto de despedirse de ellos, pues, según dijo, se ausentaba por algún tiempo de San Petersburgo. Entregó á su joven futura quince mil rublos, á título de donación que tenía intención de hacerle antes de casarse.

A las doce de la noche se encontraba en la perspectiva, en el interior de un miserable hotel llamado de Andrinoplo.

—¿Tenéis té?—preguntó al mozo, una vez en su aposento, una pequeña habitación situada bajo la escalera, la única disponible en la casa.

—Se os puede hacer.

—¿Qué más hay?

—Carne de ternera, aguardiente, entremeses....

—Tráeme ternera y té.

—¿Nada más?

—Nada más.

Svidrigaylof tomó el té, pero no pudo probar la carne. La fiebre, que comenzaba á apoderarse de él, le había quitado el apetito.

Se acostó. Tendido sobre la cama, Svidrigaylof soñaba, no pensaba; sus ideas se atropellaban confusamente, y en vano quería entretener su imaginación.

—Sin duda hay un jardín bajo la ventana. Los árboles son agitados por el viento. ¡Cómo detesto ese rumor de los árboles por la noche, en medio de la tempestad y las tinieblas!

Recordó que poco antes, al pasar por delante del parque Petrowsky, había experimentado la misma penosa impresión. En seguida pensó en el pequeño Neva, y nuevamente sintió el estremecimiento que le asaltara cuando, de pie ante la barandilla del puente, contemplaba el río.

—Nunca me gustó el agua, ni aun en pintura—pensó.

Y, de repente, una idea extraña empezó á sonreírle.

—Me parece que en estas circunstancias debía bur-

larme de la estética y del "confort." Sin embargo, me encuentro descontentadizo.

¿Si antes hubiera ido á Petrowsky Ostrof? Al parecer tuve miedo al frío y á la obscuridad. ¡Ja, ja! Necesito sensaciones agradables.... Pero, ¿por qué no apago la bujía?

Y la apagó de un soplo.

—Ahora, Marfa Petrovna, ahora es cuando vuestra visita sería oportuna. Esto está obscuro, el lugar es propicio, la situación excepcional.... ¡Y hoy será justamente el día en que no vendréis!.....

El sueño seguía huyendo de él, y un temblor súbito agitó sus miembros al recordar la escena que poco antes había tenido lugar entre él y la hermana de Rascolnikof.

—No pensemos en esto—se dijo.—¡Cosa extraña!—agregó.—Nunca odié á nadie, ni aun experimenté jamás deseos de venganza. ¡Mal signo! Tampoco fui camorrista, ni amigo de disputar ni hombre violento.... ¡Otra mala señal! Pero, ¡cuánto la prometí! Me hubiera llevado lejos.

Calló y apretó los dientes.

Su imaginación le mostraba de nuevo á Dunetchka, tal como se hallaba cuando, después de tirar el revólver, incapaz de resistir, fijaba en él una mirada llena de espanto.

Recordó la piedad que le había inspirado en aquel instante, y cómo había sentido oprimirse el corazón....

—¡Al diablo! ¡Siempre los mismos pensamientos! ¡No recordemos esto!

Ya empezaba á dormirse, cuando de pronto sintió que algo pequeño y repugnante andaba sobre él.

Se levantó, encendió la vela y miró las ropas. Era un ratoncillo.

—Prefiero no dormir—decidió, sin darse cuenta de volver á encender la luz, que apagó de nuevo.

No pensaba en nada, no quería pensar; pero ideas incoherentes cruzaban por su cerebro. Había caído en una especie de letargo. ¿Era aquello efecto del frío, de las tinieblas, de la humedad ó del viento que agitaba los árboles? Sus sueños siempre tomaban apariencias fantásticas; las flores se representaban sin cesar en su imaginación.

Cuando apuntaba el día, despertó, notando, encolerizado, al sentarse sobre la cama, que estaba rendidísimo, como si sus miembros todos estuviesen magullados.

Llenaba la calle una espesa niebla, á través de la cual nada podía distinguirse.

Eran cerca de las cinco. Svidrigaylof opinaba que había dormido demasiado.

Se levantó, púsose su ropa, todavía húmeda, y sintiendo el peso del revólver en su bolsillo, le tomó, para asegurarse de que estaba bien cargado. Después se sentó, y en las primeras páginas de su cuaderno escribió algunas palabras. Después de haberlas leído, se puso de codos sobre la mesa y se sumió en sus reflexiones.

Las moscas se regalaban con la ternera que le había sobrado.

Las contempló por espacio de algún tiempo, y luego se puso á cazarlas.

Por fin, admirándose de su entretenimiento, recobró súbitamente la conciencia de su situación, y salió de prisa del aposento. Un instante después estaba en la calle.

Espesa niebla envolvía la ciudad. Svidrigaylof se encaminó hacia el pequeño Neva. Mientras caminaba sobre el resbaladizo pavimento de madera, en su imaginación veía la isla Petrowsky, con sus pequeños senderos, sus céspedes, sus árboles, sus sotos.....

Ni un coche en toda la perspectiva. Las casitas amarillas, con sus ventanas cerradas, tenían el aspecto sucio y triste. El frío y la humedad comenzaban á hacer tiritar al transeúnte madrugador. De vez en cuando reparaba en la muestra de una tienda, y la leía maquinalmente.

Cuando llegó al final del entarugado, á la altura de la gran casa de piedra, vió un perro muy feo que atravesaba la calzada con el rabo entre las piernas. Un borracho yacía en la mitad de la acera con el rostro contra el suelo.

Svidrigaylof miró un instante al borracho, y siguió andando. Á la izquierda apareció de pronto un campanario de alarma.

—¡Bah!—pensó.—He aquí un buen sitio. ¿Para qué ir á la isla Petrowsky? De esta manera, el hecho podrá ser confirmado por algún testigo.

Sonriendo á la nueva idea, tomó la calle de X...

Estaba ya cerca del campanario. Contra la puerta se hallaba apoyado un hombre envuelto en una capa militar y con un gorro griego en la cabeza.

Al ver que Svidrigaylof se aproximaba, miróle con desagrado. Su cara ofrecía aquella expresión de mo-

hina tristeza que se suele notar en la fisonomía de los israelitas.

Ambos se examinaron en silencio y por espacio de algunos instantes. Al funcionario le pareció muy extraño que un individuo que no estaba ebrio se detuviera á tres pasos de él y le mirase sin decir palabra.

—¿Qué deseáis?—preguntó, arrimado á la puerta.

—Pues... nada, amigo mío. Buenos días—respondió Svidrigaylof.

Seguid vuestro camino.

—Amigo mío, voy al extranjero.

—¿Cómo al extranjero?

—A América.

—¿A América?

Svidrigaylof sacó el revólver y levantó el gatillo. El soldado arqueó las cejas.

—¡No es este sitio de bromas!

—¿Por qué no?

—Porque no es á propósito.

—No importa, amigo mío; cualquiera es bueno. Si te preguntan, responde que me he marchado á América.

Y apoyó el cañón del revólver sobre su sien derecha.

—¡Aquí no podéis hacer eso! ¡No es lugar á propósito!—agregó el soldado, abriendo desmesuradamente los ojos.

Svidrigaylof oprimió el gatillo.

VI

Aquel mismo día, entre seis y siete de la noche, Rascolnikof se presentó en casa de su madre. Vivía ésta con Dunia, en la casa Bakaleief, en aquella habitación de que Razumikin hablara.

Subiendo la escalera, Rascolnikof parecía vacilar aún. Sin embargo, por nada del mundo hubiese retrocedido; estaba resuelto á hacer aquella visita.

—Por otra parte—pensaba,—todavía nada saben, y están habituadas á ver en mí un hombre original.

Su traje estaba roto y lleno de barro; además, la fatiga física y los efectos de la lucha moral que sostenía desde el día antes, habían cambiado su rostro.

Había pasado la noche Dios sabe dónde. Pero, al menos, ya había tomado su resolución.

Llamó; le abrió su madre. Dunetchka había salido, y la criada tampoco estaba en casa en aquel momento.

Pulqueria Alejandrovna quedóse al pronto muda de sorpresa y de alegría; cogió luego á su hijo de la mano, y le arrastró hacia la antesala.

—¡Ah! ¡Gracias á Dios!—dijo, con voz que la emoción hacía temblar.—No te enfades, Rodia, si cometo la tontería de recibarte llorando. La felicidad hace correr mis lágrimas. ¿Crees que estoy triste? Pues no, estoy alegre, río; sólo que tengo la necia costumbre de llorar. Desde que murió tu padre, lloro por cualquier cosa. Siéntate, querido mío; estás fatigado, lo veo. ¡Ah, cómo estás!

—La lluvia de ayer me cayó encima, mamá.....—comenzó Rascolnikof.

—¡Deja!.....—le interrumpió Pulqueria Alejandrovna.—¿Pensabas que iba á preguntarte, con mi cu-

riedad de mujer? Está tranquilo, todo lo comprendo; ahora ya estoy algo iniciada en las costumbres de San Petersburgo, y, en verdad, veo que se es más inteligente aquí que en nuestro pueblo. Me he dicho, de una vez para siempre, que ninguna necesidad tengo de entrometerme en tus asuntos ni de pedirte cuentas. ¡Ah señor! ¿Sabes una cosa, Rodia? Por tercera vez voy á leer el artículo que has publicado en una revista; Demetrio Prokofitch me la trajo. Ha sido para mí una revelación. En cuanto leí aquellas líneas, comprendí que, en efecto, había obrado neciamente. “He aquí lo que le preocupa—me dije.—Tiene la cabeza llena de ideas nuevas, y no le gusta que se le arranque de sus reflexiones; todos los sabios son así.” No obstante la atención con que te leo, hay en tu artículo cosas que no puedo comprender; pero, ignorante como soy, no es extraño que no pueda comprenderlo todo.

—Enseñadme el periódico, mamá.

Rascolnikof tomó el número de la revista y paseó una ojeada por su artículo.

Un autor experimenta siempre placer verdadero al verse por primera vez en letras de molde, sobre todo si ese autor no cuenta más de veintitrés años.

Aun cuando presa de las más terribles inquietudes, nuestro héroe no pudo substraerse á aquella impresión; pero ésta sólo duró breves instantes.

Después de leer algunas líneas, frunció el entrecejo, y un horrible sufrimiento le oprimió el corazón.

Esta lectura le había de improviso recordado todas sus agitaciones morales en los últimos meses. Con sentimiento de violenta repulsión arrojó el periódico sobre la mesa.

—Pero, aunque sea completamente ignorante, no por eso dejo de comprender que de aquí á muy pocos meses ocuparás uno de los primeros puestos, si no el primero, en el mundo de la ciencia. ¡Y osaron pensar que estás loco! ¡Ja, ja, ja! ¿No sabes qué idea tenían? ¡Infelices! Por otra parte, ¿cómo habían de comprender lo que es la inteligencia? ¡Decir que Dunetchka, la misma Dunetchka, no estaba muy lejos de dar crédito á sus palabras! ¿Es posible? Hace una semana, me apenaba, Rodia, viendo cómo ibas vestido, cómo vives, cómo te alimentas. Pero ahora reconozco que aquélla era otra tontería de mi parte. Efectivamente, cuando á ti te dé la gana, con tu talento harás fortuna. Ya sé que, por ahora, no lo intentas y que te ocupas de cosas mucho más importantes.

—¿No está Dunia, mamá?

—No, Rodia. Sale con frecuencia; me deja sola muy á menudo. Demetrio Prokofitch tiene la bondad de venir á verme, y siempre me habla de ti. Te quiere y te aprecia, hijo mío. En lo que á tu hermana respecta, no me quejo de su poca consideración. Tiene su carácter, como yo el mío. No le gusta contarme sus asuntos. ¡Libre es de hacerlo! Yo nada oculto tengo para mis hijos. Pero estoy persuadida de que Dunia es muy inteligente, de que nos quiere mucho. . . . Pero no sé á dónde iremos á parar. . . . Siento que no pueda aprovecharse de tu visita. Cuando regrese la diré: “Mientras has estado fuera, ha venido tu hermano. ¿Dónde has pasado el tiempo?” Tú, Rodia, no me hagas sufrir demasiado; pasa por aquí cuando puedas y no te sea molesto; si no puedes, no te apures, tendré pa-

ciencia. Me bastará saber que me quieros. Leeré tus obras, oíré hablar de ti á todo el mundo, y de vez en cuando recibiré tu visita. ¿Qué más puedo desear? Has venido á consolar á tu madre, lo veo.....

Pulqueria Alexandrovna rompió de pronto á llorar.

—¡Siempre lo mismo! No hagas caso de mí, estoy loca. ¡Ah Dios mío! ¡Qué distraída! ¡Tenemos café, y aún no te lo he ofrecido! ¡Ya ves lo que es el egoísmo de los viejos! ¡En seguida, en seguida!

—No vale la pena, mamá; voy á marcharme. No vine para eso. Os ruego que me escuchéis.

Pulqueria Alexandrovna se acercó tímidamente á su hijo.

—Mamá, ocurra lo que ocurra, oigáis de mí lo que oigáis, ¿me querréis siempre como ahora?—preguntó de improviso.

Sus palabras brotaron espontáneamente del fondo del corazón, antes de que tuviera tiempo de calcular su importancia.

—¡Rodia, Rodia! ¿qué tienes? ¿Cómo me haces esa pregunta? ¿Quién se atreverá á hablarme mal de ti? Si alguien se permitiera tal cosa, me negaría á verle y le arrojaría de mi presencia.

—El objeto de mi visita era aseguraros que siempre os amé, y mucho celebro que nos hallemos solos; me alegro mucho de que Dunia no esté aquí. Acaso seáis desgraciada. Sabed, sin embargo, que vuestro hijo os quiere hoy más que á sí mismo, y que hicisteis mal en dudar de mi afecto. Jamás dejaré de amaros..... Y basta; he creído que, ante todo, era preciso daros estas seguridades.....

Pulqueria Alexandrovna abrazó silenciosamente á

su hijo, le estrechó contra su pecho y lloró calladamente.

—No sé qué tienes, Rodia—dijo por fin.—Hasta hoy había creído buenamente que nuestra presencia te molestaba. Ahora veo que te amenaza una gran desgracia, que vives en continua ansiedad. Lo sospechaba, Rodia. Perdona que te hable así; en ello piense siempre, y esto me hace perder el sueño. Tu hermana deliró la noche pasada, y en su ensueño pronunció muchas veces tu nombre. Oí algunas palabras, pero nada pude comprender. Desde esta mañana hasta el momento de entrar tú, he estado como el condenado á muerte que espera la ejecución. ¡Tenía presentimientos de que algo me ocurriría! ¡Rodia, Rodia! Pero, ¿á dónde vas? Piensas marcharte de San Petersburgo, ¿verdad?

—Sí.

—¡Lo había adivinado! Pero, si tú temarchas, yo puedo acompañarte. Y Dunia irá con nosotros. Te ama, te ama mucho. Si lo deseas, también nos llevaremos á Sofía Semenovna. Estoy dispuesta á aceptarla por hija. Demetrio Prokofitch nos ayudará en nuestros preparativos de viaje..... Pero, ¿á dónde vas?

—Adiós, mamá.

—¡Cómo! ¡hoy mismo!—exclamó la pobre madre, como si se tratara de una separación eterna.

—No puedo permanecer..... Es preciso que me separe de vosotras.....

—¿Y no puedo ir contigo?

—No; pero rogad á Dios por mí. Quizás escuche vuestras plegarias.

—¡Que Dios nos oiga! Recibe mi bendición.... ¡Oh Señor!

Sí, mucho celebraba que su hermana no asistiera á aquella despedida. Para dar rienda suelta á su ternura, necesitaba una entrevista á solas, y un testigo cualquiera, Dunetchka misma, le hubiera estorbado.

Cayó á los pies de su madre y los besó.

Pulqueria Alexandrovna y su hijo se abrazaron llorando. La pobre madre no hizo ninguna pregunta. Había comprendido que Rascolnikof pasaba por una terrible crisis, conocía que su suerte iba á decidirse en un momento.

—Rodia, querido mío,—dijo, sollozando.—¡Te veo ahora tal como eras en tu infancia! ¡Así venías á ofrecerme tus caricias y tus besos! En otro tiempo, cuando tu padre vivía, él y yo no teníamos en nuestra desgracia otro consuelo que tu presencia, y desde que le enterré, ¡cuántas veces lloramos tú y yo sobre su sepultura, abrazados como ahora! Si hace mucho tiempo que lloro, ha sido porque mi corazón maternal siempre tuvo horribles presentimientos. La noche de nuestra llegada á San Petersburgo, en nuestra primera entrevista, tu cara me dijo mucho; y hoy, al abrir la puerta, pensé que la hora fatal había llegado. ¡Rodia, Rodia! ¿No te marcharás en seguida?

—No.

—¿Vendrás aún?

—Sí..... vendré.

—No te enfades, Rodia. Responde á dos palabras, que no debes tomar á mal: ¿vas lejos de aquí?

—Muy lejos.

—¿Tendrás allí un empleo, una posición?

—Tendré..... lo que Dios me haya destinado. Pedidle por mí.

Rascolnikof quería salir; pero ella se agarró á él, y le miró en pleno rostro, con expresión desesperada.

—Basta, mamá—dijo el joven, que, comprendiendo el dolor de su madre, lamentaba haber ido á verla.

—¿No te irás para siempre? ¿No te irás en seguida? ¿Vendrás mañana?

—Sí, sí. ¡Adiós!

Por fin consiguió escapar. Dirigióse rápidamente hacia su casa. Quería ultimarle todo antes de la puesta del sol. Cualquier encuentro le hubiera sido en aquel momento desagradable.

Al subir á su cuarto, notó que Nastasia, entonces ocupada en preparar el té, había interrumpido su faena y le seguía con mirada curiosa.

—Acaso haya alguien arriba—se dijo.

Y pensó en el odioso Porfirio.

Pero sus ojos tropezaron con los de Dunia al abrir la puerta de la habitación.

La joven, sentada en el diván, estaba pensativa; sin duda esperaba á Rascolnikof hacía mucho tiempo.

Este se detuvo en el umbral. Dunia se estremeció, se incorporó y le miró prolongadamente.

Una desolación infinita se leía en los ojos de Dunia. Aquella sola mirada probó á Rascolnikof que la joven estaba al corriente de todo.

—¿Debo entrar ó retirarme?—preguntó con vacilación.

—He pasado el día esperándote en casa de Sofia Semenovna; pensábamos que irías.

Rascolnikof penetró en el aposento y se dejó caer sobre una silla.

—Me siento débil, Dunia; estoy muy fatigado, y,

sobre todo, en este momento necesito de mucha energía.

Clavó en su hermana una mirada de desconfianza.

—¿Dónde pasaste la noche de ayer?

—No lo recuerdo, Dunia. Quería tomar una decisión, y muchas veces me aproximé al Neva; de eso sí me acuerdo. Mi intención era concluir..... pero..... no pude resolverme á ello.....—concluyó, en voz baja, tratando de leer la impresión que sus palabras producían en Dunia.

—¡Dios sea alabado! ¡Era precisamente lo que Sofía y yo temíamos! ¡De consiguiente, aún crees en la vida! ¡Bendito sea Dios!

Rascólnikof sonrió amargamente.

—No creía en El; pero no hace mucho estuve con mamá, ambos hemos llorado al abrazarnos, y siendo incrédulo, la he suplicado que rece por mí. Dios sólo sabe cómo ha podido ser esto; por mi parte, ni siquiera comprendo lo que siento.

—¿Has visto á mamá? ¿Hablaste con ella?—exclamó Dunia, espantada.—¿Es posible que hayas tenido valor para contarle todo “aquello?”

—No, yo no se lo he dicho..... pero sospecha algo. Te ha oído soñar en voz alta toda la noche. Estoy seguro de que ha adivinado parte del secreto. Quizá obré mal al ir á verla. Ni sé por qué lo hice. Soy un hombre bajo, Dunia.

—Sí, pero dispuesto á no retroceder ante la expiación. Irás, ¿verdad?

—Y muy pronto. Para escapar de la deshonra, quise suicidarme; pero en el instante de ir á arrojarme al río, pensé que un hombre fuerte no debe tener

miedo á la vergüenza. ¿Es esto orgullo, Dunia?

—¡Sí, Rodia!

Una especie de resplandor ardió en sus ojos tristes; parecía feliz al pensar que había conservado su orgullo.

—¿No crees, hermana mía, que quizá tuve miedo al agua?—preguntó, con una sonrisa desagradable.

—¡Oh, Rodia! ¡Basta!—respondió la joven, enojada por aquella suposición.

De repente, el joven se levantó.

—La hora se aproxima, y ha llegado el momento de marchar. Voy á denunciarme, aunque no sé por qué lo hago.

Gruesas lágrimas brotaron de los ojos de Dunetchka.

Ambos guardaron silencio por espacio de algunos minutos.

Rascólnikof tenía los ojos bajos; Dunia le miraba con expresión de sufrimiento.

—¿Lloras, hermana mía? ¿No quieres darme la mano?

—¿Lo has podido dudar?

Y le estrechó fuertemente contra su pecho.

—¿Crees que, ofreciéndote á la expiación, no borras la mitad de tu crimen?—exclamó ella al abrazarle.

—¿Mi crimen? ¿Qué crimen?—replicó él, en un súbito acceso de cólera.—¿El de haber matado á un bicho venenoso, repugnante y malo, á una vieja usurera que engañaba á todo el mundo, que chupaba la sangre al pobre? ¡Su muerte debía ser motivo de absolución para cuarenta pecados! ¡No pienso en mi delito,

ni trato de borrarle de ningún modo! ¿Por qué han de gritar de todas partes: "¡crimen! ¡crimen!" Ahora que estoy decidido á afrontar gratuitamente esta deshonra, sólo ahora, lo absurdo de mi cobarde determinación se me representa con toda claridad. ¡Lo hago por bajeza, por impotencia, si no es por interés, como me aconsejaba ese..... Porfirio!

—¡Hermano! ¡hermano! ¿qué dices? ¡Has derramado sangre!—respondió, consternada, Dunia.

—Bien, ¿y qué? Todo el mundo la vierte—prosiguió, con creciente vehemencia.—Siempre corrió sangre abundante sobre la tierra; las personas que la derraman como el champagne, suben al Capitolio y son proclamados bienhechores de la humanidad. Examina mejor las cosas antes de juzgarlas. Yo también quise ser bienhechor de los hombres; centenares, miles de buenas acciones hubiesen borrado esa mi única necesidad; y, cuando digo necesidad, debí decir torpeza, porque la idea no era tan necia como ahora parece; después del fracaso, los planes mejor concebidos parecen absurdos. Por medio del mío sólo intenté crearme una posición independiente, asegurar mis primeros pasos en la vida, procurarme recursos; en seguida hubiera empezado mi obra.... Pero fracasé, y ahora soy un miserable. Si hubiera triunfado, se me tejerían coronas; ahora sólo merezco ser arrojado á los perros.

—¡No, no se trata aquí de eso! ¡Hermano mío!

—Verdad que no procedí según normas estéticas. Pero no comprendo por qué es más glorioso lanzar bombas contra una ciudad sitiada, que asesinar á una usurera á hachazos. La falta de estética es el principal signo de impotencia. Nunca lo comprendí tan bien

como ahora; pero menos que nunca comprendo tampoco cuál es mi crimen. ¡Nunca fui tan fuerte, nunca estuve tan convencido como en este momento de mi vida!

Su rostro pálido, demacrado, se había coloreado súbitamente. Cuando acababa de proferir aquella exclamación, sus ojos tropezaron con los de Dunia, y ésta le miraba con tanta tristeza, que su exaltación disminuyó grandemente. No pudo menos de decirse que, en suma, había sido la desgracia de aquellas dos mujeres.....

—Querida Dunia, perdóname si soy culpable (aun cuando ningún perdón merezco, si realmente lo soy). ¡Y adiós! No discutamos más. ¡Es hora de partir! No me sigas, te lo suplico. Aún tengo que hacer una visita..... Ve al momento al lado de nuestra madre, es el último ruego que te hago, y no la abandones. La dejé muy intranquila, y temo que la venza el dolor y muera ó enloquezca. ¡Vela por ella! Razumikin no os abandonará; le he hablado..... No llores por mí. Aunque asesino, trataré de ser toda mi vida honrado y valeroso. Quizá algún día oigas hablar de mí. No os deshonraré, lo verás; aún probaré..... Ahora, hasta la vista—se apresuró á agregar, notando una extraña expresión en los ojos de Dunia.—¿Por qué lloras? ¡No llores, que no nos separamos para siempre!..... ¡Ah, sí! Espera. Olvidaba.....

De sobre la mesa tomó un librote cubierto de polvo, lo abrió y sacó de él una pequeña acuarela pintada sobre marfil.

Era el retrato de la hija de su patrona, la joven á quien amara.

Durante un instante contempló aquel rostro expresivo y melancólico; luego besó el retrato y lo entregó á Dunia.

—Muchas veces hablé “de esto” con ella, sólo con ella—dijo, pensativo.—Le conté mi proyecto, que tan lamentable fin había de tener. Está tranquila—continuó, dirigiéndose á Dunia.—Se rebeló tanto como tú, y mucho cerebro que hoy esté enterrada.

Luego, volviendo al principal objeto de sus preocupaciones, prosiguió:

—Lo esencial ahora es saber si calculé bien lo que voy á hacer, y si me hallo dispuesto á aceptar todas las consecuencias. Se pretende que esta prueba me es necesaria. ¿Es cierto? ¿Qué fuerza moral habré adquirido cuando salga del presidio, quebrantado por veinte años de sufrimientos? ¿Merecerá mi vida la pena? ¿Y consiento en llevar el peso de existencia semejante! Oh, esta mañana, en el momento de ir á arrojarme al Neva, comprendí bien que soy un vill!

Ambos salieron, por fin. Dunia se había mantenido fuerte en aquella entrevista, gracias al amor que profesaba á su hermano.

Despidiéronse en la calle.

Después de haber andado unos cincuenta pasos, la joven volvió la cabeza para ver por última vez á Rascolnikof.

Este también se volvió cuando llegaba á la esquina de la calle.

Y sus miradas se encontraron; pero notando que la de su hermana estaba fija en la suya, hizo un gesto de

impaciencia, hasta de cólera, para invitarla á continuar su camino.

Y doblando la esquina inmediatamente, desapareció.

VII

A la caída de la tarde llegó á casa de Sonia. Durante todo el día, la joven le había esperado con ansiedad. Por la mañana recibió la visita de Dunia, á quien confirmó todo lo dicho por Svidrigaylof.

De aquella visita, Dunetchka llevóse el consuelo de que su hermano querido no estaba absolutamente solo: Sonia era la primera que había oído su confesión; á ella se dirigió cuando sintiera la necesidad de confiarse á un ser humano; ella le acompañaría allá donde el destino le llevase. Sin haberle preguntado nada sobre esto, Advotia Romanovna estaba segura de que así sucedería; contemplaba á Sonia con una especie de veneración que turbaba á la pobre joven, porque ésta se creía indigna de poner sus ojos en Dunia. Desde su visita á Rascolnikof, la imagen de la encantadora criatura que tan graciosamente la había saludado aquel día, quedó en su alma como una de las visiones más bellas é indelebles de su vida.

En cuanto se separaron comenzó la inquietud de la pobre niña. Temía que Rascolnikof pusiera fin á sus días. Y no le cabía duda de que nuestro héroe había ya muerto, cuando éste se presentó inesperadamente en el umbral de su habitación.

Un grito de alegría se escapó del pecho de la joven.

Durante un instante contempló aquel rostro expresivo y melancólico; luego besó el retrato y lo entregó á Dunia.

—Muchas veces hablé “de esto” con ella, sólo con ella—dijo, pensativo.—Le conté mi proyecto, que tan lamentable fin había de tener. Está tranquila—continuó, dirigiéndose á Dunia.—Se rebeló tanto como tú, y mucho cerebro que hoy esté enterrada.

Luego, volviendo al principal objeto de sus preocupaciones, prosiguió:

—Lo esencial ahora es saber si calculé bien lo que voy á hacer, y si me hallo dispuesto á aceptar todas las consecuencias. Se pretende que esta prueba me es necesaria. ¿Es cierto? ¿Qué fuerza moral habré adquirido cuando salga del presidio, quebrantado por veinte años de sufrimientos? ¿Merecerá mi vida la pena? ¿Y consiento en llevar el peso de existencia semejante! Oh, esta mañana, en el momento de ir á arrojarme al Neva, comprendí bien que soy un vill!

Ambos salieron, por fin. Dunia se había mantenido fuerte en aquella entrevista, gracias al amor que profesaba á su hermano.

Despidiéronse en la calle.

Después de haber andado unos cincuenta pasos, la joven volvió la cabeza para ver por última vez á Rascolnikof.

Este también se volvió cuando llegaba á la esquina de la calle.

Y sus miradas se encontraron; pero notando que la de su hermana estaba fija en la suya, hizo un gesto de

impaciencia, hasta de cólera, para invitarla á continuar su camino.

Y doblando la esquina inmediatamente, desapareció.

VII

A la caída de la tarde llegó á casa de Sonia. Durante todo el día, la joven le había esperado con ansiedad. Por la mañana recibió la visita de Dunia, á quien confirmó todo lo dicho por Svidrigaylof.

De aquella visita, Dunetchka llevóse el consuelo de que su hermano querido no estaba absolutamente solo: Sonia era la primera que había oído su confesión; á ella se dirigió cuando sintiera la necesidad de confiarse á un ser humano; ella le acompañaría allá donde el destino le llevase. Sin haberle preguntado nada sobre esto, Advotia Romanovna estaba segura de que así sucedería; contemplaba á Sonia con una especie de veneración que turbaba á la pobre joven, porque ésta se creía indigna de poner sus ojos en Dunia. Desde su visita á Rascolnikof, la imagen de la encantadora criatura que tan graciosamente la había saludado aquel día, quedó en su alma como una de las visiones más bellas é indelebles de su vida.

En cuanto se separaron comenzó la inquietud de la pobre niña. Temía que Rascolnikof pusiera fin á sus días. Y no le cabía duda de que nuestro héroe había ya muerto, cuando éste se presentó inesperadamente en el umbral de su habitación.

Un grito de alegría se escapó del pecho de la joven.

Pero cuando hubo examinado el rostro del visitante, palideció.

—¡Bien está!—dijo, riendo, Rascólnikof.—Vengo á despedirme de ti, Sonia. Me rogaste que me entregase. Ahora voy á hacerlo. ¿Por qué tienes, pues, miedo?

Sonia le miró, admirada. El tono en que le hablaba le parecía extrañísimo. Un estremecimiento recorrió todo su cuerpo; pero, al cabo de un minuto, comprendió que la tranquilidad del joven era fingida.

Al hablarla, Rascólnikof miraba á otro lado, como si temiese encontrarse con sus ojos.

—¿Ves, Sonia? He juzgado que esto sería preferible. Hay aquí una circunstancia..... Pero esto sería largo de contar, y no tengo tiempo. ¿Sabes lo que me irrita? Me pongo furioso al pensar que, en un instante, todos aquellos brutos clavarán sus miradas en mí, me harán preguntas estúpidas, á las que será preciso responder; me señalarán con el dedo..... No iré á casa de Porfirio, me es insoportable. Prefiero ir al encuentro de mi amigo Pólvara. ¡Lo sorprendido que se quedará! Puedo contar con un gran éxito de admiración. Pero será necesario tener más sangre fría; en estos últimos tiempos me he vuelto muy irritable. ¿Lo creerás? Poco faltó hace poco para que le pegase á mi hermana, sólo porque se volvía hacia mí para verme por última vez. He caído bastante hondo. Y bien, ¿dónde están las cruces?

El joven no parecía en su estado normal. No podía permanecer un minuto en el mismo sitio, ni fijar su pensamiento en ningún objeto; sus ideas se sucedían sin transición; deliraba, en una palabra, y temblaban sus manos ligeramente.

Sonia guardaba silencio. Sacó una caja con dos cruces, una de ciprés, la otra de cobre; luego se persignó, y después de repetir igual fórmula en la persona de Rascólnikof, colgó de su cuello la cruz de ciprés.

—Es un simbólico modo de expresar que cargo con mi cruz. ¡Ja, ja! ¡Como si hasta hoy no hubiese empezado á padecer! La cruz de ciprés es la de los niños; la de cobre perteneció á Isabel. La guardas para ti. Enséñamela. ¿La llevaba..... en aquel momento? Conozco otros dos objetos también devotos: una cruz de plata y una medalla. Las dejé “entonces” sobre el pecho de la vieja. Es lo que ahora debía colgarme al cuello..... Pero estoy hablando desatinos y dejo á un lado el asunto principal. Estoy distraído..... ¿Ves, Sonia? Vine á prevenirte, á fin de que sepas..... Pues bien, esto es todo..... No vine más que á eso..... (¡Hum!..... Creía tener otra cosa que decirte.) Sí, tú misma exigiste de mí este paso; voy á hacerme prender, y tu deseo quedará cumplido. ¿Por qué lloras, pues? ¡Tú también! ¡Basta, basta! ¡Oh, qué doloroso me es todo esto!

Su corazón se angustiaba viendo llorar á Sonia.

—¿Qué soy yo para ella?—se decía.—¿Por qué se interesa por mí como pudieran hacerlo mi madre ó mi hermana?

—Haz la señal de la cruz, reza alguna oración—suplicó la joven, con voz temblorosa.

—Sea, rezaré cuanto quieras. Y de buena voluntad, Sonia, de todo corazón.....

No era aquello cuanto tenía deseos de decir.

Se santiguó muchas veces. Reparó, de pronto, que Sonia se disponía á salir con él.

—¿Qué haces? ¿A dónde vas? ¡Quédate, quédate! ¡Quiero ir solo!—exclamó, con voz irritada.

Y encaminóse hacia la puerta.

—¿Qué necesidad hay de ir allá con escolta?—refunfuño, conforme salía.

Sonia no insistió.

El no se despidió de ella; habíala olvidado. Una sola idea le preocupaba en aquel momento.

—¿Es que esto está resuelto realmente?—se preguntaba, conforme bajaba la escalera.—¿No hay medio de retroceder, de arreglarlo todo, de no ir allí?

Siguió andando, sin embargo. Comprendió súbitamente que ya había pasado la hora de las vacilaciones.

Cuando estuvo en la calle, recordó que no se había despedido de Sonia, que ésta se había detenido en mitad del aposento, que una orden suya la había como clavado en el suelo.

Se hizo entonces otra pregunta, que desde hacía algunos minutos agitábase en su cerebro sin formularse claramente.

—¿Para qué la hice esta visita? Le dije que iba á un asunto. ¿Qué asunto era éste? No tengo absolutamente ninguno. ¿Para decirle que “voy allá?” ¡Muy necesario era esto! ¿Para advertirla que la amo? ¡Y hace poco acabo de rechazarla como si hubiera sido un perro! En cuanto á su cruz, ¿qué necesidad tenía de ella? ¡Oh, cuán hondo caí! ¡No, no necesitaba nada de esto! ¡Lo que necesitaba eran sus lágrimas; lo que deseaba era gozar con el sufrimiento de su corazón! ¡Probablemente buscaría, al propio tiempo, el modo de retardar algunos minutos el instante fatal! ¡Y me atreví á soñar con altos destinos, me creí llamado á

hacer grandes cosas, yo, tan vil, tan miserable, tan infame!

Caminaba á lo largo del pretil, no sabiendo qué hacer. Pero cuando llegó al puente, suspendió un momento su marcha, y, bruscamente, se encaminó hacia el Mercado del Heno.

Sus miradas pasaban ávidas de izquierda á derecha; se esforzaba para examinar cada objeto que encontraba, sin poder fijar su atención en éste ni en aquél.

—Dentro de ocho días, dentro de un mes—pensaba,—volveré á pasar por aquí; un coche celular me llevará no sé á dónde. ¿Desde qué parte contemplaré entonces este canal? ¿Veré esa muestra que dice: “Compañía”? ¿Leeré esto entonces como hoy? ¿Cuáles serán mis sensaciones y mis pensamientos?.... Dios mío, ¡qué mezquinas son estas preocupaciones! Sin duda que esto es curioso.... en su género.... ¡Ja, ja! ¡De qué voy ahora á preocuparme! Hago el niño, ensayo posturas frente á mí mismo. ¿Por qué han de ruborizarme mis pensamientos? ¡Oh, qué baráúnda! Ese hombre grueso, un alemán, según todas las apariencias, que acaba de empujarme, ¿sabe que me ha dado un codazo? Esta mujer que tiene un niño de la mano y pide limosna, acaso me crea más feliz que ella. Esto sería divertido. Debía de darle algo, por lo curioso del hecho. Tengo cinco “kopeks” en el bolsillo. ¡Una casualidad! “Matuchka,” toma.

—¡Dios le conserve!—dijo la mendiga, en tono plañidero.

El Mercado del Heno estaba lleno de gente.

Tal circunstancia desagradó á Rascolnikof; sin em-

bargo, se dirigió precisamente hacia el sitio en que la multitud era más numerosa.

Hubiera comprado la soledad á cualquier precio; pero sentía interiormente que no hubiera podido gozar de ella ni un solo minuto.

Cuando llegaba á la mitad de la plaza, recordó las palabras de Sonia.

Ve á las encrucijadas, saluda al pueblo, besa la tierra que has manchado con tu crimen, y di en voz alta, delante de todo el mundo: "¡Soy un asesino!"

Tal recuerdo le hizo temblar. Las angustias de los días anteriores habían hasta tal punto agostado su alma, que se consideró feliz al encontrarla todavía accesible á una sensación de otra especie, á la cual se abandonó por completo. Inmensa ternura se apoderó de él; sus ojos se llenaron de lágrimas.

Púsose de rodillas en medio de la plaza, se encorvó hasta el suelo y besó con alegría aquella tierra enlodada. Luego se levantó y volvió á arrodillarse.

—¡Uno que se trata bien!—dijo alguien, cerca de él.

La observación fué acogida con carcajadas.

—Es un peregrino que va á Jerusalén, amigos míos; se despide de sus hijos, de su patria; saluda á todo el mundo; da el beso de despedida á San Petersburgo y al suelo de la capital—agregó un burgués algo beodo.

—Es todavía muy joven—dijo otra voz.

—Es un noble—observó alguien.

—En el día de hoy, los nobles ya no se distinguen de los que no lo son.

Viéndose objeto de la atención general, Rascolnikof

perdió la tranquilidad y el uso de la palabra, y la frase "¡Soy un asesino!" que quizá iba á salir de su boca, expiró en sus labios.

Las exclamaciones, las burlas de la multitud no le causaron, por otra parte, gran impresión, y serenamente se encaminó hacia la comisaría.

Por el camino, una sola imagen atrajo sus miradas; había esperado hallarla á su paso; por eso no le admiró verla.

En el momento en que acababa de arrodillarse por segunda vez, no muy lejos, á unos cincuenta pasos, había visto á Sonia.

Esta hizo cuanto pudo para no ser vista, ocultándose tras de uno de los puestos de madera. "¡Luego le acompañaba en la subida á su Calvario!"

Desde aquel instante, Rascolnikof adquirió la convicción de que Sonia era suya y de que le seguiría á todas partes, aun cuando su destino le condujese al fin del mundo.

¡Había llegado al sitio fatal!

Entró en el patio con paso bastante seguro. La oficina de policía estaba situada en el tercer piso.

—Antes de subir allá arriba, todavía tengo tiempo de volverme atrás—pensaba.

Le gustaba repetirse que, hasta que no hubiera confesado, podía cambiar por completo de resolución.

Como en su primera visita, encontró la escalera sucia y mal oliente, por las emanaciones que vomitaban las cocinas abiertas en todos los pisos.

Sus piernas vacilaban mientras subía la escalera. Se detuvo un instante para tomar aliento, para preparar su entrada.

—Mas, ¿para qué?—se preguntó de pronto.—Puesto que es necesario vaciar el vaso, muy poco importa la manera de apurar su contenido. Cuanto más amargo sea, mejor.

Luego se presentó en su imaginación la figura de Ilia Petrovitch, el teniente Pólvara.

—¿A él es á quien voy á hablar? ¿No podía dirigirme á otro, á Nikodim Fomitch, por ejemplo? ¿Si fuese al domicilio personal del comisario de policía y le contara el hecho?..... ¡No, no! Hablaré á Pólvara, y antes concluirá todo.

Estremeciéndose, teniendo apenas conciencia de sí mismo, Rascolnikof abrió la puerta de la oficina.

En la antesala sólo había un ordenanza y un hombre del pueblo.

Pasó á la otra habitación, en donde trabajaban los escribientes. No estaba Zametof ni tampoco Nikodim Fomitch.

—¿No hay nadie?—preguntó el visitante, dirigiéndose á uno de los empleados.

—¿Por quién preguntáis?

—¡A.... a.... ah! Sin oír sus palabras, sin ver su rostro, he adivinado la presencia de un ruso..... como se dice en no sé qué cuento..... ¡Se os saluda!—dijo bruscamente una voz conocida.

Rascolnikof se estremeció. Ante él estaba Pólvara; acababa de salir de otra estancia.

—Lo ha querido el destino—pensó el visitante.

—¿Vos aquí? ¿Cómo es eso?—exclamó Ilia Petrovitch, que parecía de muy buen humor.—Si para asuntos vinisteis, es demasiado pronto. Por casualidad me encuentro..... Mas..... ¿en qué puedo.....?

Confieso que no os..... ¿Cómo, cómo es vuestra gracia? Perdonad.....

—Rascolnikof.

—¡Ah, sí! ¡Rascolnikof! ¿Creeréis que ya lo había olvidado? Os ruego, no me juzguéis tan... Rodion... Ro.... R.... Rodionitch, ¿verdad?

—Rodion Romanovitch.

—¡Sí, sí, sí! ¡Rodion Romanovitch! ¡Rodion Romanovitch! Lo tenía en la punta de la lengua. Os confieso que lamento sinceramente el modo cómo procedimos con vos el otro día..... Más adelante me explicaron todo el asunto; supe que erais un joven escritor, un sabio.... supe que debutabais en la profesión de las letras..... ¡Santo Dios! ¿Cuál es el literato, cuál es el sabio que, en sus comienzos, no hizo más ó menos vida bohemia? A mí me gusta mucho la literatura..... Salvo el lustre del nacimiento, lo demás puede adquirirse por medio del talento, del saber, de la inteligencia, del genio. Un sombrero, por ejemplo..... ¿Qué es un sombrero? Un sombrero se compra; pero lo que está bajo el sombrero, lo que oculta, no se puede comprar. Pero, hablando de estas cosas, no os pregunto el objeto de vuestra visita..... Me han dicho que vuestra familia se halla actualmente en San Petersburgo.....

—Sí, aquí están mi madre y mi hermana.

—He tenido el honor y el placer de encontrar á la última; es una persona tan encantadora como distinguida. De veras deploro el altercado que en otra ocasión tuvimos. Respecto á las conjeturas basadas en vuestro desvanecimiento, luego se reconoció su falsedad. Comprendo la indignación que sentiríais. Ahora

que vuestra familia vive en San Petersburgo, ¿habéis cambiado de domicilio?

—No, no, hasta la fecha. Vine á preguntar..... Creí que estaría aquí Zametof.

—¡Ah, es cierto! He oído decir que tenéis amistad con él. Pues bien, Zametof no está aquí ya. Nos abandonó ayer; hubo, antes de que partiera, palabras gruesas entre él y nosotros..... Es un galopín sin enjundia, y nada más; prometía algo; pero tuvo la desgracia de alternar con nuestra juventud, y se le metió en la cabeza el dárseles de sabio. Zametof nada tiene de común con vos, ni con el señor Razumikin ni con otros jóvenes por el estilo. Vosotros abrazasteis la carrera de la ciencia, y los reveses nada significan para vosotros. Para vos, por ejemplo, nada son las alegrías de la vida; lleváis una existencia austera, ascética, monástica, de hombre de estudio. Un libro, una pluma, una investigación que hacer. ¡He ahí vuestra dicha! Yo, hasta cierto punto..... ¿Conocéis la correspondencia de Livingstone?

—No.

—Yo sí la he leído. Ahora, hablando de otra cosa, el número de nihilistas parece que ha aumentado, lo cual no es de extrañar en una época como la presente. Hablando "inter nos," ¿sois nihilista? Responded francamente.

—No, no.....

—Sed franco, habladme como si hablaseis con vos mismo, no tengáis miedo. Una cosa es el servicio y otra cosa..... ¿Creíais que iba á decir la "amistad?" Pues os engañasteis. No la amistad, sino el sentimiento del hombre y del ciudadano, el sentimiento humanitario y

de amor á Dios. Yo puedo ser un personaje oficial, un funcionario; mas por esto no debo dejar de ser un hombre; un ciudadano. Hablabais de Zametof..... Pues bien, Zametof es un muchacho que copia el "chic" francés, que escandaliza en los malos lugares cuando ha bebido una copa. ¡Ahí tenéis lo que es vuestro Zametof! Quizá yo haya sido con él algo violento; pero, si mi indignación me llevó demasiado lejos, esto obedecía á un sentimiento elevado: el celo por los intereses del servicio. Además, ¡poseo un rango, una situación, una importancia social! Cumpla mi deber de hombre y de ciudadano, mientras él, ¿qué es? Permitted que os lo pregunte. Hablo con vos como con un hombre educado. ¿Sabéis que las mujeres sabias se han multiplicado de una manera prodigiosa?

Rascólnikof miró al teniente con aire embobado. Las palabras de Ilia Petrovitch sonaban en sus oídos como frases sin sentido. Sin embargo, bien ó mal, comprendía algo de ellas. En aquel momento preguntaba con la vista á su interlocutor, sin saber cómo todo acabaría.

—Hablo de las jóvenes que llevan el pelo cortado á lo Tito—continuó el inagotable Ilia Petrovitch.—Las llamo sabias, aunque el de marisabidillas sería nombre más apropiado. ¡Ja, ja! Estudian medicina, estudian anatomía. Decid, si yo estuviera enfermo, ¿me haría visitar por una señorita?

Ilia Petrovitch se echó á reír, encantado de sí mismo. ®

—Admito la sed de instrucción; pero, ¿no pueden instruirse sin entregarse á tales excesos? ¿A qué ser insolentes? ¿A qué insultar á nobles personalidades,

como hace Zametof? Porque, ¿qué razón tuvo éste para insultarme?..... Otra epidemia que progresa terriblemente, es el suicidio. Se come uno todo lo que tiene, y en seguida se mata. ¡Jovencitas, muchachos, ancianos!..... ¡Todos se suicidan! Nó ha mucho, hemos recibido la noticia de que un caballero recientemente llegado á esta capital, ha puesto fin á su vida. ¡Nil Parlitch, eh, Nil Parlitch! ¿Cómo se llamaba el "gentleman" que esta mañana se levantó la tapa de los sesos en la Peterburgskaia?

—Svidrigaylof—respondió, con voz bronca, uno de los que estaban en la vecina habitación.

Rascolnikof se estremeció.

—¡Svidrigaylof! ¿Svidrigaylof se ha pegado un tiro?—exclamó.

—¿Qué! ¿Conocéis á Svidrigaylof?

—Sí..... le conocía..... No hacía mucho tiempo que había llegado á San Petersburgo.

—En efecto, llegó hace poco; había perdido á su esposa, era un perdido. Se ha suicidado en condiciones particularmente escandalosas. Sobre su cadáver se ha encontrado un cuaderno, en el que había escrito algunas palabras: "Muero en posesión de mis facultades intelectuales. No se culpe á nadie de mi muerte." Se dice que no era pobre. ¿Cómo es que vos le conocíais?

—Yo..... mi hermana había sido institutriz en su casa.

—¡Bah! ¡bah!..... En tal caso, vos podéis dar informes respecto á él. ¿No teníais ninguna sospecha de su intento?

—Le vi ayer..... estaba bebiendo vino..... Nada sospeché.

Rascolnikof sentía como el peso de una montaña sobre su pecho.

—Me parece que os ponéis pálido..... ¡Es tan asfixiante la atmósfera de esta habitación!.....

—Sí; tengo que marcharme—balbuceó el visitante. —Perdonad si os he molestado.....

—¡Vaya!..... Siempre á vuestra disposición. Me habéis proporcionado un buen rato, y celebro mucho.....

Al pronunciar estas palabras, Ilia Petrovitch tendió su mano al joven.

—Sólo deseo..... Tenía que ver á Zametof.....

—Comprendo, comprendo..... Celebro que hayáis venido.....

—Yo..... también me alegro de haberos hablado..... Hasta la vista—dijo Rascolnikof, sonriendo.

Salió, andando á trompicones. La cabeza le daba vueltas. Apenas podía tenerse, y, al bajar la escalera, se vió precisado á apoyarse en la pared para no caerse. Le pareció que un ordenanza que subía á la oficina le dió con el codo al pasar; que un perro aullaba en el primer piso, y que una mujer gritaba para hacer callar al animal.

Entró en el patio. De pie, no lejos de la puerta, Sonia, pálida como una muerta, le contemplaba con aire extraño.

Se detuvo frente á ella. La joven juntó las manos; su fisonomía expresaba la más horrible desesperación.

Al verla, Rascolnikof sonrió; ¡pero con qué sinestra sonrisa!

Instantes después entraba nuevamente en la oficina.

Ilia Petrovitch se disponía á revisar unos papeles. Ante él estaba el alguacil que, al subir, había tropezado con Rascolnikof.

—A.... a.... ah! ¡Otra vez aquí! ¿Olvidasteis algo? Pero, ¿qué os pasa?

Con los labios pálidos y la mirada fija, Rascolnikof avanzó lentamente hacia Ilia Petrovitch.

Apoyándose con la mano en la mesa ante la que el teniente estaba sentado, quiso hablar; pero no pudo articular más que sonidos ininteligibles.

—Estáis enfermo. ¡Una silla! Sentaos. ¡Agua!

Rascolnikof se dejó caer sobre el asiento que se le ofrecía; pero sus ojos no se apartaban de Ilia Petrovitch, cuyo rostro expresaba una desagradable sorpresa.

Durante un minuto, ambos se miraron en silencio.

Alguien apareció con un vaso de agua.

—Yo fui.....—comenzó Rascolnikof.

—Bebed.

El joven rechazó con un ademán el vaso que le presentaban, y en voz baja, pero clara, hizo, interrumpiéndose muchas veces, la siguiente declaración:

“Yo asesiné á hachazos, para robarla, á la vieja prestamista y á su hermana Isabel.”

Ilia Petrovitch llamó, y la habitación se llenó de gente.

Rascolnikof repitió su confesión.

.....

EPILOGO

I

Siberia. A orillas de un ancho y desierto río se eleva una ciudad, uno de los centros administrativos de Rusia; en la ciudad hay una fortaleza, en la fortaleza una prisión. En la prisión está, desde hace nueve meses, Rodion Romanovitch Rascolnikof, condenado á trabajos forzados (segunda categoría). Cerca de dieciocho meses han transcurrido desde el día en que cometió el crimen.

El proceso no encontró muchas dificultades. El culpable ratificó sus confesiones con tanta resolución como precisión y claridad, sin embrollar las circunstancias, sin atenuar el horror del hecho, sin velar los detalles, sin olvidar los más pequeños pormenores. Hizo un completo relato del crimen; aclaró el misterio de la “prenda” encontrada en las manos de la vieja; refirió cómo había tomado las llaves del bolsillo de la usu-

Al verla, Rascolnikof sonrió; ¡pero con qué sinestra sonrisa!

Instantes después entraba nuevamente en la oficina.

Ilia Petrovitch se disponía á revisar unos papeles. Ante él estaba el alguacil que, al subir, había tropezado con Rascolnikof.

—A.... a.... ah! ¡Otra vez aquí! ¿Olvidasteis algo? Pero, ¿qué os pasa?

Con los labios pálidos y la mirada fija, Rascolnikof avanzó lentamente hacia Ilia Petrovitch.

Apoyándose con la mano en la mesa ante la que el teniente estaba sentado, quiso hablar; pero no pudo articular más que sonidos ininteligibles.

—Estáis enfermo. ¡Una silla! Sentaos. ¡Agua!

Rascolnikof se dejó caer sobre el asiento que se le ofrecía; pero sus ojos no se apartaban de Ilia Petrovitch, cuyo rostro expresaba una desagradable sorpresa.

Durante un minuto, ambos se miraron en silencio.

Alguien apareció con un vaso de agua.

—Yo fui.....—comenzó Rascolnikof.

—Bebed.

El joven rechazó con un ademán el vaso que le presentaban, y en voz baja, pero clara, hizo, interrumpiéndose muchas veces, la siguiente declaración:

“Yo asesiné á hachazos, para robarla, á la vieja prestamista y á su hermana Isabel.”

Ilia Petrovitch llamó, y la habitación se llenó de gente.

Rascolnikof repitió su confesión.

.....

EPILOGO

I

Siberia. A orillas de un ancho y desierto río se eleva una ciudad, uno de los centros administrativos de Rusia; en la ciudad hay una fortaleza, en la fortaleza una prisión. En la prisión está, desde hace nueve meses, Rodion Romanovitch Rascolnikof, condenado á trabajos forzados (segunda categoría). Cerca de dieciocho meses han transcurrido desde el día en que cometió el crimen.

El proceso no encontró muchas dificultades. El culpable ratificó sus confesiones con tanta resolución como precisión y claridad, sin embrollar las circunstancias, sin atenuar el horror del hecho, sin velar los detalles, sin olvidar los más pequeños pormenores. Hizo un completo relato del crimen; aclaró el misterio de la “prenda” encontrada en las manos de la vieja; refirió cómo había tomado las llaves del bolsillo de la usu-

rera; describió estas llaves; describió también el cofre é indicó su contenido; explicó el asesinato de Isabel, hasta entonces punto obscuro para todos; refirió cómo Koch había ido á llamar á la puerta, etc., etc. Por último, en cuanto á los objetos robados, declaró el lugar donde se hallaban. En resumen, todo se aclaró. Lo que, entre otras cosas, admiraba más á los jueces, fué que el asesino, en lugar de aprovecharse de los despojos de su víctima, los enterrara bajo una piedra. Y más inverosímil aún parecía que no hubiese abierto la bolsa, que ignorara su contenido. (Guardaba trescientos diecisiete rublos en papel y tres monedas de veinte "kopeks.") Se quiso saber el motivo por el cual el acusado mentía acerca de este punto, después de haber sido sincero en todos los demás. Algunos (los psicólogos) admitieron, por fin, que, en efecto, no hubiese abierto la bolsa, y que se desembarazara de ella sin ver su contenido; pero en seguida dedujeron la conclusión de que el crimen había sido cometido bajo la influencia de una locura momentánea.

—Es culpable—dijeron;—cedió á los impulsos de la monomanía morbosa del asesinato y del robo, sin objeto ulterior, sin cálculo interesado.

Era la época en que progresaba la teoría moderna de la alienación temporal, teoría á cuyo beneficio se trata hoy de explicar los actos de ciertos criminales.

Por otra parte, la existencia de la afección hipocondríaca que sufría Rascolnikof, fué comprobada por varios testigos: el doctor Zosimof, los antiguos compañeros del acusado, la patrona, los criados.

Todo esto hizo pensar que Rascolnikof no era un asesino vulgar.

Con gran despecho de los partidarios de esta opinión, el culpable no trató de defenderse. Interrogado respecto á los motivos que le indujeron á cometer el crimen, declaró, con brutal franqueza, que á ello le había llevado la miseria; con la suma que esperaba encontrar en casa de la vieja; pensaba asegurar sus primeros pasos en la vida; su carácter ligero y envilecido, agriado por las privaciones y los reveses, había hecho de él un asesino.

Cuando se le preguntó por qué había ido á delatarse, respondió que había representado la comedia del arrepentimiento.

Aquello era casi cómico.

No obstante todo esto, la sentencia fué menos severa de lo que hubiera podido presumirse, teniendo en cuenta la magnitud del crimen cometido; quizá fué benigna para el acusado, que, en vez de defenderse, él mismo se condenó cuanto pudo.

Todas las extrañas particularidades de la causa fueron tomadas en consideración. El estado de enfermedad en que el culpable se hallaba al cometer el asesinato, no daba lugar á la menor duda. Para explicar cómo no había hecho uso de los objetos robados, se supuso, ó que el remordimiento se lo había impedido, ó que el uso de sus facultades intelectuales no era pleno cuando consumó el crimen. El asesinato, de ningún modo premeditado, de Isabel, fué un argumento á favor de esta última conjetura: ¡un hombre comete dos asesinatos, y olvida que la puerta se halla abierta!

Por último, él mismo se había denunciado, y esto en el momento en que las revelaciones de Nikolka extra-
viaban á los encargados del proceso, poniéndoles á cien

leguas de sospechar el verdadero culpable. (Porfirio Petrovitch cumplió religiosamente su palabra.) Tales circunstancias contribuyeron á atemperar la severidad del veredicto.

Por otra parte, en los debates salieron á relucir muchas acciones que honraban al acusado.

Documentos proporcionados por Razumikin probaron que seis meses antes, en la Universidad, Rascolnikof había partido sus escasos recursos con un compañero pobre y enfermo; éste murió, dejando en la miseria á su anciano padre, á quien mantenía desde la edad de trece años. Rascolnikof había hecho entrar al anciano en un establecimiento caritativo, y, más adelante, costeó su entierro.

El testimonio de la viuda Zarnitzin fué también favorable al reo.

Dijo que, en la época en que habitaba con su huésped en las Cinco Esquinas, habiéndose declarado un incendio en una casa, Rascolnikof, con grave peligro de su vida, había sacado de entre las llamas á dos criaturas, hiriéndose al realizar aquel acto de valor.

Se abrió una información respecto á este hecho, y numerosos testigos comprobaron su exactitud.

En resumen, el tribunal, teniendo en cuenta la sinceridad del culpable, así como sus buenos antecedentes, le condenó tan sólo á ocho años de trabajos forzados (segunda categoría).

Cuando se abrieron los debates, la madre de Rascolnikof cayó enferma.

Dunia y Razumikin hallaron medio de alejarla de San Petersburgo mientras duró la vista de la causa contra su hijo; Razumikin eligió una pequeña villa,

próxima al tren, situada no lejos de la capital, á fin de seguir la marcha del proceso y poder ver á menudo á Advotia Romanovna.

La enfermedad de Pulqueria Alejandrovna era una afección nerviosa bastante extraña, con desarreglo, al menos parcial, de las facultades mentales.

De regreso en su casa, después de la última entrevista con su hermano, Dunia encontró á su madre muy desolada, presa de la fiebre y del delirio. Aquella misma noche convino con Razumikin las respuestas que habían de darla cuando la anciana preguntara por Rodion. Inventaron toda una historia, según la cual Rascolnikof había sido enviado muy lejos, á un extremo de Rusia, con una misión que le produciría mucha honra y dinero.

Así continuaron hasta que Dunia comprendió que las mentiras eran contraproducentes y preferible guardar silencio respecto á ciertos puntos. Creía evidente que Pulqueria Alejandrovna sospechaba algo horrible. Dunia sabía—su hermano se lo había dicho—que su madre la había oído hablar en sueños, la noche que siguiera á su entrevista con Svidrigaylof. Las palabras que á la joven se le escaparon, ¿no podían haber sido una clara luz en el cerebro de la anciana?

La sentencia fué dictada cinco meses después de la confesión hecha por el asesino á Ilia Petrovitch.

En cuanto fué posible, Razumikin se apresuró á ver al condenado en su prisión. Sonia también le hizo varias visitas.

Por fin llegó el momento de separarse. Dunia juró á su hermano que aquella separación no sería eterna. Razumikin habló en igual sentido. El vehemente joven

tenía un proyecto: por espacio de tres ó cuatro años, juntarían algún dinero, y en seguida se trasladarían todos á Siberia, país en que tanta riqueza sólo espera, para ser puesta en circulación, el auxilio del capital y el esfuerzo de los brazos; fijarían su residencia donde estuviese Rodia, y..... para todos empezaría una vida nueva.

Desde hacía algunos días, Rascolnikof se mostraba inquietísimo, preguntando sin cesar por su madre y preocupándose mucho de ella.

La excesiva inquietud de su hermano inspiraba temores á Dunia.

Cuando él se informó exactamente del estado de su madre, su estado de ánimo tornóse sombrío.

Con Sonia siempre estaba taciturno.

Provista del dinero que le diera Svidrigaylof, hacía mucho tiempo que la joven había decidido acompañar al convoy de presos de que Rascolnikof formara parte. Nunca se dijeron una palabra respecto á este propósito; pero ambos sabían que sería así.

En el momento de despedirse por última vez, el condenado sufrió extrañamente al oír que su hermana y Razumikin le hablaban en términos calurosos del porvenir que para ellos se abriría en cuanto saliera del presidio. Preveía que la enfermedad no tardaría en llevarse á su madre.

Por fin tuvo lugar la partida de Sonia y Rascolnikof.

Dos meses después, Dunetchka se casó con Razumikin.

Fué aquella una boda tranquila y triste. Asistieron

á ella, en calidad de invitados, Porfirio Petrovitch y Zosimof.

Desde hacía algún tiempo, todo denotaba en Razumikin al hombre que ha tomado una enérgica resolución. Dunia creía ciegamente que pondría en ejecución todos sus proyectos; y no podía dejar de creerlo, porque veía en él la más firme voluntad.

En efecto, Razumikin empezó por volver á la Universidad, á fin de concluir sus estudios. El matrimonio no cesaba de formar planes para el porvenir: uno y otra tenían la intención de emigrar á Siberia dentro de cinco años. Mientras tanto, allí tenían á Sonia para reemplazarles.....

Pulqueria Alejandrovna fué feliz al dar la mano de su hija al amigo de Rodion; pero después de aquel matrimonio, su tristeza y su preocupación fueron en aumento.

Para procurarle un rato agradable, Razumikin le notificó la hermosa conducta de su hijo para con el estudiante pobre y su anciano padre, y también la refirió cómo, el año anterior, Rodia había expuesto su vida por salvar la vida á dos niños, con peligro de perecer, en un incendio.

Estos relatos exaltaron en el más alto grado la mente, ya turbada, de la anciana. No volvió á hablar de otra cosa, y á todo el mundo contó aquellas proezas de su hijo. Hasta trató de ver á la madre de los niños salvados por Rascolnikof.

Su agitación llegó á los últimos límites. Tan pronto rompía á llorar de improviso, como sufría accesos de fiebre, durante los cuales deliraba.

Una mañana declaró formalmente que, según sus

cálculos, Rodia debía volver pronto, porque cuando se despidió de ella, le había anunciado su vuelta para dentro de nueve meses, á todo tardar. Y comenzó á prepararlo todo, como si realmente esperase á su hijo; le destinaba su propio aposento, que se puso á arreglar y á limpiarlo, fregándole el suelo, cambiándole las cortinas, etc., etc.

Dunia, la pobre, estaba apenadísima; pero nada decía, y hasta ayudaba á su madre en aquellos preparativos.

Después de un día de locas visiones, de sueños alegres y de lágrimas, se apoderó de Pulqueria Alejandrovna una intensa calentura que la mató en un par de semanas.

Muchas palabras pronunciadas por la enferma en su delirio, hicieron comprender que había adivinado el horrible secreto que se le había querido ocultar.

Rascolnikof ignoró por mucho tiempo la muerte de su madre, aun cuando desde su llegada á Siberia recibiera regularmente noticias de ella por medio de Sonia. Todos los meses, la joven enviaba una carta á Razumikin, y todos los meses también se la escribía de San Petersburgo.

Las cartas de Sonia no tardaron en parecer algo lacónicas é inexpressivas al joven matrimonio; pero, más adelante, comprendieron que era imposible escribirlas más á su gusto, teniendo en cuenta que en todas ellas les enviaba las noticias más completas y precisas respecto al estado del preso.

Sonia describía de un modo claro y sencillo la vida de Rascolnikof en la prisión. No hablaba de sus propias esperanzas, ni de sus conjeturas para el porve-

nir, ni de sus sentimientos personales. En vez de querer explicar el estado moral, la vida interior del condenado, se limitaba á hablar de sus hechos, á trasladar sus mismas palabras; daba noticias de su salud, transmitía algunos deseos por él manifestados, preguntas que hacía, encargos que le daba en sus entrevistas, etc., etc.

Pero todos aquellos datos, por circunstanciados que fuesen, no eran, sobre todo al principio, lo suficientemente consoladores.

Dunia y su esposo sabían, por las cartas de Sonia, que Rascolnikof estaba siempre triste y taciturno; que cuando la joven le daba noticias de San Petersburgo, apenas prestaba atención; que en ocasiones preguntaba por su madre, y cuando Sonia, viendo que adivinaba la verdad, le anunció la muerte de su madre, notó, con gran sorpresa, que oyó la triste noticia poco menos que impasible.

“Aun cuando parezca completamente absorto en sí mismo y como extraño á cuanto le rodea—escribía Sonia,—conoce su nueva vida, comprende su situación, no espera nada mejor para el porvenir, no tiene ningún deseo frívolo, no experimenta casi ninguna sorpresa en este medio, tan distinto del anterior.... Su salud es satisfactoria. Va al trabajo sin repugnancia y sin deseo. Es casi indiferente á la comida; pero, salvo los domingos y los días de fiesta, esta comida es tan mala, que por fin ha consentido en aceptar de mí dinero para procurarse té á diario. Por lo demás, me ruega que no me inquiete, porque, según asegura, le desagrada que se ocupen de él.”

“En la prisión—decía en otra carta—vive en común

con los otros reos. No he visitado el interior de la fortaleza, pero me inclino á creer que está muy mal, muy oprimido y en condiciones insalubres. Si rehusa cuanto podía hacer su existencia material menos dura y no tan miserable, no es, de modo ninguno, por prejuicio y en virtud de idea alguna preconcebida, sino sencillamente por apatía, por indiferencia.”

Sonia confesaba que, al principio, sus visitas, lejos de procurar placer á Rascolnikof, causábanle una especie de contrariedad; no salía de su mutismo sino para decir insolencias á la joven. Más tarde, aquellas visitas se hicieron para él una costumbre, casi una necesidad; en cierta ocasión estuvo muy triste, porque una ligera enfermedad obligó á Sonia á suspender las entrevistas por algunos días.

Los de fiesta se veían, bien á la puerta de la prisión ó bien en el cuerpo de guardia, á donde acudía por algunos momentos el preso, cuando ella le hacía llamar. Los días ordinarios le veía en el trabajo: en los talleres, en los hornos de ladrillo, en las chozas establecidas á orillas del Irtych.

En lo que la concernía, Sonia decía que había sabido crearse relaciones en su nueva residencia, que era costurera, y que, como la ciudad sólo poseía una modista, se había creado una buena parroquia. Lo que no decía era que había recabado para Rascolnikof las atenciones de la autoridad, y que, gracias á ella, se le dispensaba de los trabajos más penosos.

Por último, Razumikin y Dunia recibieron aviso de que Rascolnikof se alejaba de todo el mundo, de que sus compañeros de cautiverio no le tenían cariño, de

que guardaba silencio por espacio de días enteros, de que palidecía.....

Ya Dunia había notado cierta intranquilidad en las cartas de Sonia.

Un día, ésta escribió que el condenado había caído gravemente enfermo y estaba en la enfermería de la prisión.

II

Sentíase mal hacía ya mucho tiempo; pero lo que debilitó sus fuerzas no fué ni el cautiverio con todos sus horrores, ni el trabajo, ni la mala alimentación, ni la vergüenza de verse con la cabeza rapada y de ir vestido de harapos. ¿Qué le importaban aquellas tribulaciones y miserias? Lejos de ello, le era grata su obligación de trabajar; la fatiga física le procuraba algunas horas de sueño tranquilo. ¿Y qué significaba para él la mala comida? En otro tiempo, cuando estudiaba, ¡cuántas veces se hubiera considerado feliz con aquella alimentación! En cuanto á la ropa, era apropiada al trabajo y á la vida que llevaba; y respecto á los grillos, ni aun sentía su peso. Quedaba la humillación de ir trasquilado al rape y de llevar el uniforme del presidiario.

Pero, ¿ante quién se iba á avergonzar? ¿Ante Sonia? Ella le respetaba. ¿Cómo iba á ruborizarse ante ella?

Sin embargo, hasta ante Sonia sentía vergüenza; por eso se mostraba desviado y grosero en sus relacio-

con los otros reos. No he visitado el interior de la fortaleza, pero me inclino á creer que está muy mal, muy oprimido y en condiciones insalubres. Si rehusa cuanto podía hacer su existencia material menos dura y no tan miserable, no es, de modo ninguno, por prejuicio y en virtud de idea alguna preconcebida, sino sencillamente por apatía, por indiferencia.”

Sonia confesaba que, al principio, sus visitas, lejos de procurar placer á Rascolnikof, causábanle una especie de contrariedad; no salía de su mutismo sino para decir insolencias á la joven. Más tarde, aquellas visitas se hicieron para él una costumbre, casi una necesidad; en cierta ocasión estuvo muy triste, porque una ligera enfermedad obligó á Sonia á suspender las entrevistas por algunos días.

Los de fiesta se veían, bien á la puerta de la prisión ó bien en el cuerpo de guardia, á donde acudía por algunos momentos el preso, cuando ella le hacía llamar. Los días ordinarios le veía en el trabajo: en los talleres, en los hornos de ladrillo, en las chozas establecidas á orillas del Irtych.

En lo que la concernía, Sonia decía que había sabido crearse relaciones en su nueva residencia, que era costurera, y que, como la ciudad sólo poseía una modista, se había creado una buena parroquia. Lo que no decía era que había recabado para Rascolnikof las atenciones de la autoridad, y que, gracias á ella, se le dispensaba de los trabajos más penosos.

Por último, Razumikin y Dunia recibieron aviso de que Rascolnikof se alejaba de todo el mundo, de que sus compañeros de cautiverio no le tenían cariño, de

que guardaba silencio por espacio de días enteros, de que palidecía.....

Ya Dunia había notado cierta intranquilidad en las cartas de Sonia.

Un día, ésta escribió que el condenado había caído gravemente enfermo y estaba en la enfermería de la prisión.

II

Sentíase mal hacía ya mucho tiempo; pero lo que debilitó sus fuerzas no fué ni el cautiverio con todos sus horrores, ni el trabajo, ni la mala alimentación, ni la vergüenza de verse con la cabeza rapada y de ir vestido de harapos. ¿Qué le importaban aquellas tribulaciones y miserias? Lejos de ello, le era grata su obligación de trabajar; la fatiga física le procuraba algunas horas de sueño tranquilo. ¿Y qué significaba para él la mala comida? En otro tiempo, cuando estudiaba, ¡cuántas veces se hubiera considerado feliz con aquella alimentación! En cuanto á la ropa, era apropiada al trabajo y á la vida que llevaba; y respecto á los grillos, ni aun sentía su peso. Quedaba la humillación de ir trasquilado al rape y de llevar el uniforme del presidiario.

Pero, ¿ante quién se iba á avergonzar? ¿Ante Sonia? Ella le respetaba. ¿Cómo iba á ruborizarse ante ella?

Sin embargo, hasta ante Sonia sentía vergüenza; por eso se mostraba desviado y grosero en sus relacio-

nes con la joven. Pero aquel sonrojo no provenía ni de su cabeza rapada ni de sus grillos, sino de su orgullo, herido cruelmente. Rascolnikof estaba enfermo de aquella herida. ¡Oh, cuán feliz hubiera sido pudiendo acusarse á sí propio! Todo lo habría entonces soportado, ¡hasta la vergüenza y la deshonra! Pero, aun cuando examinaba severamente, su conciencia endurecida no hallaba en su pasado ninguna falta espantosa; sólo se reprochaba el haber “fracasado,” cosa que podía ocurrirle á todo el mundo. Lo que le humillaba era verse perdido neciamente, y sin remedio, por una sentencia del ciego destino, y obligado á someterse, á resignarse á lo “absurdo” de aquella sentencia, si quería encontrar alguna tranquilidad.

Una inquietud sin motivo y sin objeto al presente, un sacrificio continuo y estéril para el porvenir. He aquí lo que le quedaba sobre la tierra. Vano consuelo para él era pensar que después de ocho años tendría treinta y dos, y que á tal edad aún podía volver á comenzar su vida. ¿Para qué vivir? ¡El, que en todo tiempo hubiera dado la vida por una idea, por una esperanza, hasta por un capricho! Siempre había hecho poco caso de la existencia pura y sencilla; siempre quiso más. Acaso la fuerza de sus deseos le hubiese hecho creer, en otros tiempos, que era de aquellos hombres á quienes les está permitido más que á los otros.

Entonces, si el cielo le hubiera movido al arrepentimiento, al arrepentimiento que seca el corazón, que espanta el sueño; al arrepentimiento cuyas torturas inducen al hombre á matarse para huir de él, ¡ah! entonces lo hubiese acogido con alegría. Sufrir y llorar es vivir. Pero él no se arrepentía de su crimen.

¡Si al menos hubiera podido recriminarse su necesidad, como se había en otro tiempo reprochado las acciones torpes y odiosas que le llevaran al presidio! Pero ahora, que en el “ocio” del cautiverio reflexionaba nuevamente sobre toda su pasada conducta, no la encontraba tan odiosa ni tan torpe como le pareciera en aquellos tiempos.

—¿Por qué—pensaba—mi idea era más necia que las otras ideas y teorías que en el mundo combaten desde que el mundo existe? Basta mirar la cuestión desde un punto de vista amplio, independiente, exento de los prejuicios del día, para que mi idea no parezca tan.... extraña. ¡Oh espíritus mal llamados libres, filósofos de á real y medio, ¿por qué os detenéis á la mitad del camino?

—¿Y por qué mi conducta os parece tan fea?—se decía.—¿Por qué es un crimen? ¿Qué significa la palabra crimen? Mi conciencia se halla tranquila. Sin duda que cometí un acto ilícito, que infringí la ley, que vertí sangre.... Pues bien, ¡tomad mi cabeza, y todo habrá concluido! Ciertamente que, en tal caso, muchos de los bienhechores de la humanidad, de aquellos que no ocupan el poder gracias á una herencia, sino que se apoderan de él á viva fuerza, debieran ir al cadalso. Pero tales gentes llegaron al fin, que es lo que les justifica, mientras que yo no supe alcanzarlo, razón por la cual no tuve derecho á principiar.

No se me acusaba más que de una culpa: la de haber sido débil, la de haber ido á delatarme.

Otro pensamiento le mortificaba.

¿Por qué no se había suicidado? ¿Por qué, antes que esto, había preferido denunciarse? ¿Era tan difi-

cil de vencer el sentimiento de amor á la vida? ¡Sin embargo, Svídrigaylof había triunfado!

Se hacía dolorosamente la pregunta, y no podía comprender que cuando, frente al Neva, pensaba en el suicidio, quizá descubriera, presintiera en sí y en sus convicciones un error profundo. No comprendía que aquel presentimiento podía contener en germen una nueva concepción de la vida, que podía ser el preludio de una revolución en su existencia, la señal de su resurrección.

Admitía más bien que había entonces cedido, por vileza y falta de carácter, á la fuerza brutal del instinto.

El espectáculo que ofrecían sus compañeros de prisión, le admiraba; ¡cómo amaban la vida! ¡cómo la apreciaban! Hasta le pareció que aquel sentimiento era más vivo en el prisionero que en el hombre libre. ¡Qué atroces sufrimientos no soportaban algunos de aquellos desgraciados, los vagabundos, por ejemplo! ¿Era posible que un rayo de sol, un bosque sombrío, una fuente fresca, tuviesen para ellos tal valor? Cuanto más les observaba, más inexplicables hechos descubría.

En la prisión, en el medio que le rodeaba, muchas cosas pasaban inadvertidas para él; por otra parte, no quería fijar en nada su atención. Vivía, por decirlo así, con la vista baja, encontrando insoportable el mirar en derredor. Pero no dejaron de sorprenderle muchas circunstancias, y á pesar suyo, en algún modo, comenzó á notar lo que antes no había sospechado. En general, lo que más le admiraba era el horrible abismo que existía entre él y aquellas gentes. Hublérase di-

cho que pertenecían, ellos y él, á naciones distintas. Se miraban con desconfianza y hostilidad. El sabía y comprendía las causas de aquel fenómeno; pero, hasta entonces, nunca las había supuesto tan vivas, tan profundas. Independientes de los reos por delitos comunes, en la fortaleza había polacos enviados á Siberia por causas políticas. Estos consideraban á los otros como brutos, y para ellos sólo tenían desdén; pero Rascolnikof no podía participar de este modo de ver: notaba muy bien que, bajo muchos aspectos, aquellos brutos eran más inteligentes que los mismos polacos. Había también algunos rusos, un antiguo oficial y dos seminaristas, que despreciaban á sus compañeros. Rascolnikof notaba igualmente su error.

En cuanto á él, no se le quería, le huían todos. Hasta acabaron por odiarle. ¿Por qué? Lo ignoraba. Malhechores mil veces más culpables que él, le despreciaban, se le burlaban; su crimen era objeto de sarcasmos.

—Tú eres un señorito—le decían.—¿Cómo pudiste asesinar á hachazos? Esas no son cosas de gente fina.

En la segunda semana de cuaresma hubo de asistir, con sus compañeros, á los ejercicios religiosos. Fué á la iglesia y rezó como los demás.

Un día, sin que él mismo supiera por qué, poco faltó para que sus compañeros le diesen que sentir. Se vió bruscamente asaltado.

—¡Eres un ateo! ¡No crees en Dios!—gritaban aquellos forajidos.—¡Hay que matarte!

Nunca les había hablado ni de Dios ni de religión, y sin embargo, querían matarle por ateo.

No respondió. Uno de los presos, en el colmo de la desesperación, arrojóse sobre él.

Rascolnikof, tranquilo y silencioso, le esperaba sin moverse, sin que ninguna línea de su rostro se alterara.

Alguien se interpuso súbitamente entre él y el agresor.

Un momento más, y la sangre hubiera corrido.

Aún había una cuestión para él inexplicable. ¿Por qué todos querían tanto a Sonia?

Ella no trataba de conquistar el aprecio de nadie; no podían verla con frecuencia, sino sólo en la canteira ó en el taller, cuando iba á verle un minuto. Y sin embargo, todos la conocían, no ignoraban que ella le había seguido, y sabían cómo vivía y dónde. Sólo una vez, por Navidad, llevó un regalo para todos los de la prisión: pasteles y bollos. Pero, poco á poco, entre los presos y Sonia se establecieron ciertas relaciones más íntimas: les escribía cartas para sus familias, y ella era la encargada de llevarlas al correo. Cuando sus parientes iban á la ciudad, en manos de Sonia ponían sus encargos para los presidiarios, cuyas mujeres y las queridas la conocían y visitaban. Cuando iba á ver á Rascolnikof, en el momento en que éste se disponía á trabajar con los prisioneros, ó cuando encontraba un grupo de éstos que se encaminaban hacia el lugar del trabajo, todos se descubrían, todos se inclinaban.

—Matuchka, Sofía Semenovna, eres nuestra querida y tierna madre—decían aquellos hombres brutales á la pequeña y enfermiza criatura.

Ellas les saludaba sonriendo, y se volvían para seguirla con la vista cuando se marchaba.

No sabían ellos cómo elogiarla. Hasta la consultaban cuando estaban enfermos.

Rascolnikof pasó en la enfermería todo el resto de la cuaresma y la semana de Pascua. Cuando recobró la salud, recordó todos los sueños que tuviera durante sus horas de delirio. Le pareció ver el mundo entero desolado por una calamidad terrible é inaudita que, viniendo de los extremos del Asia, había caído sobre Europa. Todos debían perecer, excepto un pequeño mero de privilegiados. Triquinas de una especie desconocida, seres microscópicos que se introducían en el cuerpo de las personas. Pero aquellos seres eran espirituales, dotados de inteligencia y voluntad. Los individuos en quienes se alojaban, se volvían al momento locos furiosos. Sin embargo, cosa extraña, nunca los hombres se habían creído tan sabios, tan en posesión de la verdad, como se creían aquellos infortunados. Nunca habían tenido tanta confianza en la infalibilidad de sus juicios, en la solidez de sus conclusiones científicas y de sus conocimientos morales. Pueblos, ciudades, naciones enteras perdían la razón. Todos se hallaban agitadísimos é incapaces de comprenderse los unos á los otros. Cada cual creía ser el dueño exclusivo de la verdad, y, contemplando á sus semejantes, se desolaba, se golpeaba el pecho, lloraba y se retorció las manos. No se podían entender ni respecto al bien ni respecto al mal; no se sabía á quién condenar, á quién absolver. Se mataban unos á otros, á impulsos de una cólera absurda. Se reunían hasta formar grandes ejércitos; pero una vez comenzada la campaña, el desacuerdo relajaba á las tropas, rompíanse las filas, los guerreros se arrojaban unos sobre otros, se dego-

llaban y se devoraban. En las ciudades no se cesaba de tocar á somatén; pero, ¿por quién todo esto, y á qué fin? Nadie lo sabía, y todos estaban inquietos. Se abandonaban los oficios ordinarios, porque cada cual proponía sus ideas, sus reformas, y no lograban ponerse de acuerdo. Acá y allá, las gentes se reunían en grupos, convenían en una acción común, juraban no separarse; pero un instante después, olvidaban la resolución que habían tomado, comenzaban á acusarse unos á otros, á golpearse, á matarse. Los incendios y el hambre completaban tan triste cuadro. Hombres y cosas, todo perecía. La plaga se extendía más cada vez. En el mundo entero, tan sólo se salvaban algunos hombres inocentes, destinados á restaurar el género humano, á renovar la vida y á purificar la tierra. Pero nadie veía á tales hombres en ninguna parte, nadie oía sus palabras ni sus voces.

Aquellos sueños absurdos dejaron en el alma de Rascólnikof una impresión penosa que tardó mucho en borrarse.

Llegó la segunda semana de Pascua. En el transcurso de su enfermedad, Sonia no había podido hacerle más que dos visitas: necesitaba para ello obtener una autorización, y esto era difícil de alcanzar. Pero con frecuencia, sobre todo á la caída de la tarde, iba al patio de la enfermería y durante un minuto miraba hacia las ventanas.

Un día, próxima la noche, el prisionero, ya convaleciente, se había dormido, cuando despertó, se acercó á la reja y reparó en Sonia, que, de pie ante la puerta de la enfermería, parecía esperar algo. Sonia no

fué al otro día ni al siguiente, y él lo sintió, pues la aguardaba con ansiedad.

Cuando volvió á la prisión, sus compañeros le dijeron que Sonia Semenovna estaba enferma.

Desde entonces estuvo inquietísimo. Envió á preguntar por la joven, y pronto supo que su enfermedad no era peligrosa. Sonia, viendo que su estado le preocupaba, le escribió una carta en la que le decía que estaba mucho mejor y que no tardaría en volver á verle. Leyendo aquella carta, el corazón de Rascólnikof latió con violencia.

El día era sereno y caluroso. A las seis de la mañana fué á trabajar á la orilla del río. Sólo halló á tres operarios. Uno de ellos, acompañado por el celador, fué á buscar una herramienta á la fortaleza, otro se puso á calentar el horno.

Rascólnikof salió del cobertizo, sentóse sobre un banco de madera y se puso á contemplar el río.

Desde donde se hallaba se descubría gran parte del país. A lo lejos, del otro lado del Irtych, repercutían canciones cuyo vago eco llegaba á los oídos del preso. Allí, en la inmensa estepa inundada de sol, aparecían, como pequeños puntos negros, cañanías de nómadas. Allí estaba la libertad, allí vivían otros hombres que en nada se parecían á sus compañeros ni á él, allí dijérase que no había pasado tiempo desde la época de Abraham y de sus rebaños.

Rascólnikof soñaba, fija la vista en aquella lejana visión; no pensaba en nada, pero le angustiaba una especie de temor.

De repente se halló en presencia de Sonia. Esta,

acercándose poco á poco, había ido á sentarse junto á él.

Todavía se gozaba algo de la frescura de la mañana. Sonia iba modestamente vestida, y en su rostro pálido y macilento se leía su pasada enfermedad. Abordando al preso, sonrióle con aire amable y satisfecho; pero, como de costumbre, le ofreció la mano con timidez.

Siempre se la tendía con temor; en ocasiones, ni aun se atrevía á ofrecérsela, temiendo que él la rechazara. El parecía aceptarla siempre con repugnancia; siempre tenía cara de enfadado cuando llegaba la joven, y ésta no podía, en muchas ocasiones, arrancarle ni una sola palabra. Hubo días en que tembló ante él y tuvo que retirarse afligida. Pero ahora, sus manos se fundieron en un estrecho apretón. Rascolnikof miró rápidamente á Sonia, y sin proferir palabra, bajó la vista.

De repente, y sin que el preso supiese cómo aquello sucedía, una fuerza invisible le arrojó á los pies de la joven, y llorando abrazó sus rodillas. En el primer momento, la joven quedó sorprendida, y su rostro se tornó lívido.

Levantóse rápidamente, y, toda temblorosa, miró á Rascolnikof. Pero le bastó aquella mirada para comprenderlo todo. Una inmensa dicha se leyó en sus ojos radiantes; no le cabía duda de que aquel hombre la amaba, de que la amaba con amor infinito. Por fin, vivía sino la vida de Rascolnikof.

Quisieron hablar, pero no pudieron. Los dos estaban pálidos y rendidos; pero en sus rostros enfermizos brillaba ya la aurora de una nueva vida, de un completo

renacimiento. El amor los regeneraba, el corazón del uno encerraba un inagotable manantial de vida para el corazón del otro.

Resolvieron esperar, tener paciencia. Todavía les faltaban siete años para poder salir de Siberia. ¡Sufrimientos intolerables y dichas infinitas debían llenar aquel tiempo! Rascolnikof había resucitado, él lo sabía, lo sentía en todo su ser. Y Sonia..... Sonia no había llegado aquel instante.....

Por la noche, al acostarse, el joven pensó en ella. Hasta le pareció que aquel día sus compañeros, sus antiguos enemigos, le habían mirado de otro modo. El les habló primeramente, y ellos le respondieron con afabilidad. Por otra parte, así debía ser. ¿Acaso no iba á cambiar todo?

Pensaba en ella. Pensaba en las penas que sin cesar le había causado, y en su mente volvía á ver aquella carita demacrada. Pero estos recuerdos apenas si le producían el más pequeño remordimiento: sabía con qué amor sin límites borraría lo que á Sonia hiciera sufrir.

¿Y qué eran aquellos misterios del pasado? En la primera alegría de su resurrección, todo, hasta su crimen, hasta su condena, se le aparecía como un hecho exterior, extraño; parecía casi dudar de que aquello hubiese ocurrido. Por otra parte, aquella noche sentíase incapaz de reflexionar extensamente, de concentrar su pensamiento en un objeto cualquiera, de resolver una cuestión con conocimiento de causa; no experimentaba otra cosa que sensaciones. La vida había reemplazado en él al razonamiento.

Bajo su almohada había unos Evangelios; los abrió

maquinalmente. El libro era de Sonia; era el volumen en que leyera en otro tiempo la resurrección de Lázaro.

Al principio de su cautiverio, esperaba una persecución religiosa de la joven; creía que sin cesar le arrojaría á la cabeza el Evangelio. Mas, con gran admiración suya, Sonia no le habló ni una sola palabra en tal sentido, ni le ofreció nunca el libro santo. El fué quien se lo pidió, poco antes de caer enfermo, y ella se lo llevó sin decir nada. Hasta entonces no lo había leído.

Tampoco ahora lo leía; un pensamiento cruzó rápidamente por su cerebro.

—¿Pueden no ser mías sus convicciones? ¿Puedo yo tener otros sentimientos, otras tendencias que ella?

Durante todo aquel día, Sonia estuvo también muy agitada, y por la noche experimentó una recaída en su enfermedad. Pero era tan feliz y aquella dicha ofrecía una sorpresa tan grande para ella, que hasta casi la asustaba. ¡Siete años, "sólo" siete años! En la felicidad de las primeras horas, poco faltó para que uno y otro considerasen aquellos siete años como siete días. Rascolnikof ignoraba que la nueva vida no le sería dada gratis, sino que tendría que adquirirla á costa de penosos y prolongados esfuerzos.

Pero comienza aquí otra historia, la historia de la lenta renovación de un hombre, de su regeneración progresiva, de su paso gradual de un mundo á otro. Pero esto podría ser materia de otro relato. El que quisimos ofrecer al lector, ha terminado.



UAN

IDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

PG
.S
C7
v.
19